



ACADEMIA BOYACENSE DE LA LENGUA
FILIAL DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA

POLIMNIA

OCTUBRE DEL 2021 • No. 27



MARIELA VARGAS OSORNO

NOTICIAS ACADÉMICAS

El lunes 11 de octubre el secretario de la Academia Colombiana de la Lengua Don Edilberto Cruz Espejo dictó la conferencia “150 años de la muestra de un diccionario de la lengua castellana de Venancio González Manrique y Rufino José Cuervo.

El 4 de octubre en homenaje a don Pedro Henríquez Ureña, a los 75 años de su fallecimiento, Don Bruno Rosario Candelier, Director de la Academia Dominicana de la Lengua Española, dictó la conferencia “Motivación Humanística de Pedro Henríquez Ureña”.

El 27 de septiembre el académico de número y bibliotecario de la Academia Colombiana de la Lengua, Don Álvaro Rodríguez Gama dictó la conferencia “Aspectos psicológicos y psicopatológicos en la literatura universal”.

El 20 de septiembre se dictaron dos conferencias: una, sobre “La Constitución de 1991” a cargo del académico honorario Don Carlos Rodado Noriega y la otra por el académico de número Don Benjamín Ardila Duarte “La Constitución de 1991, la técnica política y la técnica jurídica”.

El 13 de septiembre el académico de número, Don César Armando Navarrete Valbuena, dictó la conferencia “Don Miguel Antonio Caro en el Consejo Nacional de Delegados”

El 6 de septiembre Doña Cristina Maya, académica de número dictó la conferencia “Don José María Vergara y Vergara, primer historiador de nuestra literatura y fundador de la Academia Colombiana de la Lengua”.

El académico, Don Hernán Alejandro Olano García, presidente de la Academia Patriótica Nacional Antonio Nariño, impartió el 2 de septiembre la conferencia “Las camisas del Libertador” en la Sociedad Bolivariana de Colombia.

En la reciente Feria del Libro que se celebró en Madrid, (España), estuvo invitada la escritora Doña Luisa María Ballesteros Rosas, miembro correspondiente de la Academia Boyacense de la Lengua.

El 9 de septiembre falleció en Tunja el intelectual boyacense, doctor Armando Suescún Monroy, destacado abogado, ex rector de varias universidades colombianas y autor de importantes obras de investigación histórica.

El escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez fue ganador del IV Premio de Novela Mario Vargas Llosa con su obra “Volver la vista atrás”, la cual se destaca por su “habilidad narrativa y su investigación periodística”.

El Premio Nobel de Literatura 2021 fue ganado por el escritor africano Abdulrazak Gurnah, nacido en Tanzania, en 1948 y residente en Inglaterra.

Con rotundo éxito se continuó exhibiendo en televisión la Mini Serie el Camino de los Siglos, original del académico Don Henry Neiza Rodríguez y en el cual tuvo una breve intervención Don Gilberto Abril Rojas.

POLIMNIA

OCTUBRE DEL 2021 • No. 27



ACADEMIA BOYACENSE DE LA LENGUA
2021

ACADEMIA BOYACENSE DE LA LENGUA
Filial de la Academia Colombiana de la Lengua

Web: <http://www.academiacolombianadelalengua.com/>

Miembros Activos

Gilberto Ávila Monguí, Miguel Ángel Ávila Bayona, Gilberto Abril Rojas, Raúl Ospina Ospina, Antonio José Rivadeneira Vargas, Luis Saúl Vargas Delgado, Cecilia Jiménez de Suárez, Ana Gilma Buitrago de Muñoz, Cenén Porras Villate, Argemiro Pulido Rodríguez, Hernán Alejandro Olano García, Germán Flórez Franco, Aura Inés Barón de Ávila, Beatriz Pinzón de Díaz, Heladio Moreno Moreno, Gustavo Torres Herrera, Fabio José Saavedra Corredor, Enrique Morales Nieto, Silvio Eduardo González Patarroyo, Mariela Vargas Osorno, José Dolcey Irreño Oliveros, Alcides Monguí Pérez, Ascención Muñoz Moreno, María Alicia Cabrera Mejía, Henry Neiza Rodríguez, Luisa María Ballesteros Rosas, José Alberto Manrique Cristiano.

Miembros Honorarios

Monseñor Luis Augusto Castro Quiroga, Carlos Corsi Otálora, Javier Ocampo López, Julio Roberto Galindo Hoyos, Mercedes Medina de Pacheco, Carmen Georgina Olano Correa, Álvaro León Perico, Fernando Ayala Poveda, Plinio Apuleyo Mendoza García.

Miembros Fallecidos

Juan Castillo Muñoz, Vicente Landíneza Castro, Enrique Medina Flórez, Homero Villamil Peralta, Fernando Soto Aparicio, Noé Antonio Salamanca Medina, Alicia Bernal de Mondragón.

Director

Don Gilberto Ávila Monguí

Subdirector

Don Miguel Ángel Ávila Bayona

Secretario

Don Gilberto Abril Rojas

Tesorera

Doña Beatriz Pinzón de Díaz

Veedor

Don Gustavo Torres Herrera

REVISTA POLIMNIA

ISSN: 2500 - 6622

Correspondencia:

**Email: acabolen@hotmail.com
gilbertoabrilrojas@hotmail.com**

Comité de Publicaciones

**Gilberto Abril Rojas / Director
Raúl Ospina Ospina / Corrector de estilo
Gilberto Ávila Monguí
Ana Gilma Buitrago de Muñoz
Miguel Ángel Ávila Bayona**

Diseño e impresión

**Grafiboy - Tel. 743 1050 - Tunja, Boyacá
Cel. 310 3047541 - editorialgrafiboy@gmail.com**

ÍNDICE

<i>Don Gilberto Ávila Monguí</i>	5
<i>Don Gilberto Abril Rojas</i>	7
<i>Doña Ana Gilma Buitrago de Muñoz</i>	9
<i>Don Miguel Ángel Ávila Bayona</i>	19
<i>Don Gustavo Torres Herrera</i>	28
<i>Don Enrique Morales Nieto</i>	31
<i>Don Antonio José Rivadeneira Vargas</i>	35
<i>Don Hernán Alejandro Olano García</i>	39
<i>Doña Mercedes Medina de Pacheco</i>	46
<i>Doña Beatriz Pinzón de Díaz</i>	47
<i>Doña Aura Inés Barón de Ávila</i>	49
<i>Don Fabio José Saavedra Corredor</i>	51
<i>Don José Dolcey Irreño Oliveros</i>	55
<i>Doña Alicia Cabrera Mejía</i>	57
<i>Doña Alicia Bernal de Mondragón</i>	60
<i>Don Julio Roberto Galindo Hoyos</i>	61
<i>Doña Ascención Muñoz Moreno</i>	63
<i>Condecoraciones recibidas</i>	65
<i>Afiches promocionales</i>	66
<i>Doña Mariela Vargas Osorno</i>	67
<i>Doña Angela Arroyave</i>	117

<i>Doña Gabriela Mercedes Arciniegas</i>	118
<i>Don Luis Henrique Gómez Casabianca</i>	122
<i>Don Jairo Enrique Malaver Torres</i>	129
<i>Doña Teresita Cardona García</i>	134
<i>Doña María Consuelo Caicedo Neira</i>	136
<i>Don Emilio Suñé Llinas</i>	137
<i>Doña María Clara Ospina</i>	144
<i>Doña Dolly E. Parra Lozano</i>	146
<i>Don Xavier Ávila</i>	148
<i>Don Rodrigo Huertas</i>	149

Académica Mariela Vargas Osorno



*Don Gilberto Ávila Monguí **

Nació en Tunja, en 1952, jurista de la Universidad Externado de Colombia, Doctorada en Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, con la tesis: "Un consejero inglés en la corte de Bolívar: Bentham en Colombia" con la honrosa calificación de Suma Cum Laude, por unanimidad del jurado calificador, y el significativo estudio de literatura con la gran humanista, Gabriela Mercedes Arciniegas.

Es un verdadero ejemplo para la mujer de hoy día por las realizaciones empresariales, literarias, históricas y jurídicas de notoria significación, es digna representante de la intelectualidad femenina boyacense.

Su pasión por el rescate de nuestros ancestros con su novela, *El Viaje del Hombre Dorado*, la vida del Príncipe muisca que conoció a Felipe II, de claro valor indigenista; con una fabulación copiosa de la más delicada factura de brillante capacidad verbal, a quien se le puede preguntar: ¿Cuál es el secreto para lograr las copiosas formas literarias y tanta imaginación para hacer de la historia chibcha, la excelente novela, ejemplo digno de especial comentario? Su segunda obra, *La Aritmética de la Felicidad*, historia íntima de Jeremy Bentham: Inspirador del liberalismo, con un tejido filial, telúrico y romántico por lo más querido en el transcurso de la vida. Es ejemplo sobresaliente de la mujer intelectual de nuestro departamento para Colombia y el mundo. Todos los merecimientos

adquiridos no le han modificado su calidad humana, es excelente referente para la juventud.

Por las razones mencionadas, exaltamos su nombre por ser un ejemplo para las generaciones venideras del siglo XXI.

* Director Academia Boyacense de la Lengua

La escritora Mariela Vargas Osorno



*Don Gilberto Abril Rojas **

No es sencillo abordar a una escritora que se abre paso con luz propia en la literatura, como ocurre con la académica Mariela Vargas Osorno, quien ha empleado su talento para bosquejar, investigar, organizar, y, sobre todo, tratar de alcanzar, con trabajo y dedicación, narraciones de delicados tratamientos y consideraciones, históricas y ensayísticos. Abogada, escritora y pujante industrial a la par de lectora, estudiosa, devoraba los clásicos universales, hasta el punto de citarlos a su antojo. Muy pronto descubrió que la escritura era su tentación ineludible, heredada de su padre, es su afición máxima. Motivada por las grandes novelistas proyectó emular algunas, nunca desistió de luchar, de alimentar su hambre creadora y comenzó por llenar cuartillas: hasta lograr descubrir su oficio de armar historias. Como principiante se trazó muchas metas, porque le nacía la tentativa de la escritura, hasta lograr resultados provechosos. Sin embargo, no le falta el espíritu de emprendedora para dedicarse a darle vida también a sus ideas industriales.

Escribe su primera narración con esmero, Se da a conocer brillantemente en Colombia con su ópera prima, la novela: El Viaje del Hombre Dorado y se siente a gusto, pero no deja de pensar en otra obra ambiciosa. No se puede dejar de escribir sin sentirse plenamente identificada con la obra. Eso debió pensar ella, pues el oficio del escritor requiere tratamiento diario. Después de una larga reflexión, logra asumir el reto de su primera obra, que alcanzará concretar al escribir, lo que estaba buscando La Aritmética de la Felicidad. Obtiene también la posibilidad de dar a conocer parte de su quehacer en publicaciones periódicas que le dan respaldo en el mundo literario. Al entrar en contacto con otros escritores, pretendió cubrir un puente amistoso y cordial; todo este esfuerzo que hizo logró mantener una relación muy sincera con sus colegas escritores, resultó como lo esperaba en el círculo de creadores.

Con mucha modestia pudo obtener el resultado apropiado. Las editoriales que pusieron su mirada en su obra, decidieron dar al público primero *El viaje del hombre dorado*. Así es recibida su novela con mucha simpatía y aceptación, lo cual contribuye a entrar a la narrativa colombiana con firmeza. La obra aporta en consolidar una trayectoria indudable, la hace merecedora de un espacio especial. El libro está perfilado para mayores cosas. Podemos admirar su estilo propio y ligero. No podemos encontrar en su escritura semejanza con otras escritoras. Por eso valoramos su incursión distintiva en nuestra literatura regional, la cual ganó mayor volumen cuando dio a conocer otra obra más adelante: *La Aritmética de la Felicidad*, claro está, para fortalecer su producción creadora. La facultad de su buena prosa facilita el camino para darle continuidad a futuras creaciones y atreverse a confrontar su oficio literario.

Debido al desarrollo de su novela inicial se debe apoyar, es decir, animar a Mariela Vargas Osorno, para que la proyecte más allá de nuestras fronteras, sabiendo que las redes en estos tiempos permiten respaldar el espacio físico del libro y promoverlo a través de la autopista de la información para llamar la atención de un número considerable de lectores.

Se la calidad de la novela podemos dar cuenta y reconocer su alcance; debemos asumir lo valioso de su aporte a la cultura regional y, por ende, a la cultura de nuestro país, apoyando su trabajo con criterio positivo. Por eso esta colega de la Academia Boyacense de la Lengua, debe seguir dando fortaleza a su evolución creadora. Ante su escritura estamos en presencia de una autentica oficiante de la literatura.

Su pensamiento, su narración y su “don de gentes”, es una propuesta personal; trata de determinar el derrotero que debe seguir cualquier escritor. Esa búsqueda permanente, metódica, elaborada a diario. Y no es descabellado, también podemos señalar como un ritual cotidiano en la búsqueda y concepción de un fortalecimiento literario.

Esta escritora emerge con un valor literario del Departamento de Boyacá, también de Colombia. Su ejercicio inventivo y su proponente estilo narrativo, resultan su mejor carta de presentación.

* Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua.

Identidad y narrativa poética de MARIELA VARGAS OSORNO



*Doña Ana Gilma Buitrago de Muñoz **

El pasado no ha concluido; el pasado tiene que ser re-inventado a cada momento para que no se nos fossilice entre las manos. (Carlos Fuentes. Valiente Mundo Nuevo).

En la historia de la literatura hispanoamericana, el Descubrimiento y la Conquista de los distintos países por parte de los españoles, ha sido recreado por varios escritores, en diversos géneros literarios: poemas, cuentos, ensayos, dramas o novelas, y en diferentes épocas. Don Juan de Castellanos, Alonso de Ercilla, Esteban Echeverría, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Rafael Humberto Moreno Durán y Gilberto Abril Rojas, entre otros.

En el año 2018 la Editorial Planeta publicó en Bogotá, un volumen titulado *El Viaje del Hombre Dorado; La Vida del Príncipe Muisca* que conoció a Felipe II, de la escritora boyacense Mariela Vargas Osorno, miembro correspondiente de la Academia Boyacense de la Lengua, miembro Correspondiente de la Academia de Historia de Bogotá, estudiosa de la literatura y la historia, gestora y divulgadora de cultura a través de diferentes medios. Desde la dedicatoria que inicia la obra, la autora confiesa con orgullo su identidad, su procedencia de antepasados muiscas y españoles “quienes mezclaron su sangre, como la mezcla de oro, cobre y partículas de plata, que en la lengua caribe se llamaba caracolí y en lengua chibcha, tumbaga, y cuya fortaleza es mayor que la de los metales puros”. La calidad de la escritura se aprecia desde aquí: las otras dos dedicatorias: “A mi mamá, Mariela, una dulce Mariela, quien me regaló la alcancía de sus sueños”. “A los que guardaron con sus vidas la sangre dorada del sol. A los que vinieron como ladrones de oro y acabaron regalando su corazón al país de lagunas sagradas y páramos de niebla.”

En la Introducción, la escritora cautiva al lector, lo acoge con tratamiento de amigo y lo invita a mirar un tiempo pasado, que tiene características sui generis: historia y leyenda, mito y realidad, eso es nuestra América; de estas fuentes se han nutrido grandes obras de nuestra literatura. García Márquez contó, urdió sus obras, con las voces recordadas de los abuelos, voces de la oralidad, es decir, transmitidas con la cercanía humana: “de boca a oreja”. Pero es necesario el poeta que recoja el sentir colectivo y lo trasmita, con fidelidad, sin que se pierda lo misterioso, es decir, lo mítico, lo duradero, lo eterno, lo que ha sido desde “in illo tempore”, aferrado a lugares que perduran: lagunas, grandes montañas, espacios imborrables. El mito surge de una comunidad que ha visto en un hombre, características extraordinarias en su físico y en su alma, su héroe, la imagen de un pueblo. Si hoy recordamos con entusiasmo y respeto figuras lejanas como Aquiles, o exaltamos a Odiseo, Rolando, o El Campeador, ¿cómo no tener impresos en nuestro sentir a los personajes que significaron una lucha, un pueblo, unas bondades que compendian lo que es su colectividad y sus lugares y que son nuestros?

La escritora tunjana Mariela Vargas Osorno, inicia su relato, o canto narrativo al Psijipcua, Cutzo o Príncipe de Monguí. lo presenta en su singularidad: era un príncipe, tenía dos esposas que lo amaban, pero al mismo tiempo poseía la divinidad del Sol entre su piel. Tenía el privilegio de ver a los enemigos, antes de que sus guardias le dieran el aviso; debía ser cubierto de oro antes de ir a la batalla y adornar su cabeza con corona de plumas de guacamaya. Su pueblo rendía culto a los venerables antepasados, héroes difuntos, momias que llevaban en las cuencas de los ojos las piedras de valor mítico, salidas del fondo de la tierra, las esmeraldas. El Príncipe de Monguí, debía recibir la protección de su mirada que lo habría de guardar de dolencias físicas y lo preservaría del temor. Gozaba de “esa extraña claridad que los dioses le habían dado a su mente”. Además, esos antepasados con la severidad de la muerte le repetían la orden: asumir su identidad y destino “Recuerda...recuerda quién eres” Es el destino y consagración de lo que debe ser. Octavio Paz, en su Laberinto de la Soledad, escribió: “El culto a la vida, si de verdad es profundo y total, es también culto a la muerte. Ambas son inseparables.”

La escritora Mariela presenta la iniciación, las pruebas, sufrimientos y méritos de Monguí, que quiere decir, “donde el sol descansa” en cuarenta y cuatro capítulos que son síntesis y exaltación de Cutzo y el mundo que él representaba. Cada capítulo contiene una historia que posee su propia estructura, interesante trama y desenlace, pero todos, entre sí, tienen unidad.

Las diferentes culturas, gracias a la conciencia mítica de la que gozamos los humanos, aparte de la conciencia científica, han creado y contado sus propias cosmogonía y teogonía; en la tradición cristiana leemos El Génesis, de Méjico leemos el Popol Vuh; Platón dejó sus ideas en Timeo, Hesiodo escribió su Teogonía, y así, muchos pueblos dejaron testimonio de sus creencias sobre el origen del mundo y de sus dioses. Para la cultura muisca, la escritora de estas historias ha puesto en la época de preparación del héroe, el conocimiento de las tradiciones más sagradas: entre otras, la naturaleza del tiempo, el origen de la tierra, de la raza humana y el papel de sus dioses. En la época de preparación para la vida adulta, el predestinado para representar a su pueblo tenía que saber de lo divino y de lo terrestre: Conoció las nueve edades de la tierra: Unquyienxie, cuando aparecieron “Bagüe, ella; Chiminigaghoa, él. Los grandes abuelos”; de su gran amor nació la luz de la luz, lo llamaron Chiminigagua. Esta fue la segunda edad: Kyhina, o “antes, antes”. Apareció la diosa de la tierra, los vientos, los cielos azules, los árboles negros, los granos de maíz, y la diosa de las esmeraldas y de lo que está abajo: Chuecutagua. No podía faltar el dios del oro y de lo que está arriba: Nylagena. Apareció Chaquén, dios de las ceremonias y de la guerra; surgió el dios de la música, la danza y la borrachera, padre de los animales fuertes y nobles que se volvían amigos de la gente.

Continúa la escritora nominando y relatando el origen del arco iris, o Cuchavira ocurrido en la tercera edad. En la cuarta edad Chibchacum da origen al sol y la luna: Sua y Chie. En la quinta edad, a partir de dos pedazos de greda arrojados a la laguna de Iguaque, surgen Bachué, “la mujer buena” y un niñito de tres años. Ellos fueron el origen de los muiscas en la quinta edad. En esta misma época, la luna da a luz a Huitaca. Surge el padre Bochica quien enseña y da leyes y principios en los que se deben formar los futuros gobernantes. (Este relato sagrado lo enseñaban maestros al joven Cutzo). Eso ocurrió en la sexta edad. En la séptima edad y como descendiente de Bochica, surge El Suamox, el Sumo Sacerdote, quien debía ser el jefe espiritual de Cutzo. La octava edad correspondía a la época del Joven en formación, que estaba adquiriendo estos conocimientos. En la séptima edad, al joven le gustaba escuchar las historias de los héroes y de los grandes reyes. La novena edad correspondía al porvenir.

En la etapa de formación del futuro príncipe de Monguí, además de las informaciones anteriores y otras más, debía aprender a reflexionar. También experimentó sus poderes síquicos que le permitían contacto con

lo que no se ve. Recibió visitas del más allá y un anciano le anunció la ceremonia de consagración como “Monguí. Monguí, donde el Sol descansa”. Los muiscas de Monguí habían sido los primeros pobladores de la tierra.

El príncipe de Monguí debía estar listo para defender a su pueblo contra los Muzos. Luego viene el relato del ataque de los Panches. Aparece más tarde Goranchachá, de origen divino que se convirtió en hombre fuerte que andaba por las montañas del país de los muiscas. En Iraca, el valle donde había nacido el propio Sol, los pueblos cansados de combates, había peregrinaciones y se rogaba “que la vida siga en paz”

En el capítulo VII del libro, Mariela Vargas nos cuenta del Rey Nemequene, del sueño premonitorio de Tisquesusa que anunciaba la llegada de extranjeros que ya habían vencido al pueblo Inca. Cutzo y Tisquesusa, como preocupados gobernantes, debían ayunar y traspasar distancias de tiempo y espacio para ver la terrible invasión que llegaría a su pueblo. El lector se ve inmerso entre lo histórico, lo geográfico real y lo fantástico que commueve y preocupa.

La narradora pone en boca del Zaque de Hunza, Quemuenchatocha, un discurso que encierra la sabiduría de los gobernantes:

- Si respectas en verdad la vida humana; si el dominio que buscas, no el derecho que defendiendo, vale en realidad lo que vale la vida de uno solo de nuestros soldados, libremos entonces un combate cuerpo a cuerpo y el vencido rendirá vasallaje al vencedor. Así tus deseos serán cumplidos, la vida del soldado, respetada y el suelo de nuestra patria no será manchado con sangre de sus hijos.

Antes de narrar la llegada de los conquistadores, el libro presenta una trágica historia de amor de Pacanchique y Nagantá. El amor y el orgullo heridos convirtieron al hijo mayor de Baganique, príncipe de Ramiriquí, en traidor de los muiscas. Pacanchique se convirtió en guía y traductor de los españoles que buscaban las riquezas. Aquí se puede recordar a la Malinche, la mejicana que se convirtió en “lengua” o traductora y compañera de los conquistadores de su país.

La llegada de Gonzalo Jiménez de Quesada a Hunza significó en esta narración, no solamente el saqueo de la impresionante cantidad de oro, sino la caída de una de las creencias de los muiscas, se les derrumbó uno de

sus principales mitos: Los muiscas creían que, al mirar a los ojos del contendor, éste se derretía, y no fue así. Los mitos de nuestros antepasados fueron cayendo uno a uno. El ensayista mejicano Octavio Paz dice que, en su país, la principal causa para que los pocos conquistadores dominaran a la multitud de nativos, fue la caída de los mitos. “La muerte de los dioses produce soledad y se identifica con la orfandad”. Los pueblos fueron quedando desamparados de sus dioses protectores y ya no tuvieron fuerzas para oponerse. Nuestra narradora lo expresa así refiriéndose a Quemuenchatocha: “El Rey le clavó la mirada que creía mortal. Él la sostuvo. Los ojos del muisca se llenaron de un desconcierto y una tristeza que trató de ocultar”. Otra de las grandes pérdidas tanto en lo material como en lo sicológico fue el robo de “la alcancía de la vida eterna” conjunto de piedras preciosas con lo que debían enterrar al Zaque para que el dios Chaquén lo dejara entrar al centro de la tierra.

Los enfrentamientos entre invasores y nativos eran desiguales, dadas las características de las armas de fuego, las espadas de metal y la presencia de los caballos. El ensayista William Ospina dice, en su libro titulado Auroras de Sangre: “Nativos de América dejaron su sangre en las lanzas de los conquistadores”. Aunque los príncipes de Tundama, Suamox y Monguí, quisieron defender los territorios, ante la muerte de sus compañeros y de Tisquesusa, atravesado por una flecha de ballesta, Cutzo fue aconsejado por una voz mítica “Retroceder es sabio” y hubo retirada.

La narración de la quema del templo del Sol, como casi todo el libro, es muy poética. Por ejemplo: “Durante seis años el resplandor de su agonía iluminó las noches. Por más que lloviera torrencialmente, la armazón seguía hirviendo. Y de aquel lugar donde estuvo el templo, aún sale humo, humo que brota de la tierra vacía”. La tristeza de Cutzo es escrita con un monólogo interior que termina así: “La muerte sigue ahí, sus enviados ganan todas las veces...” Al respecto, se pueden recordar las palabras del filósofo Gaston Bachelard en su Poética de la Ensoñación: ...“la ensoñación poética lleva hacia la buena inclinación. Todos los sentidos se despiertan y armonizan en la ensoñación poética.”

El Capítulo XV de este hermoso libro está dedicado a Tundama. Se narra la muerte de Pacanchique, la obstinación de Tundama para continuar la defensa, la presencia de Hernán Jiménez de Quesada, la prisión, el engaño sufrido por Tundama y su posterior muerte a manos de

un soldado. Al final de este capítulo se advierte que la autora, a través de la voz narrativa, trata con delicadeza y quiere ser justa en la apreciación de sus personajes: “Don Gonzalo castigó al asesino, le quitó los repartimientos que tenía. No pudo hacer más. Al poco tiempo, el hombre apeló la sentencia y le restablecieron bienes y honores”.

El príncipe de Monguí está siempre atento a las informaciones que le dan los mensajeros. “-Señor Príncipe de Monguí, los viajeros barbudos se llevaron a Quemuenchatocha!” El Príncipe recibe la presencia de los hombres reales y de la aparición fantástica de Don Gonzalo Jiménez de Quesada. La escritora, una vez más, en este libro, muestra las bondades de sus personajes y recibe Ella, el mensaje del más allá, el valor de la palabra, la que por su calidad ha de eternizar nuestra historia. “Ahora que habéis perdido todo, sabed que yo también os amé en mis últimos años... Os defendido con palabras. ...Pero caminad sobre palabras... Construid muros y torres y caminos de palabras si queréis defender lo vuestro.” Mariela Vargas con sus escritos está convirtiéndose en guardia de nuestra identidad, nuestro lenguaje, tradiciones e historia.

El capítulo XVI tiene como eje el oro: los orfebres eran hombres del Sol, ayunaban y meditaban, llevaban vidas ejemplares. Cutzo, Príncipe, también ayunó antes de cubrir su cuerpo de oro y ofrecer a los dioses “su alcancía para la vida eterna”. La laguna de Guatavita con su leyenda, hombre dorado, la esposa del rey convertida en esposa del dragón, en el fondo de la laguna, el ocultamiento definitivo de la casa del Sol y el “silencio de siglos del valle de Chinibaque, todo narrado entre los espacios reales y el desdoblamiento síquico de Cutzo que vio de lejos, en ausencia, a los ambiciosos conquistadores. Chinibaque, tierra de los pacíficos Laches, era un pueblo de la luna, Chie lo cuidaba todo.

La ambición, cercana al desvarío por parte del ejército de Jiménez de Quesada, la muerte de valientes Laches y la fundación del pueblo de Cho-Chu, ocupan un capítulo más de estas historias sagradas. La salud afectada de Don Gonzalo Jiménez de Quesada, su deseo y realización de ir a la Corte del Rey Carlos V, el fracaso de su gestión, las penurias económicas, resumen una campaña de ambición y pesadumbre. Los indios puestos por obligación a acompañar a los conquistadores en la búsqueda de la casa dorada, sufrieron en el cuerpo y el sentimiento de llegar a la otra vida sin nada que ofrendar a sus dioses.

La leyenda de la Piedra del Cocuy, lugar de convergencia de tres naciones, hoy, eterniza la fidelidad de los Laches, sus creencias y sacrificio

de un indio como símbolo eternizado, vigilado por Chie. “Chie vigila al indio el Cocuy, al amanecer hace que el cielo se vuelva rojo para que recuerde la sangre perdida de sus hermanos. Cuando llega la mañana, el sol hace que una neblina espesa lo atrape para que no pueda volver a la vida y siga guardando los misterios sagrados. El indio del Cocuy, el indio Cocuy, La piedra del Cocuy”.

Los Panches, los que fueron cantados por el cronista Juan de Castellanos, también fueron vencidos por los “lanzarrayos” y la fuerza y poder de los caballos. Como estos nativos eran enemigos de los muiscas, los españoles les cobraron recompensas, luego dieron muerte a Tisquesusa y a Sacrezaxigua. Cutzo lloró la muerte de estos hombres que habían cuidado los tesoros el Sol.

Una vez más, la voz narrativa otorga a Don Gonzalo Jiménez de Quesada, una dosis de humanidad cuando refiere que éste también, como Cutzo, había llorado la muerte de un jefe indígena.

El hecho histórico de la reunión de los tres conquistados, Nicolás de Federmán, Sebastián de Belalcázar Y Gonzalo Jiménez de Quesada, está referido, alternando con las esperanzas de Cutzo y Suamox y la romántica y trágica historia de Aquimín y Adeizagá. Luego se narra el exterminio de los “nobles príncipes Gámeza, Toca, Turmequé, Suta, Boyacá y Motavita. Cutzo seguía con vida, pero en la humillación. Hay narración y descripción de la verdadera tristeza, temor y desconcierto de la raza vencida. Cutzo en ese momento se sintió desamparado de sus dioses.

El sentido que el maíz tiene para los habitantes de nuestras tierras, está cifrado en lo que Mariela Vargas cuenta fabulando historias: de una bolsa que robó un pájaro, cayeron unos granos de oro; entonces, Bochica, el gran Padre, recogió el oro, sembró los granos, brotaron las espigas del maíz y se acabó el hambre. La escritora narra el mestizaje, alimentación y otras costumbres.

Las minas de esmeraldas también, como el oro, se convirtieron en objeto de búsqueda a costa de vidas de quienes las querían ocultar de la codicia. Muzos y Sumindocos sufrieron al querer ocultarlas. Cutzo sufrió por la pérdida del Príncipe de los esmeralderos, que había sido su amigo de infancia.

Uno de los últimos príncipes fue Guaicaní, Príncipe de Tunebia. La narradora relata varios episodios del encuentro de las tropas de Don

Gonzalo con los habitantes de la sierra. Para ellos, el mito de la luna que los escuchaba, también se derrumbó; optaron por el suicidio colectivo en la Peña de la Muerte. Habían considerado el dilema de la guerra o la muerte y ya habían visto muchas derrotas en la guerra. Monguí prefirió llamar a ese lugar, El Pico de la Gloria. La narradora lleva a cabo un balance entre la heroicidad de los que se lanzaron al abismo y la cobardía de los que se escondieron. Los que se escondieron “iban a seguir edificando la vida, impidiendo que el mundo tunebo desapareciera de la faz de la tierra” “Para dar la vida por los suyos era necesario tenerla y que ellos la tuvieran.” “El Príncipe de Monguí dijo que su pueblo tampoco iba a quedar reducido a un recuerdo efímero.” Continúa el destino mítico de Cutzo y recibe de Huitaca la misión de hablar como un buen embajador, pero no con los dioses.

Complementando la historia de nuestras tierras, el libro de la narradora boyacense, presenta otros personajes con otra misión y otras características: cultivaban el trigo, oraban y hablaban de su jefe, Francisco. La narradora describe la fusión de las dos culturas, la inmersión del Príncipe Monguí en su mundo mítico y en las creencias que los franciscanos iban difundiendo.

Parte del mestizaje está significada en el aprendizaje del idioma de Castilla por los dos príncipes, Suamox y Monguí, que ahora quieren ir a donde el rey de España. Los dos reciben bautismo y nombres cristianos, lo mismo que sus familias; los frailes los van a acompañar; llegan hasta el Río Magdalena, se encuentran con los Barí, gente muisca, amiga de Suamox, se embarcan, cruzan el mar, hasta llegar a encontrarse con el Rey Felipe II. En este punto de la narración, la escritora pone en la mente de Cutzo, muchas reflexiones sobre el Rey y sobre los conquistadores. Aparece la idea de que El Rey les construiría un gran monasterio en la tierra de los Príncipes que habían ido a verlo desde las tierras de América. Los Príncipes, no iban de paseo, llevaron un “memorial de acusaciones” y estaban respaldados en las solicitudes, por los franciscanos. La escritora pone en boca de los Príncipes, unas condiciones: “Queremos ayudarlos a cumplir los mandatos de vuestro padre, el Emperador. Pero lo haremos solamente si somos hombres libres, si tenemos nuestra tierra y mandamos en ella.”

En la historia real de nuestros pueblos, se recuerdan otros memoriales que buscaron siempre un buen trato por parte de los conquistadores, para los nacidos en estas tierras. Historiadores y escritores de ficción han

recordado el trabajo y dificultades del Cacique de Turmequé, considerado como uno de los precursores de los derechos humanos.

Los últimos capítulos del libro hacen énfasis en el mestizaje de creencias y religiones; el Rey, que había recibido presentes de los visitantes de América, les regaló imágenes de personajes cristianos: La huida a Egipto y San Sebastián. Con un estilo muy fresco y con mucha gracia se presenta el relato de la ubicación de las imágenes, resaltando el sentido de preferencia y pertenencia, como símbolos de cada región: una imagen para Suamox y otra para Monguí. Más tarde, Don Felipe II les envió un San Martín de Tours. Pronto cada pueblo tendría la devoción a La Virgen, con distintas advocaciones y con historias milagrosas en todos los lugares: Tibasosa, Tutasá, Chiquinquirá, Morcá, y Güicán.

Como el personaje que le da el título al libro y que da relación y unidad a la narración total, Chusquencutzo, cariñosamente nombrado Cutzo, o Mongui, amigo fuerte como una roca, la vida contada de él no lo exaltó como hombre guerrero sino como símbolo de unión entre los distintos jefes y pueblos de la región muisca y que tenía presentes los principios de prudencia, fidelidad, hermandad, amistad y muchos más. Recibió los mensajes de la Virgen de los cristianos: Cutzo, constrúyeme un templo donde el sol se posa”; “Me gustan los hombres que no pelean y que tienen un corazón sereno”. Del lado de sus creencias muiscas, recibió, después de su muerte, premios de Chibchacum: hubo prosperidad en las cosechas y en la fecundidad de los animales; Cutzo le había ofrendado sacrificios y ayuno. Huitaca lo acompañó a la hora de la muerte y lo exhortó a descansar. Todos los detalles de la muerte y funerales están impregnados de las dos culturas, sin rivalidad sino como una simbiosis pacífica. De la muerte de Sugamuxi también se narran los reconocimientos y memoria, por haber sido “alegría y honra de su tierra”.

La escritora de esta gran historia hilvanada con decenas de mitos, leyendas, verdades históricas y gran capacidad de dar vida a cada acontecimiento de nuestro pasado en el tiempo y en el “Tiempo Primordial” que es el tiempo mítico o “trastiempo”, exalta nuestras riquezas naturales, valores y virtudes puestas en la vida y acciones de los personajes reales o fruto de las mitologías. Mariela Vargas Osorno ha sido afortunada con la gran habilidad y fidelidad de escuchar de su propia familia relatos que marcan su identidad y la de todos los que nos sentimos orgullosamente mestizos apropiándonos del conocimiento de nuestras raíces. Hay en el libro muestra de su ingente investigación en los escritos

de cronistas e historiadores, creatividad poética en el manejo de las imágenes y del lenguaje, en general. El filósofo G. Bachelard escribió: “una imagen poética da testimonio de un alma que descubre su mundo.” Este libro da cumplimiento al deseo de muchos intelectuales que entienden la importancia de este tipo de estudios y escritura. El mejicano Carlos Fuentes, en el libro citado en el epígrafe de estas páginas, afirma: “Vivimos rodeados de mundos perdidos, de historias desaparecidas. Esos mundos y esas historias son nuestra responsabilidad: No podemos olvidarlos sin condenarnos a nosotros mismos al olvido. Debemos mantener la historia para tener historia.” “El pasado depende de nuestro recuerdo aquí y ahora, y el futuro, de nuestro deseo aquí y ahora.

**Miembro de las Academias Boyacense y Panameña de la Lengua*

Sumercé: Estructura y pragmática



*Don Miguel Ángel Ávila Bayona **

"Pensar la historia de la lengua como la historia de una comunidad comunicativa, de un espacio comunicativo, y no como la historia de una determinada lengua".

Zimmermann (2011a), citado por Álvarez y Bertolotti en:

Usos americanos de Su merced en el siglo XIX, (2013 p. 7).

PRELIMINARES

El presente ensayo está motivado en una inquietud presentada por la doctora, historiadora y literata, Mariela Vargas Osorno, en reciente reunión de la Academia Boyacense de la Lengua (ABL) y, soportado tanto en un gentil aporte bibliográfico del doctor y académico Hernán Alejandro Olano García, como en apuntes personales y consultas bibliográficas. Dada mi formación lingüística me sentí aludido y en la agradable obligación de abordar el tema que de cuando en vez ha golpeado en mi puerta.

INTRODUCCIÓN

El vigente uso del pronombre 'su merced' o 'sumercé' requiere de la atención de historiadores, sociólogos, psicólogos y lingüistas porque es una expresión que se resiste a abandonar la palestra comunicativa, al menos en la zona central de Colombia. Álvarez y Bertolotti (2013) explican su uso histórico en Hispanoamérica, con una breve mención a las zonas de empleo actual. Cristal Yeseidy Cepeda Ruiz (Usted, tú, sumercé y vos). Formas personales de tratamiento en el español de Bogotá, (2014) determina factores sociales, lingüísticos y pragmáticos que favorecen los usos de los pronombres de tratamiento *tú, usted, sumercé, vos* según los contextos y las distintas condiciones de habla.

La investigadora Gloria Smith Avendaño de Barón (2014 p. 31-49), en el resumen indica que pretende, entre otros propósitos, “determinar la frecuencia de uso de formas pronominales de tratamiento cortés”, presuposición de que los pronombres personales de segunda persona tienen inherente tal característica, graduada para cada nivel sociocultural. Allí mismo indica que esta investigación la realizó en la ciudad de Tunja con el aporte espontáneo de 54 hablantes, soportada en las “variables sociales de género, edad y nivel de instrucción”. Pese al rechazo universal, el pronombre sumercé es el más empleado para expresar “cordialidad y afecto en discurso narrativos, descriptivos argumentativos y expositivos” (conclusiones).

Por estas y otras lecturas previas surgen preguntas, algunas sin respuesta, como: ¿por qué se sigue usando el pronombre sumercé y sus variantes fonéticas, no obstante su origen feudal (medioeval, siglos IX al XVI) y esclavista, referente de sumisión y reverencia? ¿Por qué se ancló en Cundinamarca y Boyacá, en donde, según la historia hubo poco esclavo africano, aunque sí indígena? y si los hubo, ¿dejaron huella notable en esta región? ¿Por qué el afrodescendiente colombiano de los siglos XX y XXI no lo usa? ¿Es o fue más sumiso el indígena, nuestro pariente más cercano, razón de las vigentes actitudes reverenciales, de cordialidad y afecto, propias de la cultura cundiboyacense? ¿Tiene propósito distinto o es indiferente el sentido (pues el significado es el mismo) de este pronombre en las distintas clases sociales del sector identificado? ¿Ha sido factor determinante la cultura moralista y reverencial impuesta por la religión cristiana? Y de ser así, ¿cuál es la ideología predominante? ¿Lo emplean los jóvenes y niños de las zonas rural y urbana en su comunicación cotidiana?

En procura de respuestas satisfactorias, se puede afirmar hipotéticamente desde la semántica y pragmática lingüísticas, que históricamente este pronombre es una entidad en constante evolución, marcada, es decir, cargada de condiciones sociales, culturales y psicológicas, tal como sucede con el pronombre vos. No así los demás, o no marcados, que sólo representan a quien habla, escucha o de quien se habla. Conviene, entonces, distinguir lo disciplinar lingüístico de lo interdisciplinar y las consecuencias comunicativas. Lo no marcado se explica en la disciplina misma, en tanto lo marcado requiere tanto de la disciplina como de las demás ciencias humanas. Para cumplir este objetivo es oportuno precisar los conocimientos gramaticales relativos al pronombre en español, sus orígenes e implicaciones de uso actual en la

oralidad y la escritura. Fundamental es, también, saber de la etimología y evolución del término aludido, adjunto a los primeros y subsiguientes propósitos comunicativos movidos por ideologías predominantes en cada momento de la historia.

DISCUSIÓN

El lexema 'pronombre' está compuesto del prefijo latino pro- que se refiere a lo que está delante, en primer lugar, en vez de... y del lexema latino nomen relativo al sustantivo o nombre de persona, animal, objeto o concepto abstracto. Su función sintáctica es la de sustituir al nombre para evitar redundancia, cacofonía, ambigüedad y para agilizar la comunicación. Así, se prefiere decir:

1. García Márquez es escritor colombiano. Él ganó el Premio Nobel por su novela "Cien años de soledad", y no:

2. *García Márquez es escritor colombiano. **García Márquez** ganó el Premio Nobel por la novela "Cien años de Soledad" escrita por **García Márquez**.

Gramaticalmente el pronombre no es un lexema, sino un morfema puesto que su significado es dependiente del texto y del contexto, en donde puede convertirse en núcleo del sintagma, fonéticamente tónico en algunos casos y átono en otros. Dado el carácter morfológico y no lexemático, todos los hablantes somos 'yo' en cuanto emisores, 'tú' en cuanto receptores y 'él', 'ella', 'lo', 'la' en cuanto objetos de una conversación.

Pese a no existir equivalencias de uso, estas categorías léxicas están en todos los idiomas por economía y estilística lingüísticas. La lengua española o castellana, hija, en un menor porcentaje del griego y en mayor proporción del latín como las demás lenguas romances o de Roma en donde se hablaba latín heredó, sin diferencias, el concepto, uso y tratamiento de los pronombres.

En algunos idiomas su uso, en la estructura superficial, es obligatorio como en inglés o francés, no así en español, pues el sufijo del verbo implica el pronombre respectivo. Semánticamente no hay diferencia en el significado, pero pragmáticamente sí, como en:

3a. Estamos de acuerdo.

3b. Nosotros estamos de acuerdo.

La presencia del pronombre destaca y obliga el acuerdo; el oyente se siente comprometido; con la ausencia, el compromiso es débil. En otros textos su uso puede disminuir o evitar la ambigüedad como en los siguientes apartes de una exposición más extensa:

- 4a. Vi a Luisa cuando salió.
- 4b. Vi a Luisa cuando ella salió.
- 4c. Vi a Luisa cuando él (el esposo) salió.

Para que la ambigüedad desaparezca, el enunciado que contiene el pronombre ha de ser parte de un enunciado previo como en:

5. Luisa va de mañana con su esposo al trabajo.

Gramaticalmente los pronombres son unimorfemas (usted, aquellos), pero algunos lexemas o sintagmas hacen las veces de pronombre. En cuanto sintagmas, generalmente están precedidos por un determinante o artículo (el doctor, el suscrito, su Señoría, mi mamá, mi Capitán, mijo -por hijo mío-, los susodichos, su persona, chino, hermanolo, etc.). Pragmáticamente estas estructuras se emplean cuando la persona referida, usualmente en la segunda o tercera persona del singular, merece una consideración especial bien de aprecio y respeto, bien de rechazo, menosprecio o confianza, mientras que los demás pronombres personales (usted, tú, ella, etc.) resultan pragmáticamente inapropiados para lograr el efecto deseado en la interlocución. Así, al juez, en el juzgado o en misiva se le dice:

6. De acuerdo con lo solicitado por su Señoría, allego los documentos requeridos.

Hasta ahora, la lingüística y sus autoridades no reconocen como formas pronominales ni los lexemas ni los sintagmas referidos. Bien pueden definirse como pronombres sintagmáticos solo de la segunda o tercera persona del singular en función sintáctica de sujeto y complemento. El lector encontrará sustento en conversaciones como:

7. Madre: "Mijo, ¿quién te dio permiso?"
8. Hijo: "Mi mamá."

9. Coronel: "¿Quién manda aquí?"

10. Soldado: "Mi Coronel."

Los pronombres más reconocidos son los “pronombres personales en función sintáctica de sujeto”: yo, tú/usted/sumercé/vos, él/ella, nosotros/nosotras, vosotros/vosotras (ustedes), ellos/ellas. Pero también existen los personales que cumplen la función sintáctico – semántica de caso acusativo o de complemento directo (*me miró y nos perdonó*)¹, de caso genitivo o de complemento circunstancial de pertenencia precedido por la preposición 'de' (Arribó a la casa *de ustedes*), de caso dativo o de complemento indirecto precedido por la preposición 'para' o 'a' (una canción para ellas. De todos la escogió a sumercé), de caso ablativo o de complemento circunstancial de tiempo, lugar, finalidad, causa, compañía precedido por preposiciones como 'en', 'con', 'para', 'por', 'sin' (... *por ti, conmigo = con mi ego*). Al lector no avezado conviene aclararle que la gramática clasificó los pronombres morfosemánticamente en: personales, relativos, numerales, demostrativos, posesivos, interrogativos, exclamativos, indefinidos, recíprocos y reflexivos². Todos

-
- 1 Los acusativos de persona o animal conocido van precedidos por la preposición 'a' como en: saludó a la directora; el transeúnte mordió al perro. No así en: el perro mordió los muebles; adopté un cachorro (sin la preposición porque se refiere a un ser animado pero no identificado). No obstante, la costumbre en español es la de emplear siempre la preposición 'a' si se trata de seres animados.
 - 2 **PERSONALES** singular: yo, me mí, conmigo; tú, te, ti, contigo / usted / sumercé / vos; él, ella, lo, la, le, se, sí, consigo. Plural: nosotros, nosotras, nos; vosotros, vosotras, os; ellos, ellas, los, las, les, se, consigo.

RELATIVOS sustituyen a un nominal antecedente explícito o implícito. Relacionan la primera con la segunda frase del sintagma. Son átonos: que, cual, (es), cuanto/a (s), donde, quien (es), cuyo/a (s).

NUMERALES se refieren a la cantidad del sustantivo referido. Si precede a un sustantivo se le llama adjetivo o determinante. Cardinal expresa la cantidad de un mismo objeto: de diez niños, tres recibieron mención y cuatro, premios. Ordinal se refiere al lugar que ocupa respecto de un todo: En la segunda ronda, fui el primero en llegar y el cuarto en ser admitido. Algunos gramáticos los identifican como adjetivos.

DEMOSTRATIVOS muestran el grado de cercanía respecto del emisor y en relación con el receptor. Gramaticalmente nunca precede a un sustantivo y si lo hace se llama determinante (equivalente a un artículo). En ningún caso se le marca tilde: este/a (s), eso/a (s), esto (s) neutro o referencialmente indeterminado.

POSESIVOS son morfemas clíticos (proclíticos o enclíticos) referentes al poseedor de algo o alguien. Si preceden al sustantivo no son pronombres, sino determinantes. Mío/a (s), tuyo/a (s), suyo/a (s), nuestro/a (s) vuestro/a (s).

los pronombres concuerdan sintácticamente con el número gramatical del referido, pero algunos carecen de morfema de género que en español generalmente es /-o/ para el masculino y /-a/ para el femenino.

Con estas precisiones gramaticales, se concluye que el pronombre *sumercé*, como se pronuncia actualmente, es un pronombre personal, número singular, pues el equivalente plural es *ustedes* y sin género gramatical específico. Muy coloquialmente es posible escuchar el plural *sus merceDes*, jamás *sumercés* o formas similares. Analizándolo desde la sociología, es un pronombre individualizador. Los normativistas nada legislan al respecto. En la escritura de los años de 1960, 1950 y hacia atrás se empleaba en la correspondencia familiar, pues el auge de la radio y la televisión colombianas introdujeron el uso de *usted* para las entrevistas y diálogos y en las radionovelas, telenovelas y obras de teatro optaron por tú en la vida familiar y el plural *ustedes*, nunca *vosotros*.

Etimológicamente, este morfema procede del sintagma nominal femenino³ *vuestra merced*, que a su vez procede del genitivo plural latino *vestrum, vestri* (de *vosotros*) y del *nominal* latino '*miserere*', piedad, misericordia, lo que explica que el emisor (el vasallo) le reconoce a su receptor (el señor) capacidad natural, innata de perdonar, de tener piedad. *Vuestra merced* tuvo dos evoluciones hasta la fecha. Según la investigadora Avendaño (2014), “entre los siglos XVI y XVII, la forma *vuessa merced* se fue transformando, poco a poco, hasta convertirse en *usted*” (36).

INTERROGATIVOS y EXCLAMATIVOS son morfemas de pregunta o exclamación. Son tónicos y se les marca tilde: qué, quién (es), cuál (es), cuánto/a (s), cómo.

INDEFINIDOS porque mencionan algo sin identificarlo, lo insinúan. Los morfemas un (unos), una (s) si preceden al sustantivo no son pronombres, sino determinantes o artículos. Son pronombres indefinidos: uno/a (s), algún/a (os, as), ninguno/a, otro/a (s), tan, tanto/a (s), mucho/a (s), demasiado/a (s), escaso/a (s), todo/a (s), algo, poco/a (s), nada, nadie, mismo/a (s), alguien, cualquiera / cualesquiera.

RECÍPROCOS identifican a dos o más personas, objetos o hechos que actúan en concordancia. Son pronombres plurales: nos, os, se.

REFLEXIVOS si el emisor se afecta a sí mismo: me, te, se (singular y plural de segunda y tercera personas), nos, os.

3 “En la lengua antigua era habitual la concordancia en femenino con este tipo de grupos nominales aunque su referente fuera un varón”. Real Academia Española (2009). Nueva gramática de la lengua española. Madrid. Asociación de Academias de la Lengua Española. Tomo I. numeral 16.2K. En el numeral 2.6i aclara: “Los modificadores de sustantivos como *Majestad*, *Santidad* o *Excelencia* concuerdan con ellos en femenino: *su excelsa majestad*; *Vuestra Santidad*; *su excelencia reverendísima* (no

El pronombre personal de segunda persona singular en español y latín es tú, y el plural latino vos para nominativo, vocativo y acusativo, que se mantiene coloquialmente para el singular en el Valle del Cauca, Colombia, y en Argentina con afectaciones morfológicas en el verbo como en:

11. *Vosotros sabéis > vos sabés.*

El caso genitivo indicado arriba se fue modificando en el habla del vulgo analfabeto de la Provincia de Castilla y demás provincias españolas sometidas así: *Vestrum > Vestru > vestro > vuestro*. Pero la evolución no se detuvo ni está detenida; así: 1º. *Vuestra merced > vuesa merced > vusmerced > vusced > vusted > usted*. 2º. *Vuestra merced > sa merced > su merced > sumercé*. En el transcurso de la historia, los dos lexemas vigentes adquirieron significados y usos propios. *Usted* es una forma no marcada, respetuosa, marca la distancia con el receptor. Cuando el nativo de algunas regiones colombianas que frecuentan el tuteo es tratado como *usted* establece una barrera con su hablante.

Hipotéticamente se puede entender que el vasallo, para hablarle al señor o señora debía anticiparse a pedirle perdón antes de decir cualquier palabra, para evadir castigos. Tal ocurre en los procesos judiciales del siglo XXI que exigen que al juez de la causa se le diga "Su señoría" para evitar, al menos, una reprimenda si se le trata de 'usted'. Este punto de vista lleva a axiomas comunicativos: 1. el lenguaje está constituido por normas sociales verbales y no verbales antes que por un conjunto organizado de palabras. 2. Quien habla, si desea tener éxito en la comunicación, no dice lo que a bien tenga ni con el lenguaje que prefiera, sino con el lenguaje que demanda el interlocutor. Esto lo saben bien los buenos profesionales en la defensa de sus argumentos. 3. Esto obliga al locutor a escoger a su interlocutor o a encontrar para cada interlocución el lenguaje que le gane confianza y respeto. 4. Quien tiene menos poder (el acusado, el paciente, el alumno, el hijo) está obligado a someter su personalidad y a evitar lenguajes que no sean del agrado del superior o autoridad.

Con el tiempo, la fórmula perdió solemnidad, la fonética se debilitó por *vuesa merced*. La economía lingüística prevaleció y, lentamente, apareció *su merced*. Se impuso 'su' porque la sílaba acentuada es 'vue' y se optó por 'su' y no 'vu' entre otras razones por la facilidad de pronunciación. Además, las consonantes dentales oclusivas (t - d) finales de palabra se obvian en español como *internet interné, su merced sumercé, carnet carné, usted usté*.

Este pronombre, históricamente goza de importancia lingüística, sociológica y psicológica, pero socialmente le resta prestigio a su usuario, a menos que este tenga ascendencia política o ideológica entre sus receptores. Similarmente ocurre con otras expresiones, es decir, que el sentido depende de quién las emita, del receptor, el contexto y el entorno. La historia cuenta que el feudalismo conformado por señores y vasallos obligaba a la imposición de un lenguaje verbal y no verbal que marcaría los límites de clase y estatus. Palabras, gestos y miradas que identificaran a uno y otro. He ahí la norma lingüística que hoy creemos que es lo correcto para quien quiere hablar y escribir bien. He ahí las demás normas para ser admitido en sociedad.

Si en los siglos pasados vuestra merced significaba respeto, sumisión y humillación ante el gran señor, en el presente *sumerced* o *sumercé* portan significado de respeto y aprecio por el oyente. Este lenguaje cortés adquirido culturalmente, beneficia al receptor y disminuye el valor del emisor como se advierte en el ejemplo 6. Tal sucede con otras expresiones de cortesía: por favor, con permiso, tenga la bondad, los diminutivos y muchos más. Algunos psicólogos recomiendan no emplearlas, pues el receptor automáticamente se engrandece y puede negarse. En 11a seguramente el oyente se resistirá, en tanto por 11b se siente obligado:

11a. Compañero, ¿sería tan gentil de facilitarme sus apuntes para poder adelantarme?

11b. Hermanito, necesito su cuaderno para ya, porque estoy atrasado.

Esta palabra por sí misma no necesariamente conlleva sentimiento de respeto y cortesía. Un no boyacense, siempre antipático con su colega boyacense, puede emplear *sumercé* para menoscobrarlo. El diminutivo puede significar inferioridad, insignificancia como en: “*maestrico de tonterías*”. “No, pero *tan distinguido señor* que fue”. “Si quiere que lo atienda dígame *sumercé*”.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ y BERTOLOTTI. (2013). Usos americanos de su merced en el siglo XIX. Lexis, vol. Xxxvii (1). P. 5-32.

AVENDAÑO DE BARÓN, GLORIA SMITH. (2014). Formas pronominales de tratamiento y cortesía en el habla de Tunja, Colombia.

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Folios, 2^a época, No. 39. P.31-49.

ESCANDELL VIDAL, MARÍA VICTORIA. (1993). Introducción a la pragmática. Madrid, España. Anthropos.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2009). Nueva gramática de la lengua española. Madrid, España. Asociación de Academias de la Lengua Española. Tomo I. numeral 16.2K.

VILLEGRAS, JAIME. (1960). Dos años de latín. Bogotá, D.C. Voluntad. 8^a ed.

* *Subdirector de la Academia Boyacense de la Lengua*

MARIELA VARGAS OSORNO

Pensamiento y gallardía en valores



Don Gustavo Torres Herrera

Para acertar en las líneas que merece la especial colega de letras y abogada Mariela Vargas Osorno, debo empezar por bordar palabras de una persona maravillosa que se caracteriza por su cálido trato propio de su esencia familiar, que acrecienta su valía con el conocimiento que estampa en su pluma delicada.

Al leer sus planteamientos brilla la palabra equilibrada, fluye la prosa hermosa y el verbo hecho talento. Así son las letras de Mariela Vargas Osorno, destacada en sus calidades personales, profesionales y literarias, distinguida por su formación en valores, capacidad para la investigación y gran talento.

Su nombre es reconocido en otras Academias donde igualmente demuestra idoneidad, coherencia y huella de su decencia, trato ejemplar y vivo ejemplo. Un sello en valores y virtudes que la hacen particular.

Sus ideas son una bandera que ondea pensamiento de una verdadera tejedora de historias y cultura, que enseña y transporta en su obra "EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO", un trabajo literario sobre la vida del príncipe Muisca que conoció a Felipe II, donde con la gala propia de su pluma, muestra a Cutzo entre la riqueza Muisca y sus afugias para sobrevivir en tiempos de la conquista española que arrasa y devora.

Con acierto descriptivo nos presenta a esa comunidad indígena que se resiste a claudicar hasta que en su muerte larga Cutzo "vio los valles de su patria brillando con la luz de generosas venas de agua, con los espejos azules de lagunas encantadas y el verde encendido de cosechas nuevas sobre surcos de buena tierra negra".

Dice que entonces "Monguí sintió la suavidad de sedas de araña que lo envolvían. A través de los hilos transparentes sonreían dos pares de ojos: los unos dorados, de pupilas profundas y quietas, los otros verdes, iluminados de dulzura vagabunda. Monguí saludó en silencio a las dos sabias señoras de la otra vida... colocaron en las manos de Cutzo el bastón de mando y una flecha para que siguiera defendiéndolos... Las gentes de Monguí se cubrieron con mantas rojas, se pintaron el cuerpo y los cabellos con achiote. Bebieron chicha para calmar el dolor, cantaron los hechos gloriosos del gobierno del príncipe. Que había peleado con valor y astucia en las guerras y había gobernado con justicia. Que había sido generoso. Que los dioses le habían permitido ver a través del tiempo y las distancias, y le habían dicho: "ve a Castilla, negocia con el Rey y vuelve, eres la paloma que anuncia el fin de las tempestades". Lo sepultaron en ceremonia secreta. Cavaron muy hondo, en un lugar protegido por la niebla, por los frailejones, los lupinos y los cojines de musgo, visitado por las torcas y las ardillas. Allí quedó, entre las escarchas del páramo. Era tan bello ese lugar que daba ganas de quedarse en él toda una vida".

Y en una descripción por escenarios de nuestra esencia boyacense, cautiva cuando en su narración expresa como terminó el cacique entre las luces donde descansa el sol y el cielo azul, bajo la mirada de una dulce señora a quien veneran y levantaron un altar donde "los muiscas trajeron vegetales, pintaron de dorados, ocres, verdes, azules y rojos las columnas y las vigas. Insertaron espejos en las paredes para que relumbraran con la luz como antaño había brillado el oro de sus reyes". Un retablo de una virgen cuya corona adornada de piezas preciosas, y donde entre campanas en la torre anida una lechuza protegida por el alma del cacique entre destellos de su historia de recuerdos.

Su capacidad expresiva y talento literario lo confirma en la obra "ARITMÉTICA DE LA FELICIDAD" donde hace un recorrido filosófico y de vida alrededor del pensamiento de Jeremy Bentham inspirador del liberalismo colombiano. Ciertamente este trabajo tiene particulares connotaciones: lo estructura sobre un ensayo de su padre, el Doctor Luis A. Vargas, quien plasma el pensamiento del filósofo y exponente de la libertad, Ezequiel Rojas, que transmite las ideas de Bentham "en su lucha por el respeto a la vida, a las libertades, a la tolerancia, a las leyes claras, justas y ecuánimes, a la educación accesible a todos, y sigue siendo actual".

Entonces, al leer esta última obra de Mariela Vargas Osorno, se comprenden mejor los orígenes de esa vena literaria, que heredó no

solamente con la pasión por la filosofía como su padre, sino que igualmente hace honor a la fuerza generosa de una brillante escritura.

Ella nos recuerda que en su "antigua del casa del barrio Palermo, en la gran mesa del comedor, nos sentábamos más de doce. Mi padre animaba la sobremesa. Con una voz pausada y clara, leía los 'Diálogos' de Platón también nos leía a Aristóteles. Otras veces nos deleitaba con pequeñas joyas que había extraído de sus páginas preferidas. Así, entre cucharaditas de dulce de guayaba, breva y papayuela, llegamos a conocer a la incomprensible y famosa Tía Tula, a las Hinojosa, a los próceres de la independencia, a Madame Bovary y a los apasionados héroes de las novelas rusas".

Recuerda también que, aunque su padre nunca les leyó su trabajo de tesis "Ezequiel Rojas o el Padre de la Filosofía Liberal en América", con tono implícito de cierta nostalgia y no menos picardía propia de los años infantiles menciona que en cambio oyeron "la anécdota del niño desaplicado que, por estar trepado en un naranjo en lugar de estar en la escuela, tuvo la mala fortuna de caer y darse un golpe en la cabeza, que lo dejó privado. Esta mala fortuna se transformó en un golpe de suerte, porque, al volver en sí, había quedado convertido en un niño inteligente, el mismo que un día iría a fundar el Partido Liberal Colombiano. La anécdota nos dejaba pensando y todos queríamos ser genios, pero ninguno tenía el valor de dejarse caer de un naranjo".

Como podemos observar, con delicada sutileza trata desde lo familiar la línea de la historia, evoca sentimientos, construye palabras forja de especial relevancia las ideas políticas de nuestra patria.

Siempre le he dicho de mi profunda admiración cuando leo sus trabajos literarios, y esta ocasión con el merecido homenaje que a su obra y nombre hace nuestra Academia Boyacense de la Lengua, es una oportunidad para ratificarle mi aprecio y sentido de amistad.

MARIELITA VARGAS OSORNO

La gran escritora, la incondicional amiga



Don Enrique Morales Nieto

Si ves una luz síguela. Esa luz puede ser tu estrella.

Los tres estados más sublimes del amor, porque son únicos y diferentes, son el amor que se tiene a Dios, a la familia y a los amigos. Al menos en mi caso si alguno de ellos me faltara no podría vivir. Marielita Vargas representa uno de estos grandes amores. El de la amistad. El amor incondicional, el desinteresado, pero además el que compartimos por la historia y las letras. Desde el día en el que tuve la oportunidad de conocerla me impactó su erudición histórica y su proceder sosegado. Ese día me vino a la cabeza una frase que leí de Séneca; "Si ves una luz Síguela. Esa luz puede ser tu estrella". La vi de inmediato en mi amiga Marielita, así que decidí seguir la luz, lo que nos ha permitido cultivar una férrea amistad y desarrollar proyectos, que como ella bien dice; para pagar los impuestos espirituales.

En cierta ocasión, en una de esas largas y amenas conversaciones que solemos tener, le dije; "Hay que brindar instrumentos para que la gente pueda hacer cosas de las que se sientan orgullosas". Lo que para mí fue una frase, con el ánimo de motivar una conversación, ella la convirtió en un proyecto de vida y siempre está promoviendo unir a personas en causas de las que se sientan orgullosas.

"Cuando se apaga la fe se apaga la razón" dice Benedicto XVI. Una tesis que no solo se aplica en lo teológico sino también en lo más diario y humano y es lo que mi amiga Mariela hace. Cada cosa que emprende la realiza con una inquebrantable fe. No es débil en sus convicciones y eso entonces hace que se enfoque en cómo lograr las cosas, en el qué hay que hacer. No se desanima, no desfallece. Deja que su fe y su razón se hagan una sola.

De ella he aprendido muchas cosas. Una de ellas es su habilidad para ponerse en los zapatos del otro. Yo la llamo compasión.

Me ha enseñado que lo bueno de la vida es descubrir las cosas que no importan, que son muchas y entre ellas todas las materiales.

Cuando el amor y el deber se juntan la gracia está presente y Dios la premió con esas dos virtudes que derrama sin miramientos en su empresa y en la relación con sus trabajadores. Yo le digo que tiene muchos hijos, porque trata a cada uno de ellos como a un hijo a el que le brinda comprensión y apoyo.

La vida puede ir como una barca que se desplaza lenta y con armonía. No es su caso. Su barca navega firme y de prisa porque ella la aborda como si siempre se tomara un buen Brandy español que tanto le gusta y que la pone alegre y altiva.

No obstante, como lo aprendió de su admirado Sócrates es prudente y reflexiva en la palabra. Aprendió del gran filósofo que para buscar el conocimiento hay que asumir que no se sabe nada. Si pretendemos saberlo todo nunca veremos nuevas ideas, decía el filósofo y ella practica esta máxima con vehemencia. Oye mucho y luego apoya diciendo: Magnífico hay que hacerlo.

No es una mujer de placeres porque sabe que estos son la felicidad más corta, ni de opulencia porque esta invita al pecado, tampoco habla de amores obsesivos que son la cárcel del demonio. Por eso tiene un concepto de lo sublime que lo refleja en sus obras y en sus escritos.

Su Novela “EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO” no solo es hermosa por la forma dulce, elocuente y castiza con la que cuenta la historia del príncipe de Monguí, y la conquista por parte de los españoles del valle de Iraca, hoy Boyacá. Una historia que relata el necesario choque de dos culturas; la Muisca y la Española pero que a su vez tienen un momento de reconciliación y nobleza cuando el rey Felipe II de España regala al cacique Suamox, el cuadro “la huida de Egipto”. Su obra es una historia épica y de amor por las colinas de Monguí, por el valle de Iraca, en donde según sus propias palabras, había nacido el sol. Su amor por el río Sugamuxi “una cereza jugosa que nadie se podía robar”, por su amado Cocuy, por el templo del sol.

No obstante, me atrevo a decir que el libro cuenta dos historias. Hay una historia detrás de la historia. La otra es la de sus verdaderos amores. Su amor por Cutzo. El príncipe Muisca, altivo, generoso, valiente e ingenuo y su otro gran amor, el que siente por el adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, el español rudo, engreído, valiente, intrépido. Sus dos amores son verdaderos polos opuestos. En el libro no esconde a ninguno de ellos, con sus defectos y virtudes. Los ama en el silencio de la intimidad pero que deja al descubierto en su novela. Se enamoró de las dos culturas, la muisca y la castellana. Una la lleva en su piel, la otra en sus venas, y a las dos se entrega en cuerpo y alma.

Mariela tiene por formación una mente jurídica, no centrada en la ley sino en el concepto de justicia y de paz que son las caras de la misma moneda. Por eso se obsesionó con las ideas del jurista inglés Jeremy Bentham quien le inspiró su libro, "La aritmética de la felicidad".

"La Política y el derecho deben ser actividades racionales, orientadas hacia la máxima felicidad del ser humano, la cual no es legítima si se queda en manos de pocos. Aprendí a ver que la utilidad era la prueba y la medida de toda virtud; tanto de la lealtad como de cualquier otra; y que la obligación de administrar la dicha general era una obligación primordial e indispensable para todo el mundo".

Para Marielita esas palabras de Jeremy Bentham fueron su inspiración para afirmar que el jurista y filósofo había planteado el concepto de la "Utilidad basado en una aritmética moral. A mayor utilidad para todos, mayor felicidad".

Bentham amaba la obra "Cándido" de Voltaire al igual que Marielita, para quien las obligaciones de justicia y de bondad no eran ni con Dios ni consigo mismo, sino con el prójimo. Cumplir con este deber proporciona placer que llamó altruismo.

"Las aventuras de Telémaco", obra escrita por el obispo francés Fenelón en la época del rey Luis XIV contribuyeron notoriamente a la formación del pensamiento de Bentham. "El hombre más libre es quien sabe serlo aún en la esclavitud, quien a nada teme ni nada desea y solo se somete a los dioses y a la razón"

"La aritmética de la felicidad", según la autora, se obtiene de sumar, utilidad, libertad y altruismo.

Muchos otros autores y filósofos influyeron en el pensamiento de Bentham que lo labraron como uno de los grandes. Thomas Hobbes, David Hume, Montesquieu, Louis de Secondat Adrien Helvétius, Edmundo Burke y muchos otros.

Mariela, de manera magistral, recoge el pensamiento de todos estos autores en su libro, un ensayo profundo y juicioso, no solo sobre las ideas de Bentham sino sobre el positivismo jurídico que separa los conceptos de derecho y de moral y crea una independencia entre los mismos, lo que le mereció una laureada tesis doctoral que inspiró su obra.

Los postulados de Bentham fueron la semilla de las ideas liberales en Colombia, recogidas por Ezequiel Rojas, oriundo de Miraflores Boyacá, a quien el padre de Mariela, Don Luis A. Vargas, llama “El padre de la Filosofía liberal en América”. Don Luis, nacido también en Miraflores, es un pensador que inculcó a sus hijos un profundo amor por la historia y la filosofía siguiendo una diaria rutina de lecturas al calor de las cenas familiares. Egresado como Abogado de la Universidad Externado de Colombia, y de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá en su tesis de grado es quien presenta un ensayo sobre la vida y obra de Ezequiel Rojas, rescatando su influencia en la propagación de las ideas liberales de Jeremy Bentham, así que “Aritmética de la Felicidad” es también un homenaje a estos dos grandes personajes de la vida de la autora y de sus amadas Miraflores y Boyacá.

Quedamos a la espera de su nueva obra. Espero que verse sobre la vida y las conquistas de Don Gonzalo Jiménez de Quesada. Su gran amor, seguro que sus conocimientos históricos y cimentadas investigaciones, además de su delicada y exquisita pluma nos remontarán a esos fascinantes años que ella tanto ama, los de la casa de los Austrias, los del gran rey Felipe II de España.

Quedan muchas otras cosas en el tintero acerca de mi amistad y obra de nuestra querida Mariela Vargas Osorno, gran escritora, gran amiga, gran mujer y gran ser humano.

MARIELA VARGAS OSORNO, intelectual, letrada y académica



*Don Antonio José Rivadeneira Vargas **

Mariela Vargas Osorno distinguida e ilustrada dama oriunda de Boyacá y quien presiento es de mi familia, por cuanto es descendiente de aquellos Vargas parientes de Santa Teresa de Jesús, que llegaron a América procedentes de España, se asentaron en nuestro departamento de Santander del Sur y de ahí, unos se trasladaron al Cocuy, otros a Soatá y unos pocos a Chiquinquirá, de los cuales procede mi abuelo, materno Miguel Vargas Fajardo.

Mariela pertenece a una familia de eminentes educadores, entre los cuales se destaca su tía Celmira Osorno Cújar, cuya madre Genoveva de Osorno, prima de Olimpo Espinel, el descubridor de las minas de hierro de Paz del Río, compartió horas amables en Soatá con mi madre Magdalena Vargas de Rivadeneira, pues ambas fueron pianistas consumadas y extremadamente celosas en la práctica de aquellas buenas y sanas costumbres cristianas.

En Soatá, Celmira se convirtió en mi maestra por excelencia, pues no solo me enseñó a leer y a escribir de corrido, me inculcó severas normas de conducta y con ademanes de dulzura y mansedumbre, me hizo captar las normas que presiden el saber científico, me infundió un comportamiento de respeto por las demás personas y un profundo amor a la cultura patria.

Cuando mi padre, Alejandro Rivadeneira Gallo, ejercía el cargo de Recaudador de Rentas Departamentales en Boyacá y fue trasladado de Soatá a Samacá, persuadió a Celmira para que viajara con nosotros y abriera allí un establecimiento educativo.

Ella atendió el llamado y en su colegio de Samacá estudiaron conmigo mis hermanos Emma, Guillermo y Mercedes, las hijas del Alcalde y miembros de las familias más distinguidas del poblado. Sea aquí, donde me ratifico en el complejo que padecimos los Rivadeneira en esa época, quienes por pertenecer a buena familia, no podíamos educarnos en escuela pública.

En la misma Samacá, por el año de 1937, Celmira me preparó para que hiciera la primera comunión en la Iglesia Parroquial y me impartió instrucciones para que los días viernes viajara a hacer el mercado a Tunja en la camioneta llamada “El Alfonsito”, cuyo conductor, al regreso de cada viaje y mientras transportaba pasajeros a Ventaquemada, me dejara en el Puente de Boyacá para que apreciara la magnitud de la hazaña que allí se cumplió y luego me recogiera para llevarme a Samacá.

Estas visitas ocasionales al lugar sagrado y los consiguientes diálogos con Celmira al respecto, despertaron en mi espíritu el deseo de conocer en detalle los episodios de aquella epopeya y desde ese entonces me inspiraron una profunda admiración por Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, que con el tiempo se convirtió en el empeño de escrutar su hazaña y comprender la dimensión de su obra republicana.

Por tanto, debo reconocer con orgullo que a Celmira Osorno Cújar debo mi indeclinable formación ética y social, una recia preparación intelectual, una afición permanente por la historia y las letras patrias, un infinito amor por mi Boyacá bella y por Colombia, un empeño tenaz por desentrañar a través del estudio, la investigación y la aplicación de las excelencias del saber los episodios sobresalientes de aquella magna epopeya.

Entre las producciones históricas más valiosos de Mariela figura “EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO”, en el cual relaciona con ingenio las andanzas del Cacique de Monguí y describe los episodios relativos a las vicisitudes del Cuadro de la Virgen, donado por el emperador Carlos V a la Iglesia Parroquial de Sogamoso, pero que por peripecias del destino se entronizó en Monguí y se convirtió en su patrona, donde es patrona espiritual.

En el área de la sociología Mariela nos presenta la obra “ARITMÉTICA DE LA FELICIDAD” dedicada a descubrir la vida íntima de Jeremías Bentham, padre del utilitarismo e inspirador del liberalismo colombiano, en cuyo capítulo 2 titulado “LA SONRISA DEL BUEN SALVAJE” hace

una magistral referencia a lo que llama el “segundo descubrimiento”, en cuya descripción declara que “Colón buscó en ella, nuestra América, el paraíso terrenal en donde los indígenas no necesitaban templos pues los dioses estaban en los árboles, las montañas y los ríos” y porque la noción de geografía que tenía el Almirante estaba “llena de sensualidad mediterránea” y a consecuencia de ella “ la América presentida o descubierta es una depositaria de ilusiones”.

Y en opinión de Mariela “a los aborígenes los cronistas los describen como fuertes y hermosos” y entonces afirma que “empieza a nacer la leyenda del buen salvaje”, asunto que me atañe porque el maestro German Arciniegas, al posesionarme como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, me honró con el calificativo del “Ilustre Salvaje Boyacense”, lo cual me exime de participar del odio, de la envidia, de la desconfianza y del mundo hostil de aquel mal salvaje descrito por Bentham.

Pero es Mariela quien da la solución al dilema planteado, pues nos recordaba que Tomas Moro diseñó la psicología del buen salvaje, le atribuyó un estado de felicidad permanente porque “el oro no es oro para él”, convive con los demás en una sociedad feliz, organizada, igualitaria y solidaria, lo cual determina el contraste entre “los felices salvajes americanos” y los “tristes civilizados europeos”

Agradezco a Mariela que en su interesante libro “ARITMÉTICA DE LA FELICIDAD” hubiera reproducido mi comentario sobre el importante libro de su ilustre padre, Luis A. Vargas, titulado “EZEQUIEL ROJAS, PADRE DE LA FILOSOFÍA LIBERAL EN AMÉRICA”, considerado el ensayo más afortunado sobre el promotor político y social más interesante de aquella generación de los fundadores y formadores de nuestra República. Lo cual demuestra que, a Mariela, su vocación histórica le viene por tradición familiar.

Otra de las incursiones de Mariela en materia histórica consistió en que tras minuciosa consulta de archivo demostró que el Presidente Santos Gutiérrez y su ministro Santiago Pérez, designaron a José María Torres Caicedo como jefe de la Legación colombiana en Inglaterra y Francia, con el encargo de continuar ante el gobierno español la gestión para restablecer relaciones diplomáticas y le asignaron como secretario a don José María Vergara y Vergara, cuyas gestiones emprendidas ante la Real

Academia Española de la Lengua, culminaron con la fundación de una filial de la española, la cual se creó en Bogotá el 10 de mayo de 1871.

Y a propósito conviene recordar que Mariela y el suscrito obtuvimos que el artista boyacense, Carlos Avendaño Ortiz, nos pintara un retrato al óleo del presidente Gutiérrez, con destino a la Academia Colombiana de la Lengua, el cual entregamos a su director don Jaime Posada, quien agradeció el obsequio y lo destinó a ser colocado en el salón de sesiones, al lado de don José María Vergara Vergara y del expresidente y académico don Santiago Pérez.

De manera que esta noble dama, que hizo estudios secundarios en el colegio de la Presentación de Tunja, obtuvo el título de abogada en nuestro venerado claustro del Externado de Colombia y se doctoró en Filosofía del Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, España, me infunde profunda admiración y respeto por la calidad de sus ancestros, por la gran erudición de sus producciones literarias e históricas, por sus insignes dotes académicas y por su indiscutida capacidad para el manejo empresarial, atributos ellos independientes pero no ajenos a su señorío y a su eminente calidad humana.

* *Miembro de Número de la Academia Colombiana de la Lengua*

Mariela y los sueños del príncipe dorado



*Don Hernán Alejandro Olano García **

Hace un par de años, el Almirante Jaime Jaramillo Gómez, con el entusiasmo que lo caracteriza, me llamó para preguntarme si conocía a Mariela Vargas Osorno, quien acababa de posesionarse en la Academia de Historia de Bogotá con un trabajo acerca del Cacique de Turmequé. Realmente, no la conocía; sin embargo, por sus apellidos la identifiqué, pues uno de sus hermanos fue amigo de mi padre. Tiempo después, he podido compartir con la doctora Vargas en un par de academias, la “Monseñor José Joaquín Salcedo” y la Boyacense de la Lengua.

Hay varias coincidencias con ella: Tunjanos, respetuosos de nuestros mayores, querendones de la patria chica, abogados y también graduados de la Universidad Complutense de Madrid, ella con el reconocimiento Summa Cum Laude, a su tesis Un consejero inglés en la corte de Bolívar: Bentham en Colombia y yo, con igual calificación, con una tesis titulada *El Cacique de Turmequé, defensor de los derechos humanos en la Corte de Felipe II*.

Un poco liberal, con su *Aritmética de la felicidad*, que es parte del radicalismo liberal transmitido por su padre conservador (Para godos los liberales de Rionegro, decían) y, al igual que ella, graduados del Externado de Colombia.

En el 2018, encontré en la Librería Nacional la obra de Mariela “El viaje del hombre dorado. La vida del príncipe muisca que conoció a Felipe II”, publicado por Editorial Planeta y, dedicado a su madre, una “dulce Mariela”, quien le regaló la alcancía de sus sueños. ¿Qué son los sueños? Juan Gossaín dice que “Con dinero puedes comprar la cama, pero no el sueño” y, dentro de mi libro “Átomos al infinito”, he recopilado otro catálogo de frases para soñar, pero sólo mencionaré algunas de ellas, como las de doña Marielita Osorno de Vargas y su alcancía, alguien que vivió el

simbolismo, ese movimiento que a fines del siglo XIX reaccionó contra el naturalismo y el realismo y exaltó la espiritualidad, la imaginación y los sueños. Ya Aristóteles lo había dicho: “La esperanza es el sueño del hombre despierto”. Y las madres son esas tejedoras de esperanzas y sueños para sus hijos, pues muchas de ellas, con sus bendiciones y rezos, practican la oniromancia, que es la adivinación a través de los sueños, cosa compleja si nos atenemos a las cifras de los neurólogos: Una persona normal, tiene cerca de 1460 sueños al año.

Y es que, según Álvaro Mutis, los ríos han sido y serán hasta mi último día, patronos tutelares, clave insondable de mis palabras y mis sueños. Incluso, bíblicamente, recordamos que Nabucodonosor tuvo un sueño que se le borró de la memoria dejando consternado su espíritu, sólo lo descifró Daniel, luego príncipe y magistrado sobre todos los sabios de Babilonia.

- De ensueño sería que los sueños fueran lo que se vive despierto y la realidad fuera lo que soñamos, Fernando Moreno.
- Eduardo Caballero Calderón, decía que lo histórico es lo que hizo el hombre, y lo legendario, que es el sueño, es su realidad más profunda.
- El dolor que un divorcio causa es mucho peor de lo que la gente se imagina, porque es la pérdida de todos los sueños y esperanzas, Kathy Brewer Gorham.
- El idealista tiende a vivir más bien en un mundo de ensueños, habita en un universo poblado por representaciones, que depende en gran parte de lo que desea y quiere, Alejandro Llano.
- El sueño es un depósito de sueños extraviados, Ramón Gómez de La Serna, Greguerías.
- En la única declaración expresa sobre su poesía, Aurelio Arturo dijo que ésta era <a un mismo tiempo, sueño y vigilia>.
- Es Colombia ese país donde los sueños de la naturaleza no son incompatibles con el vivir de los hombres, William Ospina.
- Jovencitas pobres pero agraciadas (bien dotadas, pero sin dote), alcanzan sus sueños de fortuna por cuenta de los caprichos lujuriosos de los capos, Alejandro Gaviria.
- La <mística ojalatera> está hecha de ensueños vanos y de falsos idealismos: ¡Ojalá no me hubiera casado!, ¡ojalá tuviera más salud!, etc., San Josemaría Escrivá.

- La comida es breve; la cena, más larga, dado que después de la primera viene el trabajo, y tras de la segunda el sueño y la quietud nocturnos, Tomás Moro.
- La falta de dinero no es lo que les impide a las personas realizar sus sueños.
- La felicidad es un sentimiento de equilibrio entre lo que hemos querido y lo que hemos conseguido, entre los objetivos y los resultados, entre los sueños juveniles y las metas conquistadas, Enrique Rojas.
- La melatonina de la uva hace que nuestro nivel corporal aumente y por eso, el vino nos da sueño.
- Las utopías son los sueños de la razón, Octavio Paz.
- Lo único que esta dirigencia mezquina y sin sueños le enseñó al país es el arte miserable de dividir una servilleta en cuatro, Fernando Vallejo.
- Muy más allá del mundo de los astros queda el país difuso de los sueños. Relato de Proclo, León de Greiff.
- Nada me parece justo en siendo contra mi gusto, Segismundo en La vida es sueño, Pedro Calderón de la Barca.
- Nunca he conocido a nadie que, en un momento u otro de su vida, no haya tenido un sueño, Ramiro Galindo.
- Profesor: alguien que habla durante el sueño de otros, Bergen Evans.
- Queridos jóvenes, ustedes tienen muchos proyectos y sueños para el futuro. ¿Ponen a Cristo en el centro de sus proyectos y de sus sueños?, Papa Francisco
- Rosa, oh contradicción pura en el deleite de ser el sueño de nadie bajo tantos párpados; epitafio escrito para su tumba por Rainer Maria Rilke.
- Si comes demasiado, el sueño puede ser pesado, como si fueras un cadáver, Dalai Lama, El corazón de la meditación.
- Solemos ser la realidad de un sueño o acaso el sueño de los otros, Esteban Peicovich.
- Sólo te sirve la PNL si: estás harto de alguna de tus actuales circunstancias; te interesa hacer que tu actual experiencia vital conduzca a nuevos logros y niveles de aventura, felicidad y éxito; estás dispuesto a hacer realidad tus sueños, Romilla Ready, Kate Burton y Xavier Guix.

- Somos lazarillos de nuestros sueños, Ramón Gómez de La Serna, Greguerías.
- Toda la vida es sueño y los sueños, sueños son, Calderón de la Barca.
- Tú tienes mi tesoro: el bolígrafo con el que he escrito algunos de mis sueños, Paulo Coelho, Once minutos.

Para el marqués de Vargas Llosa, Premio Nobel de Literatura, hay varias connotaciones de los sueños, recogidas por mí de algunas de sus obras:

- Enfrentándonos a los fanáticos homicidas defendemos nuestro derecho a soñar y a hacer nuestros sueños realidad. La lectura convertía el sueño en vida y la vida en sueño. Quien ve en el éxito el estímulo esencial de su vocación es probable que vea frustrado su sueño y confunda la vocación literaria con la vocación por el relumbrón y los beneficios materiales que a ciertos escritores (muy contados) depara la literatura.

Ismael Cala, el cubano, en sus libros de superación, nos dice:

- Experimentas tu propio sueño o vives el de otro.
- La historia de cada ser humano se diferencia por el poder de sus sueños.
- La vida está hecha a imagen y semejanza de nuestros sueños.
- Los grandes inventos de la humanidad nacieron de sueños geniales, trabajados con perseverancia y fe.
- Todos tenemos capacidad para soñar. Nuestra “máquina de sueños” viene incorporada.
- Yo soy un eterno cazador de sueños.

El escritor colombiano Enrique Serrano, en dos de sus obras no habla de los sueños:

- La gran mayoría de las guerras y de las conquistas no las llevan a cabo sino generales mediocres y reyezuelos ilusos cuyos sueños finalmente se cumplen después de varios reveses de la fortuna, Tamerlán.
- Los monjes salían de sus celdas apresuradamente en las mañanas, llevando en la memoria trozos de los sueños que los habían poseído durante la noche, De parte de Dios.

Y Borges, el bibliotecario argentino, agrega:

- Los sueños tienen su álgebra singular y secreta, en cuyo ambiguo territorio una cosa puede ser muchas.
- No son los sueños los que se asemejan a la realidad; es ésta la que en el fondo se parece al sueño.

En palabras de Plinio Apuleyo Mendoza, el tunjano amigo de Gabo, encontramos los sueños en estas frases:

- En el ataúd que no veíamos, estaban sus sueños muertos. Los mismos de nuestra generación.
- París de mayo del 68, primera revuelta en la Universidad de Nanterre... un febril desvarío parecido al de un sueño condenado a evaporarse bruscamente cuando uno abre los ojos a la realidad.
- Yo veía cómo Gabo le robaba al sueño horas enteras para escribir cuentos o novelas.

Pablo Montoya, académico de la lengua, formado como músico en Tunja, señala:

- El rezo es un zumbido en el sueño.
- En los sueños no hay milagros sino delirios que derrumban la vigilia.
- Toda vigilia no es más que un pequeño cerco de llamas que el sueño continúa.

Y, de la filósofa antioqueña Amalia Quevedo, cavilaciones llenas de profundidad ensoñadora:

- El sueño despoja a la muerte de su poder irrevocable y abre un nuevo acceso a ella.
- El sueño es una enajenación.
- El sueño libera de las estrecheces y restricciones que la realidad es experta en imponer.
- El sueño ofrece un ámbito privilegiado para el improbable encuentro de vivientes y muertos.
- El sueño permite reunir lo que en la realidad nunca aparece junto: los vivientes y los muertos, el presente y el pasado, lo lógico y lo absurdo, la razón y la locura.

- El sueño sobreviene siempre como una victoria que proviene de fuera y que, no sin complicidad de nuestra parte, nos vence.
- En la Vida es Sueño, no es casual que sean las palabras de Segismundo las que mejor expresen la ambigüedad con que el sueño y la vigilia se alían para desconcertarnos.
- La muerte es el sueño en el que despertamos de ese otro sueño que es la vida.
- La torre de Segismundo en <La vida es sueño> es una versión barroca de la caverna de Platón.
- Las almas de los muertos son inasibles e intangibles, pero no son meras proyecciones o engaños, no son espejismos; son almas desencarnadas que se asemejan a las sombras y a los sueños.
- Quizá sean los sueños los que, a estas alturas, puedan enseñarnos algo acerca de la realidad, esa realidad que hemos tergiversado y manipulado hasta hacerla irreconocible para nosotros mismos.
- San Agustín atribuye a la debilidad humana (infirmitas humana) el hecho de que cuando vemos en sueños a un muerto, nos imaginamos ver su alma, mientras que cuando vemos a un viviente nos sabemos sin duda ante una simple imagen suya.
- Sueño y muerte son como un rasero que elimina las diferencias y deja en suspenso la moral.

Pero, Marielita Osorno “frágil en su vejez, pero llena de memorias”, transmitió a Mariela I have a dream, tengo un sueño, el sueño de que un día mis cuatro hijos pequeños vivan en una nación que no los juzgue por el color de su piel sino por su carácter, como dijo el reverendo Martin Luther King.

Ese sueño de libertad también fue el de ese príncipe dorado, parte de las historias desbordantes de encanto que Mariela recibió de su madre y de sus tíos, así como de tantas otras personas y amigos de otros tiempos, que la han llevado paso a paso por un mundo que no debe ser olvidado; por un mundo de leyenda, pero de realidad; por el mundo de Monguí, quien con la mente iluminada por Sua-Xué, tenía grandes sueños, como los de Tigrillo, el sobrino del Sumindoco; todos, con ojos de cóndor, con amor y locura, con amores en las selvas de oro, llenas de árboles de hojas de acero, alumbradas en las noches por luciérnagas, que hacían que las plantas cantaran, que las casas brillaran y, hasta que Castilla soñara con

llegar a este Nuevo Mundo y, en particular, a este “altiplano de Hunza, siempre tan frío y tan árido”, donde “el viento dejó de silbar en los espinos, en las torres felpudas de frailejón, en las campanillas moradas” (Vargas: 193).

Muchos, tampoco fueron y otros, resignados por la raza, pensaron que estaban dándoles a los dos Gonzalos, Ximénez y Suárez y a don Hernán Pérez, el favor de quitarles la vida, para dejar el zarzal vacío, los verdes misterios en las entrañas de Fura y Tena, en un camino de penurias, lleno de:

*Ciénagas, pantanos y lagunas,
pasos inaccesibles y montañas,
cansados de las plagas, del camino,
garrapatas, murciélagos, mosquitos,
voraces serpientes, cocodrilos, tigres,
hambre, calamidades y miserias...*

Desde la placidez de las montañas de Boyacá, las Marielitas nos llevan a soñar, la una, con lo que a sus hijos les auguraba y, la otra, con la vida de los personajes legendarios, con los hermanos del hermano lobo, con las princesas del Valle de Iraca, bellas y confitadas; con las nuevas creencias transmitidas por fray Edgard; de los ahora príncipes cristianos, indios y mestizos, vestidos de oro, quienes soñaron ir más allá de sus tierras, a ultramar, a ver al rey Felipe, para luego recoger la crónica de la otra orilla, de las dos orillas, del Conjunto Monumental de Monguí, la tierra de mis tatarabuelos y de mis choznos, sepultados allí, de pies, en medio de obeliscos misteriosos, donde el general Francisco de Paula Olano descansa con su esposa y con sus suegros, en ese monumento que tiene allí labrado en el mármol, un árbol genealógico, con diecisiete ramas con los nombres de sus hijos. Esas ramas son también, el legado de los sueños de María del Carmen, mi tatarabuela, quien prácticamente toda su vida estuvo embarazada, con 23 partos y 17 hijos vivos.

Finalmente, volviendo a la obra ensoñadora de Mariela Vargas Osorno, lo que nos hace amar una tierra, como dice William Ospina, no es que seamos siempre felices en ella, sino que podamos sentirla propia, sentir que es una patria para nuestros sueños.

* Miembro Correspondiente de las Academias Colombiana, Boyacense y Panameña de la Lengua

EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO



Doña Mercedes Medina de Pacheco

La novela histórica de Mariela Vargas Osorno, *El Viaje del Hombre Dorado*, es producto de una acuciosa investigación sobre la mentalidad, mitos, creencias, costumbres e historia del pueblo Muisca. El protagonista es Cutzo, príncipe de Monguí.

Mariela Vargas Osorno en esta novela atrapa en las suaves redes de un mágico y emotivo lenguaje al lector, que ve transcurrir uno tras otro, los episodios de la vida de un príncipe muisca y de la de los personajes que con él conviven en la crucial época de la conquista española.

Como novela es un conjunto de narraciones que se entrelazan unas con otras e impactan la mente del lector: el embrujador relato de Bachué, la madre primigenia que emerge de una laguna y da vida al pueblo muisca; la casi increíble historia de cómo fue puesta a prueba la castidad del príncipe Cutzo; la sutil descripción de sus armoniosos y complementarios amores con Zasca y Cawi; los relatos del profético vaticino de Popón sobre lo que pronto acaecería a su pueblo; la trágica historia de Nagantá, princesa víctima de la tiranía de un déspota zaque; la nefasta venganza de un padre adolorido; la dolorosa desaparición del templo del Sol; y el funesto final de la fiesta de bodas del último soberano de Hunza.

Pero en la novela de Mariela Vargas Osorno, el lector encuentra también historias luminosas, como la de la llegada a Monguí de aquellos que no venían tras el dorado metal que otros ambicionaban, sino a traer la fe cristiana, valioso tesoro que entregaron a los nativos; la partida del príncipe de Monguí a través de un mar desconocido para visitar a su monarca; la curiosa y mágica historia de los regalos que el rey hizo a Sogamoso y a Monguí y otras bellas narraciones que culminan con la lenta y plácida muerte de Sebastián Cutzo, nombre del príncipe de Monguí cuando se hizo cristiano.

Leer la novela *El Viaje del Hombre Dorado* es evocar poéticamente las historias que conforman la gran historia del pueblo muisca.

Comentario sobre el artículo “El Pozo de Donato que todos llevamos dentro” escrito por doña Mariela Vargas Osorno



Doña Beatriz Pinzón de Díaz

Leí con avidez el artículo titulado, “EL POZO DONATO QUE TODOS LLEVAMOS DENTRO”, escrito por la Académica Mariela Vargas Osorno y publicado en la revista Polimnia número 18. Considero que sus aportes y reflexiones tienen un trasfondo filosófico, psicológico, educativo e histórico y conllevan grandes enseñanzas para el ser humano.

Inicia con el pensamiento de Fernando Savater que dice:

“...Y el interior de nuestra conciencia, por pequeñitos que seamos, es tan infinito que por más cosas que le echemos dentro, nunca se llenará. Por ello, o bien vamos creando un fermento productivo, o si intentamos llenarlo de cosas exteriores, nunca será suficiente, porque el pozo no tiene fondo”.

La escritora Mariela compara el pozo de Donato de Tunja con la psique humana. La psique, del griego psyché, “alma humana”, es un concepto procedente de la cosmovisión de la antigua Grecia, que designaba la fuerza vital de un individuo, unida a su cuerpo en vida y desligada de este tras su muerte. Para Aristóteles el alma o Psique era el acto primero de todas las cosas y lo que hacía posibles las percepciones y los sentimientos. Freud, padre del Psicoanálisis, habló de la vida consciente e inconsciente y para otros psicólogos es el conjunto de procesos cognitivos, afectivos y volitivos. Se enriquece con sensaciones, percepciones, experiencias, la comunicación y los sentimientos.

El alma, dice Mariela, es el refugio de la sabiduría, un pozo sin fondo, no envejece, nadie lo puede hurtar; es eternidad. Los dioses de los Muiscas y también el Dios de los hombres crearon en cada uno de los seres humanos un pozo infinito para depositar allí los tesoros de experiencias terrenales. En las altiplanicies andinas hubo lugares sagrados y profundos donde los indígenas hacían ofrendas a las divinidades de los lagos, ríos y montañas. En Tunja, se ha destacado un pozo sin fondo. Allí los Muiscas ofrecían a la diosa Síá las más bellas esmeraldas llamadas gotas de aceite y figuritas de oro. El español Jerónimo Donato de Rojas, intentó secar y desaguar el pozo, para extraer los tesoros escondidos, pero no pudo, se arruinó en su empeño. Así ocurrió con muchos otros después de él.

Agrega, la autora: "El oro del corazón y las esmeraldas de la mina que cada uno de nosotros lleva en el interior de su ser, es igualmente inaccesible para quien intente apoderarse de ellos por la fuerza. Cada uno es el guardián de su propio recinto ilimitado de riqueza. Cada uno, a través de su vida, va depositando grandes y pequeñas ofrendas en su fondo sin fondo y extrayendo lo que le ayuda a ser más sabio, más bondadoso e infinitamente más bello".

De lo anterior colijo que es importante enriquecer la esencia de nuestro ser con el desarrollo cognitivo (Piaget), la comunicación e interacción social (Vigotsky), la pedagogía del amor (Paulo Freire) y los valores.

Es necesario depositar en nuestro "yo" sin fondo, los más hermosos tesoros para brillar.

Somos como las estrellas, cada quien con su luz propia. En la medida en que dejamos que brille nuestra propia luz, damos permiso a otros para hacer lo mismo, afirmó Nelson Mandela.

MARIELA VARGAS OSORNO

Tunja, Boyacá -1952-



Doña Aura Inés Barón de Ávila

Su tierra natal donde se eleva el frescor de las montañas y engalanán sus 7 maravillas de inigualable belleza natural. Tunja, encantadora ciudad cultural, que aún huele a mudéjar en el silencio de sus leyendas y que un día meció la cuna de Mariela Vargas Osorno y puso entre sus manos una pluma misteriosa, con historias, tesoros, mitos y leyendas que dejó a libertad de su intelecto.

Hoy Mariela Vargas Osorno, con admirable inteligencia, combina su trabajo empresarial con el de escritora, e investigadora, donde desarrolla varias temáticas literarias e históricas.

Es miembro correspondiente de la Academia Boyacense de la Lengua, Institución que se siente gratamente afortunada, al contar con tan distinguida literata, quien la honra con su talento y sabiduría; es de gran valía tenerla como cálida compañera académica, de quien se puede abreviar del pozo de su conocimiento.

Tunja y Boyacá deben sentirse muy orgullosas, de esta ilustre hija de tan alta calidad profesional y humana, doctora en derecho de la Universidad Complutense de Madrid. Estudió literatura con la profesora Gabriela Mercedes Arciniegas. Mariela es hoy, de renombre en el campo literario, por sus magníficas obras, entre otras: "La Aritmética de la Felicidad" y "El Viaje del Hombre Dorado", novela histórica ancestral, grandioso resultado de 17 años de investigación. Escritora exitosa de gran talento y sensibilidad extraordinarias, abierta a la cultura, que cuando toma la pluma y la palabra, teje con ellas mágicas historias de profunda esencia patriarcal, donde se lee su pensamiento histórico, que se convierte en el propósito vehemente, de contar, sintiendo los secretos de la sabiduría ancestral tomada de la mano de su espíritu, pasión que la mueve hacia la

búsqueda de enrumbar la historia boyacense por el camino del reconocimiento de los secretos de nuestras raíces; así sucede con su valiosa novela “ El Viaje del Hombre Dorado”; historia de los antepasados: muiscas y españoles. Al leer sus páginas comprendemos la transformación de la sociedad de los últimos siglos, aventura llena de misticismo y realidad, ventana que nos invita a mirar la historia de aquellos príncipes que dieron origen a la raza mestiza, sus amores, lealtad, desengaños, pasión, fortaleza y amor por la tierra. Viaje al pasado, reencuentro con el legado del imperio muisca donde Mariela Vargas Osorno nos invita a revivir un antes y un después de la conquista del valle sagrado de Iraca, hoy en día Boyacá, a través de los ojos del último príncipe de Monguí, da a conocer en la historia de Cutzo, el gran protagonista, la inmensa riqueza de esta civilización.

Mariela Vargas Osorno, en esta maravillosa obra, deja sus huellas, revive las voces del pasado que son su propia voz, su dulzura, su sabiduría, sus sueños, su legado, su espíritu y misticismo, que lleva consigo pegado a su piel, a su alma, a su corazón; los ama, los reconoce, los recuerda, vibran entre su ser, desbordantes para volver a ser.

La ignorancia es atrevida



Don Fabio José Saavedra Corredor

Corría el segundo año de la pandemia y desde hacía unos días con sus noches, la vieja casona se había cubierto de una atmósfera pesada y triste, se sentía como si un fantasma helado vagara por los corredores y los rincones más oscuros de las habitaciones, a esa hora de la noche permanecían encendidas únicamente las luces de la alcoba principal, en la que dormitaba en una larga agonía, el abuelo Tybaxa. Al final del largo corredor, la lámpara de la cocina despedía una luz amarillenta, que se escapaba a través de la puerta abierta, proyectándose hasta el jardín interior, donde se perdía entre los geranios y azucenas. En el aire flotaba un silencio que descomponía el ánimo, produciendo una sensación inquietante, como cuando uno camina por entre las tumbas en un cementerio, de vez en cuando el viento se colaba por debajo de las puertas, emitiendo un silbido parecido a un lamento afligido que erizaba la piel, la luna permanecía escondida entre las nubes negras que cubrían el cielo, enmarcadas por una tenue pincelada, esbozada por los reflejos de una noche triste.

A esa hora, por centésima vez se vio deambular la figura de la anciana Illari, yendo y viniendo de la cocina al cuarto del enfermo, esta vez portaba una bandeja con pañitos de algodón, toallas húmedas y un termo con agua caliente. El paso de los años se reflejaba en su espalda encorvada y el siseo producido al arrastrar sus pasos. Cuando ella se acercaba al lecho del enfermo, se escuchaban voces perdidas en leves susurros, mientras que en el corredor se observaban, entre la penumbra, las siluetas de dos hombres recargados contra las columnas, que dejaban volar sus pensamientos en las volutas de humo del cigarrillo.

De pronto, el tenso silencio fue interrumpido por los golpes del aldabón, que caía repetidas veces sobre la gruesa madera del portón

principal, despertando al gato negro que encogido sobre su cuerpo, dormía sobre el caballete en el tejado del frente, entonces pasó raudo como una centella, lanzando al aire maullidos, como si el diablo lo hubiera herido, llevaba la cola apuntando al cielo y erizado hasta el último pelo, en ese momento, Illari recortó nuevamente su silueta en la puerta de la cocina, iba con la cabeza cubierta por una mantellina, y como siempre, arrastrando los pies cansados, avanzó por el corredor hasta perderse en el largo zaguán, que conducía hasta el portón principal, luego de confirmar por el visillo la identidad del visitante, abrió dándole paso al médico del pueblo, quien sin detenerse y seguido de cerca por la anciana preguntó:

— ¿Cómo sigue don Tybaxa?

— Doctor, creo que esta vez sí es definitivo, casi no puede respirar — respondió Illari.

Cuando el médico entró a la habitación, observó al anciano recostado sobre las almohadas, lucía más exhausto que de costumbre, la piel del rostro apergaminada, casi transparente, se perdía entre la luz difusa de la lámpara y la immaculada blancura de las sábanas, el enfermo respondió el saludo del galeno, con un imperceptible gemido, entonces sucedió el sublime instante de la despedida, en el que la sombra de la muerte se vio correr por su rostro, como cerrando el telón al final de la comedia de su vida, mientras tanto, los fumadores intentaron encender otro cigarrillo, pero una brisa helada apagó la llama del fósforo. De entre las sombras, en la esquina más lejana del lecho fúnebre, emergió la silueta de un niño, que acercándose depositó un beso de despedida en la frente del abuelo Tybaxa, y apartándose permitió que el médico cerrara los párpados del difunto.

El pequeño Sayri, acariciando con ternura infantil la mano del abuelo, nuevamente le prometió cumplir su última voluntad, como él se lo había pedido en días anteriores. Tenía que viajar al Valle de Iraca, para entregarle a la primera autoridad de la población del sol un pequeño paquete, que iba aliñado con mucho esmero y con su propio puño y letra el abuelo había escrito el origen y destino del valioso contenido, “tesoro centenario, donado por los descendientes directos del cacique Sugamuxi, para la biblioteca municipal de la ilustre ciudad del sol”, y a continuación había estampado su firma, Tybaxa Sugamuxi.

Después de las honras fúnebres, Sayri dejó transcurrir dos semanas y

un lunes por la mañana, el niño fue anunciado por la amable secretaria de la alcaldía de la pintoresca población. El sonriente jefe, sin bajar las lustrosas botas del escritorio, ordenó:

— Dígale al indiecito que entre, a ver qué es lo que trae.

Su olfato de experimentado sabueso lo había vuelto desconfiado, por eso olió cuidadosamente el paquete y llamando a su fiel guardaespaldas, le ordenó pasarlo por los rayos X, prueba que fue superada, luego procedió a romper la envoltura, encontrando en su interior los tres libros más preciados de Tybaxa y su familia, un pequeño libro de la primera comunión que había pasado de padres a hijos en los últimos cuatro siglos, un libro que trataba de los primeros ensayos de José Celestino Mutis, y un ejemplar del Quijote publicado en 1605, en la Imprenta Real de España, el cual llevaba en su interior una nota manuscrita y rubricada por el recién fallecido abuelo, en ella contaba que el libro había pasado de generación en generación, desde cuando Don Juan de Castellanos, antes de morir en 1607, se lo regalara a Cutzo, Cacique de Mongüi. El señor burgomaestre le daba vuelta y vuelta al libro en sus manos, hasta que le ordenó a la secretaria leer el primer párrafo, “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo, vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero”, en ese momento de la lectura, la primera autoridad montó en cólera y sentenció: casa de la cultura no hay, museo no hay, biblioteca no hay y su libro viejo del Quijote, parece ser el diario de un guerrillero, por eso comisionó al policía a que lo lleve y lo tire en los restos del rescaldo y las cenizas, que aún quedan del incendio del templo del sol Muisca, para que avive la llama que destruyó la historia de la cultura indígena y que se le siga rindiendo homenaje a los soldados pirómanos, Miguel Sánchez Orellana y Juan Rodríguez Parra, mis ilustres antepasados, los que incineraron la historia cultural de un pueblo.

Después de firmar la sentencia, el burgomaestre le ordenó a la secretaria que buscará al Director de Cultura, para que refrendara también el documento con su firma.

Mientras tanto Sayri, con el corazón tranquilo por haber cumplido la última voluntad de su abuelo, viajaba de regreso a la vieja casona, sin imaginarse el desastroso final de las joyas literarias de su Nono, después de dejarlas en manos de un supuesto cuidador del legado cultural y

patrimonial de un pueblo.

Nota: significado de los nombres de los personajes en lengua Muisca, según La Gramática Muisca del Instituto Caro y Cuervo:

Tybaxa: rayo

Illari: amanecer

Sayri: príncipe, el que siempre da ayuda a quien la pide

Chusquencutzo: amigo fuerte como una roca. *

Cutzo: hipocorístico familiar y amigos. *

*Estas dos expresiones las encontramos en el libro El Viaje del Hombre

UNA SUBLIME ESCRITORA



Don José Dolcey Irreño Oliveros

Nació en Tunja (Boyacá), una niña llamada Mariela Vargas Osorno, en la época de la violencia. Muy graciosa, inteligente, llena de ilusiones y sueños en medio de una familia muy destacada e importante de la región.

Desde su niñez se destacó por ser una persona que le encantaba la historia, la naturaleza, la cultura y el emprendimiento, dejándose llevar como una pluma volando por las inmensidades y alturas para visibilizar qué había acontecido desde la época de la Colonia. Lo anterior la ha llevado a desarrollar extraordinarios escritos, relatos, ensayos y hasta dedicarse a la parte empresarial, llenos de sabiduría, inteligencia, encanto y dedicación, narrados de manera perspicaz y emotiva.

Más adelante, se graduó de Abogada de la Universidad Externado de Colombia, realizó estudios literarios bajo la tutela de la profesora Gabriela Mercedes Arciniegas, es doctora en Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, con su tesis doctoral, titulada “Un consejero inglés en la corte de Bolívar: Bentham, en Colombia”, con la calificación de Suma Cum Laude, por unanimidad del jurado. Es coautora del Libro Talento Empresarial, desarrollado con la experiencia de un grupo de empresarios colombianos del Foro de Presidentes de la Cámara de Comercio de Bogotá, con el capítulo titulado “Éxito empresarial y filosofía”.

Posteriormente, como autora de la exitosa novela histórica “El viaje del hombre Dorado”, nos invita a revivir el antes, durante y después de la Conquista del valle sagrado de Iraca, hoy en día Boyacá, a través de los ojos del último Príncipe de Monguí y su viaje a España para hablar con Felipe II. Desde su preparación para ser gobernante de su pueblo,

adentrándose en las profundidades del conocimiento milenario del Imperio Muisca y comprendiendo las vicisitudes del día a día de este líder, la historia de Cutzo, el Príncipe, demuestra la inmensa riqueza de esta civilización Muisca. Y es ser capaz de viajar en el tiempo para hablar con los dioses, quien debe decidir cómo su pueblo sobrevivirá la invasión de los soldados comandados por Don Gonzalo Jiménez de Quesada, demostrando una delicadeza única para expresar la singularidad del momento histórico en el que las culturas, religiones y psiques de dos imperios, el español y el muisca, chocan formando las bases de lo que se convertiría en Colombia.

Actualmente Doña Mariela Vargas Osorno, combina sus actividades de empresaria con la literatura e historia, lo que le ha permitido ser miembro del Foro de Presidentes desde el año de 1992, miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia y miembro de la Academia Boyacense de la Lengua. Cofundadora de la Fundación Festival Internacional de Historia y gestora del Festival Internacional de Historia de Villa de Leyva, Colombia.

CUTZO: el último príncipe de Monguí



Doña Alicia Cabrera Mejía

Cuando la escritora Mariela Vargas Osorno, me hizo llegar su novela EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO LA VIDA DEL PRÍNCIPE MUISCA QUE CONOCÍO A FELIPE II, no imaginé que me cautivaría de tal forma que no pude parar de leerla hasta que la terminé.

Considero que además del gran valor histórico y testimonial de la novela, lo que la hace más destacable es la reivindicación de las culturas autóctonas. Tiene también un contexto de gesta heroica al mostrar la valentía de los indígenas y un contexto místico al darnos a conocer la espiritualidad y el respeto por lo sagrado.

La obra no sólo es una crítica anticolonialista, sino que nos aclara cómo se formó el país que somos. Cómo somos descendientes de lo acontecido en esa época y qué heredamos de ambas culturas. Más aún cuando en el interior del país se nos hace tan difícil ver que somos descendientes de indígenas. Al referirse a locaciones de esa época se crea esa conexión.

La narración bien hilvanada nos da a conocer la mitología del pueblo Muisca. Nos sumergimos en esa historia lejana de nuestros ancestros. Nos familiarizamos con sus mitos, leyendas y dioses.

Podemos ver a los poderosos reyes, príncipes y guerreros indígenas. El zipa Tisquesusa, el rey de Bacatá, Quemuenchatocha rey de Hunza, el rey Nemequene reconocido por su código. Popón el Jeque y muchas otras figuras de autoridad de la época. Imaginamos sus cuerpos pintados con serpientes y jaguares, ataviados con pectorales de oro, adornos en brazos y tobillos, pendientes y narigueras.

En un lenguaje poético, con una prosa sencilla y sugerente, conocemos

ese lejano y desconocido mundo de nuestros antepasados y su legado. Lo anterior se logra mientras vamos intimando con el protagonista de la novela, el último príncipe de Monguí, el psijipcua, Chusquencutzo, Cutzo o Sebastián. Un ser preparado desde la niñez para gobernar a su pueblo, sabio, justo, con dones especiales como los desdoblamientos y los sueños. Con poderes que le permiten ver el futuro, hacerse invisible, estar en dos sitios al mismo tiempo. Un ser empático, adelantado a su tiempo, cercano a los dioses.

Gracias a las descripciones de la novela también podemos adentrarnos en la geografía, la gastronomía, los rituales y las costumbres de los Muiscas. Podemos sentir el sabor de las ciruelas, las guayabas, los aguacates, las chirimoyas, el maíz. Recostarnos en las esteras, cubrirnos con las mantas, oler el aroma del tabaco y las hierbas, ver a las mujeres regando la primera totuma con chicha para fecundar la tierra, escuchar las flautas que llaman a la lluvia, imaginar la cacería de los venados, las ceremonias y ofrendas, vislumbrar sus batallas y sentir sus heridas.

Este viaje al pasado nos permite pasear por Iraka, el valle sagrado del imperio Muisca. Adentramos en su cosmogonía. Logramos entender lo que significaba para ellos el sol, la madre tierra, los ríos con sus ojos de agua, las fuentes termales, las sales volcánicas, las plantas, los páramos, los cóndores, las serpientes, las luciérnagas, el oro, las esmeraldas símbolo de protección y conocimiento del bien y del mal.

La novela muestra, además, el universo mágico del pueblo Muisca, en el que se combinan hechicería, milagros y prodigios. Un mundo donde no es extraño encontrarse con seres pequeños y etéreos, con encantos o leyendas como la del mohán. Cutzo vaticina la llegada de los conquistadores, el derramamiento de sangre, el exterminio, la diáspora, la sumisión y la esclavitud de su gente.

La narración permite conocer algo del vocabulario indígena y la historia de la región. Es un relato en el que se observa el deslumbramiento que causó en los aborígenes, la aparición de los hombres blancos. Seres mitad hombre y mitad animal que hablaban otra lengua y tenían piel, cabello y ojos diferentes. La maldición que significó ser avasallados, despojados de la tierra de sus mayores, saqueadas sus riquezas y cambiados sus dioses tutelares por otros que no conocían.

Cutzo decide, en compañía del príncipe Suamox, viajar a España para

reunirse con Felipe II. Aprende el español para poder hablarle en su propia lengua, sobre los vejámenes a los que han sido sometidos los indígenas, Felipe II les muestra su colección de pintura. Cutzo queda asombrado por lo que considera un engaño, un hermoso engaño. Luego de contarle cómo es su tierra, le entregan obsequios y un escrito detallándole los abusos cometidos por los conquistadores. El soberano expide unas cédulas reales reconociendo la soberanía perpetua de los aborígenes sobre su tierra y les obsequia a Suamox un cuadro de la Virgen María y a Cutzo un San Sebastián.

Al regreso, como fruto de sus obsequios y de algunos hechos milagrosos, surge la devoción a la Virgen María, arraigada en los pueblos boyacenses hasta el día de hoy.

Cutzo, el protagonista de la ficción, vivió muchos años. En su última visión. “Vio los campos de la tierra muisca aplastados bajo hordas de guerreros que lanzaban al cielo palabras de muerte...el llanto de inocentes, de culpables...mareas de sangre...los hijos de sus hijos a través de los siglos, envueltos en el diluvio siniestro, muriendo, matando...”. Esa ha sido nuestra historia desde hace 500 años y su inicio es narrada en esta novela de manera magistral.

MARIELITA



Doña Alicia Bernal de Mondragón

Con un cordial saludo quiero repetir los comentarios que me inspiró la lectura de tu valioso libro.

En primer lugar, quiero agradecerte el obsequio que me has hecho de tu hermosa obra; "EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO"; lo he leído con profunda avidez, me he deleitado en sus descripciones paisajísticas y en la fluidez de tu narrativa con un lenguaje culto, matizado con voces del idioma muisca que lo hacen más coloquial y más nuestro. Todavía escuchamos en nuestro entorno la palabra *cuba* para referirse al benjamín de la familia, o la voz *pa*, en boca de los consentidos del papá, pero ese *mi corazón mío* es todo un verso de ternura que ojalá se siguiera pronunciando.

En tu libro se descubren facetas ignoradas de la historia nuestra que deja vislumbrar el trasfondo místico de sus leyendas y mitologías; nos muestra un pueblo de una cultura hasta ahora incomprendida en su verdadero valor y destrozada alevemente por la codicia y la ignorancia de los poseedores de la fuerza bruta.

Tu libro abre nuevas rutas para el conocimiento de la riqueza mental y sociológica de ese pueblo que señoró las fértiles tierras de nuestro altiplano cundiboyacense y del cual quizás llevamos muchos genes.

Gracias, Marielita.

Recibe un gran abrazo de felicitación.

Alicia.

Sobre el libro El Viaje del Hombre Dorado



Don Julio Roberto Galindo Hoyos

Su autora, MARIELA VARGAS OSORNO, me ha hecho el honor de distinguirme para conceptualizar sobre la obra “EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO” que trata del príncipe muisca que conoció al Rey FELIPE II de España, quien gobernó desde 1556 hasta 1598.

Mariela Vargas, meritoria abogada, comparte su actividad empresarial con la literatura y la historia. Para inspirarse en este tema, entre otras cosas, relata en algunos de sus escritos, que hace años salió a buscar su alma por montañas, lagunas y precipicios, por las orillas del río Chicamocha, por el pueblo elegido hace algún tiempo más bonito de Boyacá, El Cocuy, y allí estuvo en Casa Grande inmueble en donde vivieron sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, quienes miraban desde los balcones verdes el cerro Mahoma, casa que, además, tenía muchas historias de fantasmas, de sombras y gritos, de pasos y luces, de miedo, de terror, que producían escalofrío.

El libro es una interesante descripción sobre la raza y la cultura Muisca, tema tan olvidado y poco tratado por quienes somos sus descendientes, que tenemos sus genes y su sangre; además, era la cultura más importante después de la Azteca, Maya e Inca, cuando el descubrimiento de América por Cristóbal Colón y la conquista.

Por la temática de la obra es importante y oportuna dentro de este breve concepto, evocar los gobernantes Muiscas antes y durante la conquista, según los cronistas de esos tiempos, que en realidad fueron acuciosos historiadores como Gonzalo Jiménez de Quesada, Fernández de Oviedo, Fray Simón Pedro de Aguado, Juan de Castellanos, Fernández Piedrahita y otros.

Los muiscas habitaron el altiplano Cundí-Boyacense y el sur del departamento de Santander. Según recientes estudios arqueológicos se encontraron restos humanos y artefactos de hace 12400 años, cerca de Zipaquirá y en la región del Tequendama.

ZIPAS

Muequetá, gobernó hasta 1470; Saguanmachica, gobernó desde 1470 hasta 1490, Primer Zipa de Bacatá; Nemequeme, gobernó desde 1490 hasta 1514, Tisquesusa, gobernó desde 1514 hasta 1538; Sajipa o Zaquezazipa gobernó en 1538 y fue el cuarto y último Zipa.

ZAQUES

Hunzahúa gobernó hasta 1472; Tomagata gobernó hacia 1477, Michúa (Mochica) gobernó desde 1477 hasta 1480; Quemuenchatocha gobernó desde 1480 hasta 1530; Aquimín, último gobernante Zaque gobernó desde 1530 hasta 1538; Tundama Cacique gobernante de Tunja desde 1538, se enfrentó con gran valor a los españoles.

Volviendo a nuestro tema, El Viaje del Hombre Dorado, singular y agradable mezcla literaria de historia, leyenda y novela, me parece importante como ejemplo de síntesis del contenido de la obra, hacer la siguiente transcripción de su contenido: “al Rey Felipe le habían informado acerca de la naturaleza de esos visitantes de ultramar”.

Moscas, su Majestad. Se llaman así porque son tan numerosos como las Moscas. Son una nación casi civilizada, situada en medio de hordas salvajes y sin afinidad con ninguna de ellas, algunas antropófagas.

Él se preguntaba qué habría detrás de la mirada de obsidiana de estos Hombres. Un parpadeo suyo los podía reducir a prisioneros o rehenes, o enviarlos de una vez a donde fuera que pasaban la eternidad los “casi civilizados”. Esto lo tenían que saber ellos. Era de admirar su audacia.

No tenían mal aspecto. El más joven era de buena estatura, más alto que él y que muchos. El mar les había resecado la piel cobriza pero su pelo brillaba como piedra de ónix, y estaban coronados de plumas más elegantes que las de los señores de la corte castellana. Lucían hermosas capas de algodón estampadas con diseños curiosos y adornos de oro con un brillo extraordinario. Y lo que más impresionaba era su gesto impasible.

¿Qué estaría pensando aquel hombre a quien llamaban Príncipe de Monguí en quien advertía miradas de soslayo que desvestían el alma?”

Muchas felicitaciones, doctora Vargas Osorno, por este magnífico libro que nos commueve en nuestras fibras ancestrales, porque trata de nuestros aborígenes, nuestra cultura vernácula, la cultura Muisca.

Bogotá, sept. 29/21

MARIELA VARGAS OSORNO: Ejemplo a seguir para la mujer boyacense



Doña Ascención Muñoz Moreno

Mariela Vargas Osorno es tunjana, miembro de la Academia Boyacense de la Lengua, abogada de profesión, empresaria exitosa, brillante escritora y célebre organizadora del encuentro anual de historiadores, en Villa de Leiva.

Ha querido nuestra institución destacar su genial trayectoria, la realización de una consolidada obra literaria para que conozcan y aprecien su legado intelectual; un justo reconocimiento a su excelso valor literario, que con todo mérito la han hecho merecedora de un puesto muy destacado en la literatura nacional y es con este propósito, que la presente edición de la Revista Polimnia ofrece a sus lectores una semblanza, donde se recogen artículos que dan al lector, una visión de lo que ha sido hasta la fecha su legado cultural.

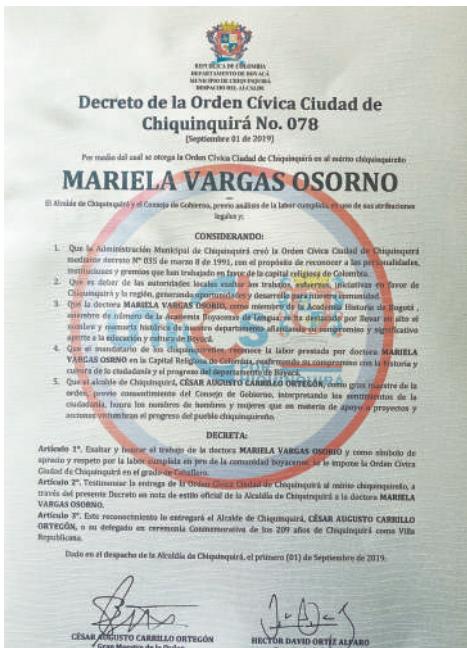
Esta autora nutre su escritura en la investigación histórica; célebre por su calidad narrativa e investigativa, lo demostró la crítica nacional apreciando su novela: *El Viaje del Hombre Dorado*. La riqueza de imágenes y expresiones, la vigencia narrativa de que trata esta obra histórica, sitúa a la autora en los primeros lugares. La espontaneidad y valor creativo de su escritura, al construir con un estilo muy propio su novela, le da un lugar privilegiado en el panorama de la actual narrativa colombiana.

En su escritura cabe destacar la investigación gramática de la lengua muisca, lo mismo que la parte histórica para recrear la vida, obra y cosmogonía de los indígenas. Va narrando una a una las diferentes situaciones en que se ven envueltos los protagonistas, para dar al lector una visión casi real en el transcurso de los diferentes acontecimientos que se desarrollan en la obra.

Luego esta autora boyacense, nos vuelve a sorprender al entregarnos su libro: *Aritmética de la Felicidad, historia íntima de Jeremy Bentham: Inspirador del liberalismo colombiano*, una muestra más de su incansable trabajo intelectual, desarrollando hábilmente, con una prosa diáfana, la vida de este pensador que tanta influencia tuvo en la creación y consolidación de este parido en nuestro país.

Por eso nos enorgullecemos de contar en nuestra Corporación con tan extraordinaria colega, que día tras día seguirá aportando con su escritura obras que enaltecen nuestro gentilicio regional y que indudablemente enorgullen a Boyacá y servirá de ejemplo a las nuevas generaciones, no solo en nuestro departamento, sino, en toda Colombia.

Condecoraciones recibidas



Afiches promocionales



- El príncipe demuestra la riqueza de aquella civilización.
- Es una historia que se cuenta de manera detallada y con mucha emoción.
- Demuestra delicadeza por el momento histórico de las culturas.

Autores: Paulina Escobar - Susana Romero
Jacob Gaitán y Karla Rodríguez



EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO

MARIELA VARGAS OSORIO

El libro "EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO" trata sobre la historia de un príncipe muisca, que resistió la conquista del valle sagrado de Iraca

UN LIBRO QUE MOTIVA A SABER LA HISTORIA DE LA RIQUEZA DEL PAÍS COLOMBIANO.

Sebastian Montes, Tomas Hoyos, Anamaría Medina y Juan Felipe Martínez

EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO



SOBRE LA AUTORA

MARIELA VARGAS OSORIO NACIÓ EN TUNJA EN 1952. ES ABOGADA DE LA UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, ESTUDIO LITERATURA Y ES DOCTORA EN DERECHO EN UNA UNIVERSIDAD EN MADRID. OTRO DE SUS LIBROS SE LLAMA ARITMÉTICA DE LA EPI.

DE QUÉ SE TRATA EL LIBRO

Este libro se trata del príncipe muisca Cutizo Esta es capaz de hablar con los dioses quien debe pensar algo muy importante como hacer para que su pueblo sobreviva a la llegada de los hijos del Sol. La autora logra reconnectar a la audiencia con esta historia demostrándonos de una manera detallada y precisa este relato importante en la historia. Estos sucesos de la historia también demuestran la cultura y religión del momento dejándonos claro lo que fuimos anteriormente a base de nuestros ancestros.

Por: Elisa Nieto Vélez, Valeria Orrego, Nicolás Guzmán y Camilo González.

Don Miguel de Cervantes y don Gonzalo Jiménez de Quesada -coincidencias del jugador y el loco-



Doña Mariela Vargas Osorno

*... descubrir la fuente sirve, a veces,
para realzar la originalidad.*

Dámaso Alonso

Faulkner dice que un hombre es la suma de sus desdichas. ¿Tendrá el ser humano una cantidad predestinada de ellas?

Don Gonzalo Jiménez de Quesada, a lo largo de su vida, sumó todas las suyas, -que no fueron pocas- y retó a la desgracia. Cuando perdía... doblaba la apuesta. Había nacido con alma de jugador: era atractivo y respetado, y a la vez inquietante, reservado, misterioso, algo pendenciero. Su vida, un eterno juego de azar, titilaba como titilan las luciérnagas que abundan en mi querido pueblo, El Cocuy. Su vida: un deslumbramiento, una simple ilusión, un chispazo, una luz errante, un brillo que se extingue tan pronto se enciende. Buscaba un tesoro de fulgor evasivo: El Dorado... Muchos quisieron arrebatarle la suerte de ser el primero en descubrirlo. Pero él tenía paciencia y persistencia para mirar dentro del pozo de la fortuna con profundidad.

La búsqueda de El Dorado es la aventura - bisagra entre aquella época medieval en la que los caballeros luchaban en pos de la gloria y la época del renacimiento donde ya el mundo se mostraba más interesado en las proezas comerciales que propiciaron el humanismo y, por lo mismo, calificaba de iluso el ideal anterior -. Y así Don Gonzalo fue parte del fin de un mundo y del principio de un mundo nuevo.

El escritor Giovanni Papini comenta que el 23 de abril de 1616 “moría un desgraciado; célebre por haber escrito la historia de un desgraciado”¹. Se refería a Miguel de Cervantes. Aunque Papini apenas lo intuyó, el otro desgraciado parece ser nada más y nada menos que Don Gonzalo Jiménez de Quesada.

Se ha dicho que Cervantes quiso burlarse del obsesivo entusiasmo que despertaban los libros de caballerías, creando un personaje que se dejaba sugerir hasta perder la razón. ¿No sería, por el contrario, que lo que quiso pintar fue a alguien que sí había hecho de su vida una perfecta imitación de los héroes de esas novelas? ¿A un jugador iluso que se enfrentaba al destino como si fuesen molinos de viento y siempre doblaba la apuesta?

Se trata del caballero que desatina más o menos lo mismo que Don Quijote, pero que conquista para el imperio español, el mundo de los Muiscas. Don Gonzalo Jiménez de Quesada forma parte de la propia resurrección de los caballeros andantes y de la resurrección permanente del iluso.

La expedición de El Dorado precedió a Cervantes. Jiménez de Quesada formó parte de los tercios españoles en Italia y luego se embarcó para América. El 10 de noviembre de 1535, Pedro Fernández de Lugo puso su espada en las manos de Gonzalo, y lo nombró Teniente General. Era una espada con buen filo, necesaria para abrir el mundo nuevo y unirlo al mundo viejo. El acero, de un solo tajo, acabaría con demonios y enemigos de la Santa Fe. Arrasaría selvas enteras pobladas de monstruos y derribaría ejércitos. Con un solo golpe. Ese era el regalo de Don Pedro para Gonzalo. Un cincel mágico para tallar otro mundo.

Don Gonzalo, buen abogado, era precavido. Se confesaba y comulgaba, libre de pecado antes de un choque con los indios, antes y no después. Recibía la comunión de Fray Domingo de las Casas, el cura que siempre daba consuelo a su alma y perdón a sus faltas. Este sacerdote graduado en la Universidad de Salamanca, era un acompañante tan benévolos como el vino.

Uno de los libros más leídos, si no el más leído, antes del Quijote, fue Amadís de Gaula, y en la mente de aquellos jóvenes que se extraviaron en

1 <https://www.pagina12.com.ar/diario/verano12/23-98801-2008-02-12.html>

las páginas del libro, nació el deseo de emularlo. Muchos escogieron ser caballeros andantes y fueron acogidos en diferentes reinos y lugares del nuevo mundo, con títulos que resaltaban la poesía de sus acciones. El Caballero del Dorado, fue el nombre con el que resaltó Don Germán Arciniegas a aquel iluso que fue Don Gonzalo, obsesionado, como Don Quijote, con la existencia de mundos fantásticos.

Quesada es el caballero andante del libro de Cervantes, incansable en la búsqueda de uno de los tesoros más deseados por todos los siglos de los siglos: El Dorado. Siempre estaba dispuesto a organizar expediciones en pos de la Dulcinea de sus sueños: La Casa del Sol. Una empresa en la que compromete su vida y, a lo último, su vejez, su gloria y su paso a la eternidad.

Cervantes, como lo atestigua Papini, comienza su gran novela de *Don Quijote de la Mancha* declarando su método: “Quiero imitar a Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso (...) Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tu vuelvas con la respuesta”² “Si la respuesta –añade– es buena, yo dejaré de hacer el loco; si es adversa, me volveré loco de verdad, y ya no sentiré el dolor que me proporciona.”³ Cervantes hace aquí un reconocimiento explícito del secreto del alma de Don Quijote; sabe que no es un loco, pero quiere hacer cosas de loco, y esas locuras no serán otra cosa que imitaciones de locuras famosas.

Igual que Don Quijote, que a través de su imaginación no ve la venta sino un castillo con torres y chapiteles de plata. Él ve la Casa del Sol...

Don Quijote sueña con comandar poderosos ejércitos y vencer a los infieles de naciones perdidas. Don Gonzalo estaba acostumbrado a dirigir huestes inmensas en aquellos tiempos y lugares.

En 1569, cuando tenía 61 años, Don Gonzalo Jiménez de Quesada, una vez más, sueña febrilmente con El Dorado. Salió de Santa Fe y desandó, a través del Páramo del Sumapaz, la ruta de Nicolás Federmann, con cuatrocientos españoles y mil quinientos indígenas. Y esta aventura de El Dorado no está exenta de mitología y hechos mágicos. No faltan ríos y montañas de oro. De los árboles colgaban objetos dorados, colgantes que tintineaban mientras los movía el viento. Algunos eran redondos y otros

2 <https://bibliotecaignoria.blogspot.com/2020/07/giovanni-papini-don-quijote.html>

3 <https://bibliotecaignoria.blogspot.com/2020/07/giovanni-papini-don-quijote.html>

cuadrados. Precisamente Don Gonzalo, en frente de uno de ellos, ve que es un espejo que refulge como el sol. Ve su rostro sobre un fondo de tierra verde, tierra cercada por grandes lagos. – Gonzalo, soy yo quien te está mirando, soy la Nueva Granada, nueva tierra a la que estas abrazando...

A lo largo de dos años peregrinó por los Llanos Orientales. Finalmente y con pocos sobrevivientes, llegaría hasta la confluencia entre el Guaviare y el Orinoco, y no pudo seguir porque no tenía barcos. Regresó a Santa Fe en diciembre de 1572. De los 400 españoles regresaron 64, de los 1500 nativos, 4, de los 1100 caballos, 18 y de los 8 sacerdotes, volverían dos. Era su última derrota.

Años después, en su testamento, Don Gonzalo ordenó que, a la salida del pueblo de Tocaima, donde estaba pasando sus últimos días, instalaran una pila de agua para calmar la sed de los viajeros, con la única condición de que siguieran buscando El Dorado. El calor y las marchas interminables despertaban más sed que hambre... Si alguien lo sabía era él. La sed siempre era compañera de los que buscaban EL Dorado. Pero aun así, su deseo era que nunca dejaran de buscar El Dorado. Y finalmente murió en Mariquita, en 1579, soñando con El Dorado.

En su biografía de Jiménez de Quesada, El caballero de El Dorado, Germán Arciniegas observa: «Entre el testamento de Don Quijote y el de Quesada hay cierto parecido. Ambos declaran que ya ha pasado su locura y están en el uso cabal de sus facultades».⁴

Don Gonzalo nunca se casó, la historia no registra sino una mujer en su vida –un amorío con una mujer casada en Cartagena, que le costó problemas con la ley -. Cervantes, a los treinta y siete años se enamoró de Catalina de Salazar y Palacios, que tenía diecinueve y – cosas del destino – ella estaba emparentada con Don Gonzalo Jiménez de Quesada. Ella, la fiel Dulcinea de Cervantes, era un manantial de aquellas historias que poblaban su mundo, en su familia no se hablaba sino de las aventuras de don Gonzalo, su tío, en la tierra fabulosa de El Dorado. Ilusionado por aquellos relatos, el 21 de mayo de 1590 Cervantes le solicitó al rey un empleo en las Américas. Este pobre Don Miguel, a sus 43 años, al saber la historia de las compensaciones que daba la Corona a quien bien le servía,

4 Arciniegas, German *El Caballero del Dorado Capítulo XII EL SOL DE LOS VENADOS*
Página 279

pensó que él podía emular con Don Gonzalo. Él había padecido también por la Corona. Había estado secuestrado cinco años en Argelia, como esclavo de un corsario del Mediterráneo, y su rescate lo había arruinado. Y había perdido una mano de un arcabuzazo en la Batalla de Lepanto. "El manco de Lepanto" bien podía ser contador del Nuevo Reino de Granada, contador de las Galeras de Cartagena. Si no podía venir al país del Dorado, donde había montañas de oro, entonces que lo enviaran cerca de una montaña de plata, a México o a Bolivia. Reclama al rey que, aún con todos sus sacrificios y acciones, "en todo este tiempo no se la ha hecho merced ninguna".⁵ Idéntico reclamo había hecho Don Gonzalo Jiménez de Quesada. A él tampoco lo habían recompensado...

El historiador Eduardo Santa cita a Germán Arciniegas, que, ya en El caballero de El Dorado, expuso su propia teoría de que Jiménez de Quesada era Don Quijote. Así lo cuenta:

"...como tampoco llegó la solicitud de Cervantes a las manos del rey, pues se quedó extraviada en uno de esos tan frecuentes remolinos que van haciendo algunos documentos y solicitudes en los despachos de todas las burocracias, tan ineptas como indolentes, quizás con el consabido "pase por mi estudio."⁶ Cervantes no obtuvo el empleo. Si hubiese llegado a la Nueva Granada, quizás hubiera dejado constancia de sus aventuras por estos lares: "En un lugar de la sabana, de cuyo nombre no quiero acordarme" ...⁷

Cuenta Germán Arciniegas que, cuando Cervantes fue a Valladolid a intrigar el cargo, se encontró allí con la sobrina de Jiménez de Quesada, pariente de su esposa Catalina, quien iba acompañada de su marido, Antonio de Berrío: "Don Antonio de Berrío (...) se casó con la hija del coronel Hernando de Oruña, María, sobrina predilecta de Don Gonzalo Jiménez de Quesada."⁸

5 <https://www.elperiodicodigital.com/2018/05/27/cervantes-saavedra-el-creador-del-quijote-de-la-mancha-solicito-al-rey-felipe-ii-desempenar-el-cargo-de-corregidor-de-la-ciudad-de-la-paz/>

6 Santa, Eduardo *JIMÉNEZ DE QUESADA Y DON QUIJOTE DE LA MANCHA* página 137

7 Vasco, Bernardo *¿Don Quesada de la Mancha?*

<http://archivobogota.secretariageneral.gov.co/noticias/%C2%BFdon-quesada-la-mancha>

8 Vieira, Maruja *Don Quijote está enterrado en Bogotá* Texto Publicado en la Revista Aces [https://marujavieira.com/obra/periodismo/cronicas/142-don-quijote-está-enterrado-en-bogotá.](https://marujavieira.com/obra/periodismo/cronicas/142-don-quijote-está-enterrado-en-bogotá)

Antonio de Berrio había nacido en Segovia en 1527. A los 14 años prestó servicio al rey Carlos I, en Flandes. Un tiempo después cuando fue nombrado gobernador de las Alpujarras, y siendo gobernador se casó con María de Oruña, sobrina materna de Don Gonzalo Jiménez de Quesada.

“Quesada, cercano a la muerte, bien enterado de quién era aquel Don Antonio de Berrio, pensó: “Este es mi hombre”. Si ni él ni su hermano habían sido capaces de llegar a El Dorado, podría lograrlo el hombre de su sobrina. Al dictar su testamento dijo: “Declaro por mi sucesor en la segunda vida de la dicha gobernación de El Dorado al capitán Antonio de Berrio, marido de doña María, mi sobrina...”⁹

Gonzalo Jiménez de Quesada, declara que no tiene hijos pero si sobrinos pobres y que tiene el anhelo y el derecho de conquistar El Dorado y eso es lo que les lega. Era el año de 1579. Berrio tenía 53 años cuando recibió la noticia por el Correo de las Indias en 1580.

“Con la noticia de la muerte de Don Gonzalo llega a manos de la sobrina el testamento (...)”¹⁰

“Don Antonio y doña María se dirigen a la corte para que la majestad del rey les conceda la última gracia que ha pedido Quesada. (...) Justamente cuando Don Antonio y Doña María andaban tras de su gobernación, llega a España un hombre bastante más joven que Berrio, de treinta y tres años de frente lisa y desembarazada. (...) Se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra. (...) Cervantes, hacia antesala en los mismos sitios, buscaba una colocación. Eran muy largas las esperas y se gasta mucho tiempo alimentando esperanzas cortesanas...”¹¹

Antonio de Berrio, el esposo de doña María, se convirtió en el heredero del gran sueño de Don Gonzalo Jiménez de Quesada. Durante las interminables antesalas palaciegas, él y su esposa fueron contertulios de Cervantes. A todos los unía el anhelo de alcanzar el país fabuloso y ellos tuvieron tiempo de narrar y enriquecer la historia verdadera de caballería que Cervantes atesoraría en su corazón. Berrio tuvo una fortuna diferente a la de Cervantes, a quien nunca dieron el cargo solicitado. Sin embargo, lo que obtuvo fue la historia de un Quijote o un Quesada que hiciera viajes paralelos a un mundo imposible.

9 Ibit

10 Ibit

11 Ibit

Cervantes toma para su personaje el apellido de nuestro Adelantado. No se lo cambia. Así aparece en el capítulo primero de su novela: “*Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto no hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque, por conjeturas verosímiles, se deja entender que se llamaba Quejana.*”¹²

BERRÍO Y EL LAGO DORADO

Antonio de Berrio, el afortunado heredero de don Gonzalo tendrá que recordar esta historia. Obtuvo el permiso para partir hacia la Nueva Granada, el 3 de enero de 1584. Decidió ir a la cuenca del río Orinoco. Escogió aquel lugar, porque así lo había marcado su tío político cuando había obtenido la encomienda de Chía con el propósito de bajar del altiplano a buscar la legendaria Casa del Sol. Tenía que llegar a donde el Orinoco se extiende como un arco y recibe el agua que se desprende de las heladas cumbres de la Sierra Nevada del Cocuy en la Cordillera Oriental de los Andes.

Berrio, quien creía que su destino ya estaba escrito, tuvo la suerte de leer el diario de Iones Martínez, un soldado de la expedición de Diego de Ordaz, quien por un descuido fue culpable del incendio de un polvorín. Como castigo a su imprudencia y puesto que estaban navegando por el río, lo habían dejado en una canoa para que el Orinoco se lo llevara y lo desapareciera de una vez por todas. Sin embargo, lo que está de Dios, unos indios lo encontraron y lo llevaron a Manóa, una ciudad con calles de oro. El rey de Manóa ofreció una fiesta en su honor. En la entrada los guardias tenían armaduras y escudos del metal precioso. En la sala principal, la ceremonia empezó como siempre empezaban en aquella ciudad dorada, todos los invitados se quitaron sus vestidos y quedaron desnudos, luego los ungieron con un bálsamo blanco, el “curcai”. Los criados del rey, a través de cañas, soplaron polvo de oro sobre ellos y sus cuerpos refulgentes estuvieron listos para que, en copas de oro, se sentaran a beber durante varios días. Después de saborear y ver tantas maravillas, el rey pensaba que Martínez ya no quería volver con los suyos y se lo preguntó. El español sentía nostalgia por su patria, y comprendía que el oro no podía comprar la tranquilidad y el anhelo de estar con los suyos, entonces le dijo

12 Arciniegas, Germán *El Caballero del Dorado Capítulo XIV El HIJO DE DON QUESADA*
Página 300

que no era capaz de vivir lejos de España. El rey lo dejó partir, y Martínez satisfecho por haber elegido el hogar, otra vez se deslizó por el Orinoco esperando llegar muy pronto al Caribe. La navegación era tranquila hasta que de pronto fue asaltado por unos indios enemigos del rey de Manoa, los orenoqueponi, que le robaron los valiosos regalos que el generoso monarca le había dado. Sólo le quedaron unas vasijas llenas de cuentas labradas en oro, porque los ladrones creyeron que no contenían sino agua.

Martínez, apesadumbrado, siguió su camino y desembarcó en Puerto Rico, en donde murió sin que se cumpliera su sueño de regresar a España. Allí veló por la salvación de su alma y entregó las vasijas llenas de oro a la Iglesia.

Antonio de Berrio, desde que leyó el diario de Martínez, ya no pensaba sino en encontrar la ciudad de Manoa. De día y de noche la idea le zumbaba como un mosquito incansable que iba y venía. Cuando llegó al río Meta, unos indios le contaron que cerca había una población, entonces tomó camino hasta el río Guaviare. Allí se embelesó con las montañas y divisó entre ellas una laguna grandísima con orillas de oro y piedras, pero estaba tan cansado que no pudo avanzar y decidió volver y escribir lo que había visto.

Esto sirvió para que en los mapas empezara a aparecer el gran lago de la Ciudad de Manoa (El Dorado), un valle inundado, rodeado por altas montañas, ubicado entre las cuencas de los ríos Orinoco y Amazonas.

En 1587, Berrio decidió regresar a esas montañas. Quería volver al lago que no había dejado de ver con el corazón. Ahora deseaba que sus ojos fueran testigos de su existencia.

A los dos meses de correría, exhausto y con hambre, decidió regresar a la Isla Margarita, pero su corazón seguía terco y, en 1590, volvió a emprender el camino al Orinoco. Tenía 63 años. Todavía su corazón palpitaba con los ecos de la ambición.

Volvió a encontrar dificultades, pero esta vez no iba a desistir. Pidió refuerzos. No le llegaron. Se le acabaron las provisiones, sus hombres mataban el hambre con cualquier alimaña que encontraban. Mataban la sed bebiendo el agua terrosa del río.

Aquí sobre el Orinoco nada se podía improvisar. Volvió a la isla de Margarita y se dirigió a Trinidad, con la intención de establecer un centro

de operaciones para la conquista de El Dorado. Cuando estaba en Trinidad, recibió una noticia que acabó con todos sus sueños: la muerte de María, su esposa. Agobiado por la tristeza, ya no quiso saber de nada, ni siquiera de las ciudades de oro.

Cuatro años más tarde, en 1594, el inglés Walter Raleigh, un corsario, amante de la reina virgen Isabel I, asaltó la embarcación española que llevaba las cartas que Berrío le había escrito al rey de España, en donde revelaba el lugar de El Dorado. El Dorado tenía que ser suyo y de Inglaterra, de nadie más, pensó.

Raleigh se dirigió a toda prisa a la isla de Trinidad. Atacó la ciudad defendida por veintiocho soldados. Era astuto, primero les ofreció vino y luego los mató como se hacía con los pavos de semana santa. Luego asaltó y quemó a San José de Oruña. Doce españoles corrieron la misma suerte. Allí apresó a Berrío y a Álvaro Jorge, el anciano de setenta y cinco años, delegado de Berrío.

Berrio a cambio de su vida, no tuvo otro remedio que hacerles de guía a los corsarios ingleses. Los llevó por el Orinoco y llegaron al Caroní. El Caroní era enorme y oscuro, misterioso en su caudal imponente, sombría y secreta su alma. Escogía a sus aliados sin advertirle a nadie. Su nombre significa salto de agua. Un salto de pantera negra que se ensañó con la expedición de Raleigh. Se unió a los dioses en los cielos para inundar el campamento con aguaceros torrenciales. Con el agua a la rodilla, los sobrevivientes tomaron la decisión de volver a Inglaterra.

No fue una retirada suave. Por el camino, se cuidaron de dejar sus huellas. Pueblos enteros, junto con sus habitantes, fueron reducidos a ceniza. Raleigh llegó a Cumaná poseído de la misma furia, pero en Cumaná encontró resistencia. Los españoles del lugar lucharon con valor y lo derrotaron. Le exigieron que devolviera a Antonio de Berrío. Y él no tuvo más remedio que canjearlo por un grupo de marinos prisioneros ingleses.

Berrio se encontró una vez más entre los suyos, saboreando la libertad. Y entonces ocurrió en él lo que podríamos llamar -para citar a Shakespeare, su contemporáneo y el de Raleigh- “a sea change”:- una transformación total. Dejó a un lado su duelo, y su ambición de hallar El Dorado se encendió con renovadas fuerzas.

Volvió a la inmensidad del Orinoco, hasta donde sus aguas cálidas y rubias se encontraban con el oscuro y frío Caroní. Ellas no se mezclaban, formaban un extraño lago de dos colores. El Caroní en esos diáfanos días de diciembre no mostraba la cara amenazante que había espantado al pirata Raleigh. Era la Caroní, envuelta en un dulce manto color zafiro.

Los indios creían que, en tiempos lejanos, los dos ríos habían sido personas. Habían sido dos enamorados pertenecientes a tribus enemigas entre sí. No podían encontrarse, debían guardar distancia mientras sus familias se hacían la guerra, pero el viento era su amigo y llevaba los besos y las caricias del uno al otro. Finalmente, el mar sintió compasión y se los llevó en su corriente para que huyeran. Se transformaron en ríos y vivían felices. Cuando Caroní sentía demasiado frío, Orinoco le daba calor, y cuando Orinoco sentía demasiado calor, su bella esposa, Caroní, lo refrescaba.

A poca distancia de la unión de los dos amantes, Berrío fundó una población. Era el 21 de diciembre de 1595, día de Santo Tomás Apóstol. La llamó Santo Tomé de Guayana. No era un lugar seguro, estaba al alcance de piratas y de los ataques de caribes guerreros. Por siglo y medio iba a ser una ciudad en fuga. Cambiaría de lugar dos veces. Hoy sigue floreciendo en la parte más angosta del Orinoco y su nombre no lo habría imaginado jamás Antonio de Berrío: se llama Ciudad Bolívar.

Berrío llamó el territorio la Provincia de Guayana. Dependía de la lejana Santafé de Bogotá. Como necesitaba refuerzos para proteger la pequeña colonia, envió su hijo Fernando a Santafé.

Pasó el tiempo y Fernando no volvía. Los hombres de Don Antonio se marcharon y lo dejaron solo. A los dos años, Fernando llegó y encontró a su padre abandonado y gravemente enfermo. Murió Antonio de Berrío en brazos de su hijo, dándole las últimas instrucciones para que siguiera buscando, buscando, buscando el fabuloso tesoro de El Dorado...

Fernando continuó la aventura por la Guayana. Se apartó del río Orinoco y penetró por sus tributarios a una gran planicie llena de plantas y animales que ninguno de ellos había visto jamás. En medio de la gran sabana verde se levantaban grandes farallones y torres inmensas de piedra, altísimas rocas verticales, separadas unas de otras. Los indígenas las llamaban tepuyes. Por algunas, bajaban majestuosas cascadas.

Llegaron al tepuy más elevado de todos, el Auyantepuy. El salto de agua que se desprendía, parecía nacer en el cielo. Venía de una altura tan grande que, antes de caer, se convertía en un velo de niebla. Bañaba un jardín natural con grandes flores en racimos redondos de un intenso color azul.

Los soldados fueron sensibles a la belleza de aquel jardín en plena selva, pero lo dejaron y siguieron. Tuvieron que pasar casi cien años antes de que a alguien se le ocurriera que un rey podía ser feliz con algo más que oro y especies, y le llevara ese regalo al suyo. Los hombres de esta otra expedición eran franceses. Le obsequiaron a Luis XIV una buena cantidad de las plantas exóticas. Los soldados de Berrío ni siquiera les habían dado nombre. Se necesitó la galantería del rey francés para bautizarlas - y las circunstancias que entonces se dieron -.

Repasemos brevemente la historia que no le pasó a Berrío. Entre los marineros franceses había un cierto grumete de quien todos se burlaban, porque tenía una apariencia frágil. A este desdichado lo capturaron los indígenas brasileros. Sus compañeros lograron liberarlo, y entonces se descubrió la verdad: el supuesto grumete era una hermosa muchacha, que se había disfrazado de hombre para viajar y conocer mundo. Su hazaña despertó admiración, y el Rey, encantado con ella, le dio su nombre a la flor que inmediatamente hizo sembrar en su jardín: Hortensia.

Auyantepuy tampoco fue bautizado por los hombres de Berrío, y pasarían más años – cerca de quinientos – antes de que lo volviera a descubrir un hombre blanco. Es increíble que la cascada más alta del mundo – casi mil metros de altura - permaneciera oculta por tanto tiempo, pero así fue.

En 1910, un oficial naval venezolano, Ernesto Sánchez Cruz la avistó en un sobrevuelo, pero sólo en 1937 llegaría alguien a posarse sobre el Tepuy. Se llamaba Jimmy, era un piloto aventurero americano que había volado con Lindbergh y estaba interesado en encontrar oro y diamantes. En una de sus exploraciones aterrizó por milagro en la tierra empantanada del Auyantepuy. Y entonces la deslumbrante caída de agua recibió el nombre que, no sólo parecía haberle pertenecido desde el comienzo de los tiempos, sino que era, por casualidad, el apellido de aquel gringo de sonrisa pícara que se jactaba de poder “aterrizar en una moneda de diez centavos”: Jimmy Ángel. Hoy en día le dicen el Salto de Ángel o el Salto del Ángel.

Y así no sólo Don Antonio del Berrio administró su herencia de El Dorado sino que sigue siendo una herencia cuantiosa aun en medio del siglo XXI.

*El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*¹³ es el segundo libro más vendido después de la Biblia. Don Gonzalo Jiménez de Quesada es uno de los más desconocidos conquistadores y la mayoría de sus obras se perdieron. Aun así todos aún recuerdan que casi muere de sed buscando El Dorado.

En su travesía por el Río Grande de la Magdalena, los soldados, atormentados por la sed, buscaron un arroyuelo que desembocaba en el río. En un remanso, el agua transparente dejó ver las algas del fondo y el reflejo de sus rostros. En ese momento, Gonzalo Jiménez de Quesada tendría unos 38 años. Cuando se agachó con el ceño fruncido, de repente se le iluminó la cara con una sonrisa franca. Era una bienvenida a su propia alma, porque el agua era limpia. Según el relato, al recoger el agua en sus manos, Gonzalo vio que había atrapado un lagarto diminuto. Su hermano Hernán lo golpeó y le hizo abrir las manos, impidiéndole saciar la sed.

Uno de los soldados se acercó, lo mismo que él, a la vasija que formaba el río en ese lugar y pudo tomar el agua, pero a la vez recibió un mordisco. Una caricia de uno de aquellos hermosos animalitos de fino cuerpo colorido y larga cola, - en el fondo del agua cristalina se veía un suelo lleno de lagartos - pero él y otro soldado murieron de las heridas imperceptibles que envenenaban la sangre, mientras que Gonzalo quedó dueño de la sed que pringaba su garganta y de su vida. Así era esta tierra, traicionera en su belleza. Y el Orinoco le ganaba en artimañas al Magdalena.

La herencia de Don Gonzalo sigue intacta. Cualquiera puede ir en búsqueda de este tesoro impreciso, viajero, volátil y único.

13 Cervantes Saavedra, Miguel *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*

DOS DAMAS Y UN CABALLERO

Doña Mariela Vargas Osorno

ESTER Y ELVIRA

Las monjas querían sonsacar a las hijas de María para el convento. Y ellas, ¡qué se iban a dejar convencer! El mundo y sus vanidades las envolvían como una boa de plumas. Había quién las criticaba por “creídas”, pero todas las miradas las seguían cuando caminaban por la calle y la gente no dejaba de exclamar: ¡Qué mujeres tan célebres!

Las historias de Ester y Elvira siempre flotaron en el ambiente del Cocuy. De lo de Ester se le echó la culpa a su orgullo y de lo de Elvira, a la pendejada. La una voluntaria y la otra sin voluntad. “Cada puerta tiene su cerrojo”.

ESTER

Ester era alta, delgada, original, distinguida y se ponía lo que le quedaba bien. Para las veladas le gustaba dejar flecos que jugaran sobre sus piernas y, cuando se puso de moda la falda “te lo vi”, se hizo varias que, justo al caminar, dejaban ver sus rodillas. “Sin hacer nada, ni preocuparse por hacer algo, así cualquiera”, decía alguna voz agria. Pero las rodillas de Ester, sin oficio y con oficio, eran irrepetibles.

En el Cocuy se estilaban visitas que empezaban a las siete de la noche y terminaban a las doce, “visita de veinte yemas”. Yebrail las extendía aún más, llegaba donde Ester a las seis de la tarde. A Ester le parecían cortas, y eso que Yebrail la visitaba a diario. Los prismas de la lámpara se volvían de yeso, las rosas del florero se volvían coliflores cuando él no estaba.

-Mamá, yo quiero ser grande para tener novio y sentarme en la esquina del canapé a hablar pasito y juncitos”, decía Luisa que entonces tenía un poco más de diez años. Y Genoveva, su mamá y tía de Ester, pensaba que en realidad su sobrina era afortunada.

Yebraíl era hijo del “turco” Gabriel, muy apreciado en El Cocuy. Su hermana, Soledad, era madrina de la pequeña Dora y novia de Augusto. Ana Francisca, la menor, se había enamorado de un godo de Güicán, y Luisa era la encargada de llevarles papelitos a escondidas. El mayor, llamado Gabriel, quería ennoviarse con Anita, la tercera de las hermanas, sólo que ella no le hacía caso.

A Ester la hechizaba el encanto oriental de “Yebra”, sus ojos de príncipe moro, su voz seductora. Despreció a todos los demás pretendientes, él fue su único amor. Por doce años.

Él tampoco tuvo más novias, y eso que Ester no le daba tregua con sus reclamos. Qué llegó temprano, que llegó tarde, que miró a fulana, que no le había pedido permiso para cortarse el pelo, que llegó con una camisa “mañé”, que se compraba zapatos sin consultarle. En las noches de luna, las palabras guardadas y difíciles de pronunciar eran propicias para que Ester se alborotara. Yebraíl sonreía. Las oía y era como si estuviera oyendo frases acariciantes y seductoras. La animaba para que soltara ciertos epítetos -miserable, canalla, no sabes amar, no me quieres...-, y cuando acababa, le decía con una voz satinada y provocativa: “¿Qué más, amor?” Y ella tenía que sonreír. Cuando las peleas eran muy seguidas, él se rascaba las orejas y hacía ademán de alcanzar el sombrero. Ester, con un suspiro trágico, se le atravesaba:

-Venga, venga, deme un abrazo de osito - y le extendía los brazos.

-Mi payasita...

Un beso volvía a dejar todo intacto.

No se perdían fiesta. ¡Les encantaba bailar! Ella bailaba el tango como una aventurera peligrosa; el fox como Ginger Rogers; el vals como un hada vienesa; el pasodoble como una gitana temperamental; el bambuco lleno de caídas de pestaña; el joropo zapateado con rabia. La única vez que Yebraíl bailaba con otras muchachas era cuando ella, a última hora, decidía no acompañarlo, porque algo le estaba produciendo un choque nervioso. Vaya uno a saber qué era...

Muy celebre Estercita, muy buena bailarina, pero sólo Yebraíl se la podía aguantar. A la pobre Oliva, una china chiquita de nueve años, que era la única que se atrevía a acercársele, la pellizcaba. ¡Qué tal que se hubiera enterado de lo que la china decía: ¡“La señorita Ester es un limón”!

Limón, mora verde o tamarindo, pero cuando se colgaba del brazo de Yebraile, era una ciruela acaramelada. ¿Y él? Nunca dudó de que “La mujer caprichosa redobla su atractivo”.

Ni siquiera le molestaban las manías de Ester, su obsesión por la limpieza, las bolsas en la mano para abrir las puertas, que si no, las empujaba con el codo. Llegaba de la calle y duraba media hora lavándose las manos, luego las frotaba con alcohol. De visita en casa ajena, raspaba el jabón, porque no sabía quién lo había usado antes. No cerraba la llave del baño para no volverse a ensuciar las manos. “No importa. Si toca tenerla entre una burbuja de cristal, ahí la tengo. Al fin y al cabo, es mía”.

A Yebraile lo nombraron Recaudador de Rentas en Socha. Ester anotó en varias páginas de un cuaderno: “¿Qué voy a hacer sin mi osito? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?”

Cuando él regresaba al Cocuy y la visitaba, ella le hacía buscar papelitos escondidos por toda la sala. Eso sí, había flechitas de guía. Una tarde él encontró una tarjeta bordada, pegada al espejo: “Tu payasita no existe si tú no estás”.

Pasó dos meses por fuera. Cuando volvió, lo primero que le dijo fue:

-Ester de mi alma, ahora sí nos casamos. Tiene que ser sencillísimo, no hay tiempo para más porque tengo que regresar al trabajo. Nos casamos pasado mañana. Sin vestido blanco, sin invitaciones, sin amonestaciones, sin que vengan las familias. Pasado mañana...”

Todas las que tenían “palabra de matrimonio” preparaban su baúl. Ester ya tenía “el baúl hecho”. Hacía rato. Había que mirar las estanterías donde había ido guardando juegos de cama, manteles, adornos, bebidas, recetas...

Pero Estercita Carreño, su tocaya, la piquetera que preparaba las bodas, necesitaba que le avisaran con bastante anticipación porque el ponqué negro necesitaba brevas y ciruelas remojadas en vino durante un mes, y había que inyectarle más vino durante tres meses.

- Mi osito, ¿sí?
- No, mi osita. No podemos.
- Oso feo. No te quiero.

-No puedo, amor.

-Sí puedes. Es que nunca quieres hacer nada por mí.

-Pero, ¿qué es una fiesta? Lo importante somos tú y yo...

-Yo sin fiesta no me caso.

Fue la única pelea que no terminó en abrazo de peluche.

Yebraíl regresó decepcionado a su trabajo en Socha. Al domingo siguiente viajó a Tunja. En una procesión seguida por el desfile de las niñas del Colegio del Rosario, vio pasar una muchacha. Cejona, ojinegra, blanca, “chirriadita”. “Preséntenmela. ¿Quién es?”. Le dijeron que era Rosita, una huérfana a cargo de un tío. Al mes se casó con ella. No era tan fea como decía Ester. Porque sólo eso fue lo que dijo Ester.

Ester cerró la sala. María dejó que lo hiciera. Nunca más volvería a sentarse en los taburetes de terciopelo color de mazapán amarillo con ramos negros donde se había sentado Yebraíl. Las leontinas con eslabones de oro que le tenía de regalo de matrimonio y el anillo de compromiso quedaron en un cofre, encerrado en una de las paredes, sin volver a ver la luz.

Ella abría de vez en cuando la cómoda donde había guardado corpiños de encaje y combinaciones de satín... Le gustaba verlos ahí, en orden. Como nunca la vieron estrenarlos, corrió el rumor de que no usaba ropa interior. A Ester no le preocupaba. Lo que hacía era sólo por encimita de sus recuerdos, sólo por encimita. Y nunca se agachó. Seguía acercándose a esa vieja cómoda, aspirando el perfume de la ropa guardada, que para ella era dulce de frambuesas y para los demás era moho. Cuando cumplió setenta años seguía haciendo lo mismo, aunque su nostalgia ya era un recuerdo difuso.

Hacía rato se había convertido en la Ester que todos recuerdan ahora.

Nadie se volvió a acordar que alguna vez fue diferente o que quiso ser diferente. Nadie se acordaría hasta dónde había sido bellamente idealizada por muchos de los hombres que la conocieron.

Yo que la vi, a los ochenta años, me preguntaba si había alguna mujer más bella que aquella anciana que tenía fama de hosca.

ELVIRA

Elvira era suave, tolerante, comprensiva, eso, sobre todo comprensiva. Las señoras decían "con quien quiera se puede casar Elvirita". Ella reía. Nunca estaba uno triste con ella. Era un estuche de carcajadas. Y en cuanta fiesta hubiera, brillaba su sonrisa.

El Cocuy era fiestero, sobre todo en Navidad. Había matachines y gigantescas madamas contoneándose con tremendas faldas rosadas y enaguas afuera. Había banda y orquesta. Carlos Orjuela tocaba la flauta, Enrique Orjuela el violín y Antonio Osorno cantaba. Cuando empezaba diciembre, llegaba gente de otras partes, llegaban amigos, familiares, se formaban grandes grupos de muchachos. Los hombres con sombrero y una flor en el ojal miraban el cielo sin una nube.

-Ya va a salir el mohán del cerro Mahoma- decían, y empezaba la parranda.

El viejo mohán vivía dentro de la montaña, vigilaba los caminos subterráneos con los que se comunicaban las lagunas. Durante todo el año esperaba el verano. Acumulaba en nueve lunas tanta palidez, que las grietas, las piedras, la arena, todas las cosas que permanecían sin color dentro de la montaña, lo empujaban para que saliera y volviera pronto con los rayos del sol. Porque él los retenía y volvía vestido de resplandores a la oscuridad del centro de la montaña. Su traje despedía luz y ese era el único día en que todos los seres ocultos podían verse unos a otros.

El mohán, con ver sólo una vez el brillo del sol, podía retornar a las tinieblas y rememorar su esplendor desde las entrañas de la sierra. La fecha escogida para el viaje hacia la luz era, desde antes de que nacieran las montañas del mundo, el diez de diciembre.

En esa fecha, algunos árboles se habían convertido en chamizos, y los niños los arrancaban para armar el pesebre. Las raíces ausentes dejaban agujeros. A través de ellos, el Mohán asomaba la cabeza. Cuando salía, desde el cerro Mahoma, divisaba el pueblo. Bajaba, ansioso de vagabundear y de ser un buen agorero. Los granos de maíz, eran más dorados ese día, granos amorosos. Las abuelas hacían buñuelos y otras cosas ricas con ellos y, al comerlos, uno absorbía la magia dorada, por eso Navidad era la época de los noviazgos. Y había que echarse novia encima, porque el que llegara al treinta y uno sin ella, iba a pasar todo el año solo.

Ese año de 1926, todos tenían ganas de divertirse. El dieciséis empezaron los aguinaldos: Se apostaba al sí y al no, a la pajita en boca, a hablar y no contestar, a dar y no recibir, a estatua. Hombres contra mujeres. Se buscaban las parejas por afinidades o por sorteo. El premio era un paseo en los primeros días de enero al Nevado. Iba todo el pueblo.

Los hombres perdían con “el tres pies”, se les olvidaba tener los pies cerrados. Pero el juego que más gustaba era el del beso robado. Se pasaban los días contando y descontando besos.

La ilusión de Carlos Orjuela, de bigotico elegante, era besar a Elvira Saravia, pero no se atrevía. El suyo era un enamoramiento de mirar y no tocar. Él, que tañía la flauta como un turpial con mal de amores, le componía tonadas, le escribía poemas, le hacía acrósticos, pero nunca se los enviaba. En las escaleras del patio de su casa había una puerta de dos hojas horizontales donde se recostaba y se ponía a mirar las estrellas, acompañado por Chita, una gata pequeña que, de acariciarle el espinazo, no había crecido. Un lucero lo trasnochaba, lo veía bajar y bajar y lo veía y lo veía y pensaba en Elvira. Todo lo que imaginaba lo volvía poemas, sólo que la que él quería imaginar cómo su futura esposa nunca llegó a conocer su alma de poeta.

Un día, mientras jugaban con un balón, un atrevido le arrebató el saco de lana a Elvira. Él no hizo nada. Después casi ni la miraba. Ella esperaba que le hablarla. Nunca dijo nada. Se lo comía la vergüenza, se lo tragó entero. Elvira lo fue olvidando, porque parecía que no existiera.

Llegó el dieciséis de diciembre, Elvira apostó al beso robado con Luis, un ingeniero que trabajaba en Tunja y pasaba las vacaciones en el Cocuy. Era primo de Yebrail. Alto, delgado, trigueño, a Elvira le fascinó desde el primer instante. A Luis lo sedujo la risa alborotada de ella. En un momento en que ella lo miraba fijamente, la besó cerca de la boca. Elvira cerró los ojos y él se acercó más. Siguieron jugando al beso no robado durante todas las vacaciones. Iban a las novenas, iban de casa en casa recibiendo galletas, natillas y buñuelos al son de tutaina tuturumaina, cantando coplas burlonas y repartiendo empanadas llenas de algodón. A Elvira nunca más le volvieron a rapar su saco, a pesar de las jugarretas y correteos.

Para el veinticuatro ya eran novios. Ella le dio una chocolatina, él guardó el papel del envoltorio. Ni siquiera ella iba a saber cuántos años

guardaría Luis ese recuerdo marcado con una “E”, un corazoncito y la fecha, por el otro lado con las palabras “para siempre”.

A la mayoría le duraban las novias hasta el día de Reyes, porque todo era juego. Luis le preguntó:

- ¿Por qué no somos novios todo el año?

Lo dejaron entrar a la casa de María, le cayó bien a Genoveva, a Pepa, a las primas, a los tíos. El único que peleaba con los novios de sus sobrinas era el tío Augusto, pero como era tan unánime la simpatía, no pudo decir nada.

Luis se olvidó de los amigos, volvía al Cocuy sólo para visitar a Elvira. Le escribía poemas y canciones con su nombre y cada canción era una historia, como si fueran ya viejos, casados y siguieran enamorados.

Empezó a hablarle de la casa que iba a construir para que vivieran juntos en Tunja. Ya tenía el lote, era grande, en diagonal con el Parque Pinzón, una esquina cortada.

-Las paredes van a ser saludables - dijo.

Elvira aprendió con sorpresa que las paredes estornudaban, que no se estaban quietas y hasta les daba viruela, paperas, arrugas. Luis les iba a poner tela de vidrio para que siempre mantuvieran su hermosa apariencia. El sol de la mañana entraría a su alcoba, los tocaría en la frente.

-¿Y entonces?

-Nos quedaremos ahí como dos palomitos hasta que tenga que arreglarme y salir a trabajar.

-Y yo me quedaré triste, mirándote desde la puerta. De vez en cuando mirarás para atrás y allá estaré como una china pendeja...

Le estaba haciendo jardines a la casa. Aleros grandes, para que ella abriera la ventana sin temor a mojarse. Le prometió que la Navidad en Tunja sería mejor que la del Cocuy. Elvira se imaginaba a los dos sentados a la mesa, rodeados de hasta doce diablillos tiernos. Derritiéndose los dos ante ellos, envejeciendo sin sentir los años ni el frío de Tunja. María le había enseñado recetas de postres. Haría manzanas al horno rociadas de

aguardiente, y - ¡claro! - la compota de pera, que se daban tan hermosas y ricas en Tunja, y esperaría que llegara Luis para convertir el frío en confitura y subir abrazados a la alcoba, arropados en amor hasta que el sol de los perezosos les diera palmaditas en la frente.

Elvira sentía cosquillitas en el estómago. Se quedaba muda mientras él hablaba de cosas lindas, de pájaros, de plantas. Para que pensara en él, el día en que cumplió veinte años, Luis le regaló un perro. Chirriquitico, una manotadita. Por la mañana le había llevado un ramo de claveles rojos y a ella ni se le pasó por la cabeza que fuera a presentarse con otro regalo. A las siete de la noche, cuando le abrieron la puerta, él soltó el animalito que se fue derecho hasta la cocina de donde salía olor a torta. Anita gritó que cuidado, que habían dejado la puerta abierta y un perro callejero se había entrado. Elvira salió corriendo y a la mitad del camino se dio cuenta de que el cachorro con un moño rojo era para ella. Lo alzó. Lo acariciaba, lo besuqueaba tanto que casi olvidó darle las gracias a Luis. Le pusieron un nombre cuyo significado sólo ellos sabían: Ney. Elvira no tuvo necesidad de decir "es que a Ney sólo le falta hablar", porque Ney aprendió a cantar. Con aullidos suaves, entonaba villancicos y acompañaba el coro. Sabía cambiar de tono, llevar el ritmo. Poco le faltó para ser un buen barítono.

Era el primero que salía a recibir las visitas de Luis. Media hora antes de que llegara, ya estaba corriendo como un loco. Al verlo le desamarraba los zapatos. Después de media hora de lambetazos y juegos, se echaba a su lado, se quedaba escoltándolo.

Luis sólo le había pedido una cosa a Elvira. Era hijo único. ¿Habría inconveniente en que su mamá viviera con ellos? Ella dijo que no:

-Me encantan los viejitos. Son muy tiernos.

Fijaron la fecha de la boda para el ocho de diciembre. Era marzo y tenían casi todo el año para prepararla. Dos meses antes, en octubre, él fue al Cocuy para dar los últimos toques del matrimonio.

Ella se dedicó a hacer el baúl. Compró pijamas de satín, la "dulce masculinidad femenina" que aconsejaba Cromos. Su mamá le regaló un kimono, de tul blanco, el gran seductor. Genoveva bordó seis juegos de cama. El vestido de novia se lo habían enviado de Nueva York, era de encaje blanco de margaritas, una mezcla de satén y gasa. Ya se veía

caminando por el atrio de la iglesia del brazo del tío Augusto, y veía a su mamá llorando de alegría y arreglándole el velo todo el tiempo, porque ya se lo había advertido, que el velo tenía que estar liso, y ella le había dicho que más bien estuviera atenta y le ayudara a sentarse, para que la falda no pareciera un campanario.

Luis debía llegar con ocho días de anticipación, pero en su lugar llegó un telegrama: "Elvirita, madre enferma, imposible matrimonio fecha citada, tan pronto mejore, viajo".

-Pura patraña- dijo el tío Augusto. Inmediatamente puso un telegrama a nombre de Elvira sin consultarle a ella ni a nadie: "Siento mucho enfermedad mamacita. Como dificultase cumplir fecha, queda roto compromiso. Elvira". Le quitó del dedo la argolla de compromiso. Se la envió a Luis. Que nunca jamás lo volvería a dejar entrar en esa casa. "Que de mí no se burlan".

Una semana más tarde, bajó Luis al Cocuy. A caballo, porque la carretera sólo llegaba hasta Soatá. Pero Augusto era el hombre, el que mandaba en la familia, y ni María, ni Elvira, se atrevieron a contradecirlo. Elvira no salió a la visita. Tenía todo lo que él le había regalado para devolvérselo en la casa de Genoveva

Genoveva intercedió:

-Mire, Elvira, salga, él la quiere. Mire María, en realidad sí era cierto. Mire, las cosas pasan. La mamá está muy viejita. ¡Hágame caso por primera vez en la vida!... Salga, Elvira, después se arrepiente.

Ellas no se atrevieron a echar atrás las palabras de Augusto.

Elvira lloraba y deseaba que sucediera algo, que sucediera algo que no dependiera de ella, "que esto fuera un sueño, que yo fuera otra en otra parte, que no fuera yo quien abriera la puerta y dejara entrar a Luis, pero que Luis entrara"... Que se derrumbaran las paredes, que viniera algo extraño, fuerte, que Luis entrara...

Oía el ruido de la puerta y tenía la sensación de que en un instante él iba a entrar y a llamarla. Sin embargo, el "acuérdate que Ud. es una Cújar" de su tío la dejaba en el mismo sitio, como si la tierra se abriera y se tragara a toda la familia en el momento en que ella dejara de comportarse "como una Cújar".

Ney saltó por la ventana, saludó a un Luis angustiado y suplicante, que decía, tocándose el pecho:

-Ese amor que uno no puede dejar, está aquí. Es un amor desgarrado, pero está aquí.

Todo fue inútil. Él, cansado de que sus súplicas sólo hicieran más fuerte el rechazo, cansado de andar calles, cansado de tocar a la puerta, cansado, regresó a Tunja.

Sólo cuando pasó todo el día sin que nadie viniera a decirle que Luis estaba ahí esperándola, Elvira se dio cuenta de que se había ido. Seguía los movimientos de Ney, pero el perro no saltaba ni corría de un lado al otro, como hacía cuando Luis llegaba. Permanecía quieto, adormilado, ni siquiera ladrraba. Desde ese día se convirtió en un animalito taciturno y sedentario.

Elvira bajaba las escaleras, volvía a mirar las rendijas de la puerta de entrada y esperaba, nadie la empujaba. Pensó que llegaría alguna carta. No llegó ninguna. Quería agacharse y jugar con Ney, pero ninguno de los dos estaba para juegos. Estaban hechos de ausencias.

Todavía la gente preguntaba cuándo sería la boda, todavía seguían preguntando qué quería de regalo, diciendo que los novios siempre se peleaban en los días antes del matrimonio, porque estaban nerviosos, que esas eran tonterías que agrandaban el amor.

Elvira sabía que ya no habría última vez, última visita. Nunca más lo volvería a oír toser cuando se emocionaba, ni lo vería comer a deshoras, ni mancharse la camisa con el almíbar de los buñuelos, nunca más. Se había convertido en un hombre sin defectos. Extrañaba hasta sus mañas de hablar de paredes y cimientos.

Abrazaba a Ney. No quería que nadie más se diera cuenta de su tristeza. En el baño, daba impulso a los sollozos, luego se echaba agua en los ojos y salía recitando su dicho preferido: "¿Qué hago? ¿Me mato contra un colchón?" Y todos la veían tan eufórica que sólo algunas de las mujeres sospecharon la verdad. María la miraba como esperando algo. Miraba a Augusto. Varias veces durante las cenas silenciosas en que tanto ella como Elvira dejaban el plato lleno, se oyó el ruido de cristal estallando entre el aparador. Elvira bajaba los ojos, porque ella hubiera querido hacer estallar toda la casa.

- María, dile que le ponga un telegrama a Luis - decía Genoveva, pero a ella el discurso de Augusto la cohíbía.

Fue en ese momento cuando Carlos Orjuela reanudó sus galanteos. Era encantador, cuando tocaba la flauta parecía celestial, pero ¿qué podía hacer Elvira, si a ella, después de lo ocurrido, ya no le gustaba nadie?

-Sólo un esfuerquito- le decían las amigas-. Ya verás, te acostumbrarás, lo llegarás a querer.

Elvira soñó una noche que Luis llegaba en un caballo furioso y entraba a la casa rompiendo las puertas, los cristales. Después la sacaba a bailar sobre los escombros. Se despertó a las dos de la mañana y ya no volvió a dormir ¿Por qué será que a esa hora los pensamientos son más dolorosos, más desesperados?

¿Y si volviera? Ella volvería a permanecer detrás de la puerta cerrada. El orgullo del tío Augusto era invencible.

Anita y los primos mordían a escondidas las galletas con el anagrama de ella y de Luis, que hubieran repartido el día que nunca fue, ratones de cajón que desdoblaban el vestido guardado, haciendo eco a la gente, pasándose la voz y diciendo que una cosa tontísima había impedido el matrimonio de Elvira, que Augusto le hacía la guerra a los novios de las sobrinas, y ahí, en medio de todas esas cosas, estaba ella, queriendo hacer invisible su pena.

Los días corrían. Uno, otro y otro.

Esa Navidad debía haber sido su primera Navidad de casada. En la calle todo era bullicio. Y Elvira detrás de la cortina. Tres parejas bailaban, tejiendo la trenza. Las cintas en el centro de la plaza colgaban de una vara altísima y cada uno de los bailarines sostenía una de color diferente. Sonreían como si fuera fácil. Cuando estaba perfecto el tejido, con los colores del Cocuy, llegaba el momento de deshacerlo. Y las parejas empezaban a bailar al revés, a destejer la trenza. Por aquí pasé yo... Seguían destejiendo, seguían destejiendo, se devolvían.

Elvira se apartó de la ventana.

Allá afuera, en el corredor, la algarabía de Anita y sus primas, hablando de los vestidos para el baile del veinticuatro, la entristecían más. Las oía

reír mientras veía en el espejo sus ojos opacos, hundidos. "Tiene los ojos en la trastienda", oyó comentar a una de ellas. Era verdad. Sus pestañas caían tristes, sin brillo. Les faltaba agua, ya se habían acabado las lágrimas.

Fingiendo desparpajo, un día desempacó el vestido de novia y se lo puso por el revés. Decía que lo iba a vender, que se haría uno más bonito cuando volviera a tener planes matrimoniales, decía que se lo iba a regalar a una niña pobre, en fin, no sabía qué decir, pero cuando se miró al espejo, se quedó muda. Genoveva vino a convencerla de que se lo quitara. María lo guardó en una caja llena de pastillas de naftalina "¡Que belleza! Parece una niña muerta," se le oyó decir a Transito, una de las muchachas. Nadie volvió a abrir la caja, ni ella ni nadie, una caja que lleva más de setenta años igual a como se dejó ese día.

Elvira no volvió a salir a la calle. Dejó de comer. Le salió un eczema en la cara y en la cabeza. Las visitas, cuando veían la tristeza en sus ojos, volvían a salir. En el pueblo esperaban que de un momento a otro le aplicaran los santos óleos. A los niños se les dijo que Elvira se había disfrazado de gitana y se había puesto una peluca prestada que le había transmitido esa infección. Ninguna volvió a disfrazarse de gitana.

Genoveva la convenció de que fueran a Güicán, a hacer una promesa a la Morenita. Le tejió una gorra de lana y, con ella puesta, Elvira fue subiendo y bajando peñas hasta que estuvo frente a la Virgen.

Se curó del eczema, pero quedó débil, pálida, entre sábanas que no eran aquellas dobles bordadas de ababoles por Genoveva. La gente decía que ya había llenado dos esquinas de las sábanas matrimoniales, que una tenía el monograma de Carlos y otra el de Luis, que no se afanara, que todavía quedaban dos bordes.

La habitación olía a vapores de sauco. A ratos, ella lograba dormir. Descubrió el placer del agotamiento, de fugarse del mundo, despifarraba tristeza en los sueños. Empezó a dejar caer las cosas, le pesaba la lengua cuando hablaba, como si las poquísimas palabras que alcanzaba a decir vinieran de lejos. Ya era sólo el reflejo de otra Elvira que vivía de la nada en la oscuridad, entre seres invisibles, negros, enmudecidos, estériles, inevitables.

-La parálisis es incurable, y tiene un final funesto- dijo el Doctor Girardot.

Llegó la Semana Santa, y Elvira a duras penas podía tragarse las coladas que María le preparaba. María pensó otra vez en la Morenita, sólo la Virgen milagrosa y ella sabría lo que le prometió.

Un mes más tarde Elvira comenzó a mover las manos, la cabeza, poco a poco fue recobrando el movimiento de las piernas. María le escribió a Genoveva contándole que estaba fuera de peligro. Elvira recibió sus primeras visitas. Su amiga Ana Francisca Domínguez, la abrazó y le dio un regalo:

-Mira, es un rouge.

Leyeron las instrucciones, las promesas de “rubor de la inocencia” y “rojo de la camelia”. De que era indeleble, “a prueba de besos”. Elvira se sentó al tocador y las dos se untaron los labios de carmín, Ana sonriendo y Elvira distante, como si embadurnara de colorines a la otra, a la Elvira del reflejo.

En los días siguientes se supo que Luis se había casado con una bohemia. La Flores, la llamaban. Una mujer que no hacía sino fumar y beber y que no había querido vivir con su mamá.

ALFREDO

Alfredo había heredado la nariz Espinel, le decían narizón, y no era buen mozo, sin embargo, cuando pasaba, las mujeres se quedaban mirándolo. Era elegante, impecable, un figurín amable, que se convertía en un jayán sin chaleco ni corbata cuando recorría sus fincas en Chiscas y El Espino, la una con páramo y la otra cálida, aunque estuvieran a un paso de distancia. Tenía treinta años y no le importaban ni las emparamadas, ni los palos de agua, ni el calor de la tarde. Sonreía por todo, no se cansaba. Tampoco alteró su optimismo el cambio de clima repentino que se produjo en esos días de septiembre.

El aire tibio se convirtió en viento helado. Las gallinas no podían calentar los nidos, no sacaban pollos. Los niños que robaban los huevos, descubrieron que se podía jugar con ellos sin que se rompieran. Ya no tenían necesidad de sancocharlos para lanzarlos con la honda como balas y ganar las peleas de la tarde. No sólo en Richiniga se cortaba el agua a machete y se trancaba la puerta con muerto mientras aparecía la familia; el frío había caminado hasta El Espino.

Hasta las ovejas se congelaban, quedaban quietas esperando que se repartiera su carne y que la piel que no las había protegido sirviera de lecho a los humanos, pues en él se acostaban muchos, aunque fuera en el solo pergamino. Algunos pastores perdían todo el rebaño.

El maíz, que siempre había tenido el tamaño de una uva grande, ahora no se veía en la mano.

Sin embargo, Alfredo no se dejaba amedrentar, insistía en que los cambios de temperatura lo volvían a uno más fuerte, como los conejos que, mientras más frío, más grandes y vigorosos crecían. Se reía cuando los campesinos atribuían el hecho de que “paramiara” donde antes hacía tanto calor a que unos muchachos habían toreado a la Laguna Brava, tirándole piedras hasta hacerla “frisar” y que ella, ofendida, había lanzado una gran lluvia sobre los pueblos vecinos, especialmente sobre El Espino. Que si ella seguía brava, la tierra caliente se iba a llenar de nieves perpetuas, el páramo iba a ser tan caliente como la propia costa y esa desgracia alcanzaría al mundo entero. Porque la laguna se estaba hinchando de ira, Europa se volvería tropical y los colombianos podrían tener los copos de nieve entre las manos sin que se deshicieran.

Los maleteros pregonaban estas teorías mientras cocinaban su almuerzo en ollas que les prestaban por el camino. Eran gente recia, pero aún los más fuertes fueron dejando de llegar a sus destinos. Ya no eran solamente los cargueros de sal los que aparecían tiesos al borde del camino con su bulto a las espaldas, esperando un caritativo caminante que los enterrara.

Pasaron los días y Jeremías Duarte, arrendatario de Alfredo, hombre puntual, que venía cada seis meses a pagarle, no llegaba. Una semana más tarde, unos labriegos lo encontraron en un trecho largo y escabroso del páramo, recostado contra una piedra. Se había sentado y no se había vuelto a levantar. Entre los bolsillos encontraron los billetes crocantes como papas fritas. Al lado su mula, todavía en pie, quieta, muerta, fría. Entre las alforjas, una botella de aguardiente vacía.

A la tarde siguiente, en medio de un aguacero repentino, Alfredo intentó salvar a una pisca que con sus cinco pisquitos habían estado comiendo en el patio de atrás. Ella intentaba cobijarlos con sus alas, pero, cuando Alfredo llegó, los cinco habían muerto. Los lamentos del ave

traspasaban los truenos y el ruido del torrente. Alfredo entró a la cocina empapado y tosiendo.

Una semana después volvió el sol, pasó el invierno de forma tan repentina como había llegado, pero Alfredo estaba en cama con pulmonía. Veía los arboles tan verdes, sentía el aire tan tibio, olía las chirimoyas y los mangos tan fragantes, y se sumergía en un éxtasis que no servía sino para entristecerlo. Miraba el florero que tenía sobre su repisa, lleno de lirios blancos, y no dejaba de pensar que, cuando él muriera, iban a cambiar el sitio de todas sus cosas. Luego se le vino un pensamiento peor: ¡No iba a quedar nadie para cambiar las cosas! Era el más rico de los Espinel y no tenía herederos directos. Hizo testamento a favor de su sobrina preferida, Genoveva, la pobre Genoveva, desvalida, con cinco hijos, tan enamorada de Osorno, pero pasando tantas dificultades, porque ese paisa no conseguía puesto fijo. En realidad. Alfredo no se sentía como tío, sino como un hermano de ella. Llamó al notario y, ahogado por la tos, redactó su última voluntad: Genoveva era la heredera.

Ella nada sabía de aquella intención, ni se preocupó de averiguarlo cuando llegó un propio con un mensaje en que le pedía que fuera en el término de la distancia. No tenía para el viaje, ¡si ni siquiera tenía para el mercado de la semana siguiente! Vendió otra joya - esta vez le tocó el turno al anillo de zafiro -, y emprendió el camino acompañada de tres peones.

Cuando llegó, Alfredo estaba inconsciente. El sacerdote que habían llamado para que le administrara la extrema unción, le pasaba los óleos por la cara, por los ojos, por la nariz.

¡Cómo iba a morir así de joven! Genoveva le aplicó ventosas, una tras otra, sobre la espalda. En el Cocuy era la que mejor las ponía. En los momentos lúcidos, él le contaba que soñaba asistiendo a su propio funeral, que temía ser enterrado vivo. Genoveva sabía que las pesadillas eran a causa de la adrenalina producida por las ventosas, pero no podía interrumpir la terapia. El miedo a la muerte sostuvo las fuerzas de Alfredo, y la fiebre se fue calmando, los dolores de costado fueron desapareciendo y el estertor crepitante dejó de oírse. Las imágenes lúgubres fueron reemplazadas en su delirio por otras más alegres, igualmente disparatadas. Una golondrina roja ribeteada de azul se le posaba en las manos...

-Claro, voltearepas como usted - se burló Genoveva -. Usted no está enfermo, lo que está es demasiado godo.

Isabel, una de las muchachas de la casa, también rio de buena gana. Había ido a las montañas y no había descansado hasta hallar sobre el musgo húmedo la planta llamada pulmonaria, para traérsela. Ella lo cuidaba veinticuatro horas. Se acercaba, le rogaba que tomara las infusiones, que no despreciara los calditos de gallina que preparaba con tanta delicadeza. Tenía quince años y parecía una rosa a punto de abrir.

Cuando el médico recomendó que le dieran vino, Isabel calentaba el vino, lo probaba y se lo daba. Él se quedaba mirando los labios rojos de ella. Tres días después, cuando el cura volvió, encontró a Alfredo sentado, mirando una revista de modas. Muy bien puesto con su vestido color gris nevado, medias grises, zapatos negros y corbata de puntitos negros y grises, con su camisa blanca de puños almidonados, bien peinado, y con el estilógrafo en el bolsillo.

El padre le preguntó si quería confesarse. Él hizo señal de que no. El médico le había recetado silencio. Sabía las preguntas que haría el padre: ¿Te has arrimado a....? ¿Tuviste sentimientos deshonestos? Nunca iba a confesar que había enamorado a Isabel entre calditos y vino rojo.

Una semana más tarde, Genoveva regresó al Cocuy, y Alfredo se prometió dejar de tomar en serio las cosas que la mayoría de la gente llamaba serias.

Vino el mes de octubre. Un día llegó corriendo al potrero cercano una jovencita. Era pequeña, delgada, peinada de trenzas, con una piel tan diáfana como su nombre: Jesusita. Había perdido su guacamaya. Miraron por todas partes. Jesusita seguía insistiendo que la oía chillar en el tejado. Alfredo le prometió que la seguiría buscando. Al otro día fue a visitarla, pero no le dijo que había encontrado plumas azules y anaranjadas volando sobre el patio de la casa y que él tenía un gato.

Se hicieron amigos. Jesusita pertenecía a una de las mejores familias de El Espino, muy rica, por cierto, descendiente de uno de los fundadores del pueblo y su primer alcalde. Y Jesús era encantadora, si bien no sonreía a menudo. Alfredo pensó que él la haría más alegre, y dos años después le propuso matrimonio.

Sus padres no pudieron ocultar el regocijo. Se unían dos fortunas, dos fincas, Aposentos y una parte de El Cucharal. A Jesusita, sus amigas le dijeron: "La primera noche es el paraíso. No hay alegría más grande. Vas a verlo". Ella estaba lista para ser feliz.

La víspera de la ceremonia, Alfredo rompió el testamento. Soñaba con tener muchos hijos a quienes dejar su fortuna. Era el hombre más dichoso de la tierra. Pero la misma noche del matrimonio se convirtió en el más desgraciado. No encontró virgin a su esposa y no podía servir de burla del que la hubiera violado o seducido. La devolvió a sus padres.

El papá de Jesusita le dio a la niña una muenda como para matarla. Una semana más tarde, ella empezó a recorrer las calles descalza. Las lenguas no se quedaron quietas. Se contaba que a media noche empezaba a gritar, que se levantaba y se rasguñaba.

-Ella se volvió loca porque nada debía - dijo Genoveva-. A lo mejor, ni entendía de nada, por eso se volvió loca.

Estaba convencida de que Jesusita ni siquiera sabría la diferencia entre ser virgen y no serlo. No tendría ni idea de lo que le estaban reclamando. Si le había pasado algo, le pasó algo, pero nunca entendió la gravedad de lo que le había pasado.

Alfredo se fue para Venezuela. Siempre había mirado con interés las llanuras de Arauca y del Orinoco y buscó refugiarse en ellas. Gastó su fortuna y, hasta que no salió de todo el efectivo que había ahorrado, no volvió al Espino.

En su mente, día y noche, seguía viendo la confusión, el dolor intenso y el reproche en los ojos de Jesusita, cuando la había tomado del brazo y la había arrastrado a la casa de sus padres. Oyó decir que había perdido la razón desde el mismo día en que la había devuelto, que la muenda no le había importado. Ella lo amaba y se había vuelto loca porque no entendía su desprecio. Decían que Jesusita no había tenido otros novios. Era una muchacha decente. Oyó decir que, cuando ella tenía tres años, un tío suyo la había bajado a un potrero y la había violado. Ella no debía nada. ¡De tres años, qué se iba a acordar de lo que le habían hecho! Otros afirmaban que se había caído de un columpio... No debía nada, ni había estado con nadie. ¿Por qué no averiguó bien, Alfredo, antes de hacer lo que hizo? Oyó a

Genoveva culpándolo de una infamia. “¡Pura cobardía! No pensó más allá... Sí, claro, si hubiese pensado más allá, no la habría dejado... Hubiera podido esperar, hacerla ver de un médico y mientras tanto aparentar.” Él bien sabía que los padres de cualquier niña que tenía un accidente sacaban de inmediato un certificado por si algún día se casaba. ¿No lo habían hecho los padres de Amira Márquez cuando su hermana se cayó mientras saltaba entre las camas? El médico tenía la obligación de darlo. Sí, pero no todo el mundo sacaba certificado, ni todo el mundo se estaba cayendo...

Arrepentido, Alfredo fue a buscar a Jesusita a su casa. Ella se le abrazó, pero sus ojos ya no eran los mismos. Extraviados, ojos de loca.

Si era por causa de él, él estaba dispuesto a enmendar la falta. Viviría con ella. Pero entonces vinieron los amigos a decirle otra vez que Jesús no se había vuelto loca por eso, sino por los golpes y la paliza de su padre, y sus consejos pudieron más que las demás reflexiones. La dejó abandonada a su suerte.

Alfredo volvió con Isabel, “la Isabel”, la llamaban despectivamente en el pueblo. “La cogió de quince años, por eso mismo... Eso fue lo que lo perjudicó...”

No se podía casar con ella, no pudo vivir en el Cocuy, la sociedad no lo aceptaba, entonces se fue para otra parte... Vivió en “punible ayuntamiento”. Tuvo con ella seis hijos. No eran hijos de azúcar, eran hijos de panela, pero ninguno de sus compañeros los corrigeaba en el recreo, como hacían con otros. A ninguno le puso su nombre, ni el de sus antepasados, pero no los llamó Arrepujencio, Canuto, Ciriaco, Seculia, como bautizaban a los hijos que no eran de matrimonio. No les prohibió que lo llamaran “papá”, por más que fuera prohibido decirle papá al papá de uno cuando eso sucedía.

Alguien con mala intención afirmó que Isabel era la que había provocado la locura de Jesusita. Que le había dado a tomar agua de la quebrada que corría junto a un borrachero de hermosas, grandes y envenenadas flores amarillas. A Isabel no le importaba lo que dijeran, ni que la ningunearan. El señor Alfredo era de ella y ella nunca había querido a nadie más. Genoveva fue la única de la familia que los trató. Isabel era apocada y buena, “demasiado boba, le aguantó todo”. Osorno era igualmente amable, no olvidaba la generosidad de Alfredo con ellos.

Jesusita seguía deambulando por las calles, saltando las piedras de los ríos. Tomó la costumbre de seguir a Alfredo. A dónde fuera, lo seguía. A los locos les fascina caminar y caminar...Será que sienten alivio. ¡Quién sabe! Ándele para acá, para allá, detrás de él, meses en silencio, otros días que hablaba y hablaba, respondía en doce horas a todas las preguntas que le habían hecho en los meses anteriores. A veces cantaba. De todo tiene que haber en un pueblo, un pueblo ha de tener un loco.

Alfredo, para no verla, se fue a vivir a Susacón. Y allá estaba. Si, era ella, descalza, el pelo revuelto, loca, loca, loca de pena. Andaba por la orilla del río, caminaba y caminaba y caminaba... Además, ya había carreteras y buses, y ella podía perseguir a Alfredo a donde fuera. Los hijos, que ya estaban grandecitos, un día la vieron y le pegaron, le echaron cuero para que no volviera. Jesusita dio media vuelta llorando, parecía que se iba, que se habían librado de ella. Pero cuando Alfredo llevó a Isabel y los niños a Capitanejo de vacaciones, allá lo esperaba Jesusita.

Vivía en una casa abandonada junto al río. Una casucha semiderruida y llena de murciélagos. Se le paraban en la espalda y ella no salía corriendo ni los espantaba. Sólo quería mirar en la distancia a Alfredo.

A él, se le veía aún mejor vestido que antes. Explotó las tierras y volvió a hacer fortuna, volvió a ser el hombre más rico del pueblo. De maneras finas, culto, se volvió más enigmático. No hacía sino reír. Sus despampanantes carcajadas se hicieron famosas. Cuando se emborrachaba, su hilaridad se oía a cuadras. Cuando Genoveva lo oía llegar riendo estrepitosamente, decía en voz baja: "Hoy viene Alfredo muy amargado, cuando él se ríe tanto, es que está muy amargado".

Después de largo tiempo, y porque Jesusita no perdía la costumbre de recorrer calles en busca de Alfredo, sus hermanos la internaron en un asilo. Allí vivió hasta los noventa y dos años, y les dejó una herencia grande. Pobre Jesusita, la inocente. Brille para ella por fin la luz de la verdad...

Cuando a una de las hijas de Alfredo, Rosa María, que era su adoración, le dio la enfermedad del sueño, en El Espino decían: "Castigo de Dios". Él, cuanto más enferma estaba, más la quería.

Él les contó a sus hijos que la propia Jesusita, cuando él le preguntó en la noche de bodas "¿Quién te hizo esto?", le había dicho que el tío. Él había

sentido aún más rabia, le hirió en el alma saberlo.

Nunca dejó de emborracharse, y murió primero que ella, como a los cincuenta y ocho años, de un ataque al corazón, en Bogotá, donde vivía con los hijos luego de la muerte de su amada Isabel.

Genoveva contaba que a Alfredo, godo pero muy consciente, le habían salido sus hijos liberales. En tiempo de elecciones, los levantaba temprano y les decía:

A mis amigos que escriben sus bellas reflexiones en el idioma español

Doña Mariela Vargas Osorno

En este año de 2021, se cumplen 150 años de la Fundación de la Academia Colombiana de la Lengua, como correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua: RAE.

En Colombia y aquí en Bogotá, cuyo nombre castellanizado viene del vocablo chibcha Bacatá, o campo de labranza, quedó sembrado el idioma castellano. Su mestizaje con el habla de los nativos, se había iniciado con la llegada de Cristóbal Colón quien empezó a crear su propio diccionario de palabras nuevas adaptadas a la fonología del castellano: la primera fue Canoa, luego vendrían muchas más, hamaca, cacique o señor, bohío, caribe, caimán, guacamayo, piragua, maraca ... Todos los días el castellano se enriquecía con un sinfín de vocablos y expresiones... Palabras que cada vez que son pronunciadas, están revitalizando y trayendo al presente una reunión de almas con un mismo espíritu fraterno.

Estos vocablos nos han alimentado desde niños. Y en los países que tenemos el privilegio de seguir contando con comunidades autóctonas, también ellas, aparentemente aisladas, han tomado el español para desterrar el olvido y, al unirse en un idioma común, hacer que su voz resuene.

El español de Latinoamérica que, cabe resaltar, es diferente al de España, es consecuencia de la mezcla de idiomas, de culturas y del carácter indígena, que lo ha hecho más suave. El tono, junto con la selección de palabras y el uso frecuente de diminutivos, se hace más dulce. Por ejemplo cuando decimos: ¿Y sumercé...? Una palabra bonita impresa en el alma de los boyacenses y de muchos colombianos que usamos con frecuencia y con la que desarmamos cualquier ánimo beligerante.

Soy mestiza. Me gusta la historia y, estudiando la historia de Colombia, supe que su uso había decaído en el siglo XVIII, y luego en 1770, por una ley pragmática de Carlos III, se habían abolido los idiomas y dialectos indígenas. En su bienintencionado afán por alfabetizar a toda la población, se había llevado por delante un tesoro ancestral. No dejo de sentir una opresión en el corazón. Sin embargo, comprendo que si bien perdimos aquel idioma original en el que ya se comunicaban tanto los blancos como los cobrizos - y que en 1580 había sido declarado Lengua General del Nuevo Reino de Granada - ganamos la posibilidad de compartir otro, que es maravilloso por su riqueza.

Y amo el castellano, lo amo en su pureza primigenia y como lengua viva, que se trasforma con las generaciones nuevas, con las circunstancias, con los viajes, con la vida. Es nuestra gran herencia. El español tiene términos para todas las cosas y, si no es así, tiene una comunidad muy importante para inventárselos, para hacer el propio mestizaje con palabras que, de alguna manera, quedaron de nuestros antiguos idiomas indígenas, con nuestra vivacidad y con lo que heredamos de Castilla y, ahora, de España.

Quinientos y tantos años después, agradezco a los misioneros que aprendieron nuestro chibcha, crearon diccionarios, catecismos, y así conservaron muchas palabras que todavía resuenan en nuestros oídos. Se esmeraron en que la nobleza indígena, los hijos de los caciques aprendieran el castellano, sabían que, a través de la lengua materna, se siembra mejor y de raíz una idea. Era verdad que cada una de las regiones tenía su propia habla, pero cuando escogieron el chibcha, pudieron adoctrinar con facilidad a los hijos de los nobles y así ellos se convirtieron en sus aliados. En cuanto a los mestizos, en un momento dominaba en ellos el alma indígena, pura y rebelde y en otros se mostraban como hidalgos auténticos. Por esa razón se convirtieron en los mejores intérpretes no sólo del idioma sino de los sentimientos que cada parte revestía. Aunque provenían de dos mundos tan distintos y siempre llevaban el corazón dividido, sin embargo fueron la bisagra que unió el mundo nuevo con el antiguo.

Hay ejemplos maravillosos de gente que le ha dado prominencia a la lengua castellana. En la misma España, Carlos V, el emperador que había llegado a España, sin saber ni “pío” de castellano, exigía a los príncipes alemanes que hablaran sólo la lengua de Cervantes en sus audiencias. Alguien también le atribuyó al emperador Carlos V haber dicho que el

castellano era el idioma para hablar con Dios. Y, realmente, aunque tomaremos un poco más de tiempo para internarnos con pasos menos acelerados en la tecnología, sí hablamos con el Altísimo como si habláramos con nosotros mismos o con nuestro padre. Todos los idiomas, por supuesto, como cualquier expresión humana, tienen algo de divino, pero esa sonoridad, esa poesía, ese sentimiento, ese alargamiento de ideas que se le atribuyen al español, se los pueden apropiar muchos que no lo tienen como lengua materna para hablar con los que aman.

Tengo el recuerdo indeleble de un día en que estaba visitando a mi hermana en Alemania. Estábamos charlando en un bus, cuando alguien le preguntó a ella qué idioma estábamos hablando. Ella le dijo: "Español, ¿Por qué?". "Porque suena tan bonito, tan bonito..."

No es la primera experiencia que tengo cuando voy al extranjero. "Por favor señora, dígame en qué idioma está hablando usted", me preguntó un taxista. "En colombiano, señor." "Ah! ¡Qué bien suena!" Simplemente recuerdo que la voz es el primer instrumento musical, y acompañado de un idioma que es música para los oídos, todavía más.

Me gusta cuando, en las familias, nuestro idioma enriquece la vida de quienes no lo tienen como lengua materna. De ese modo ellos se unen a nuestra alma española, a nuestra alma castellana, a nuestra alma mestiza.

Un imperio tan grande como el de España - fácil ver, en un mapa antiguo, que dominó casi medio mundo - avanzaba con la fuerza de hombres intrépidos que reproducían a su manera la expansión del Imperio Romano. Siguieron su costumbre de "civilizar", es decir que, una vez vencían, elevaban al vencido a la categoría de ciudadano romano. Aquí nos elevaron a la categoría, no propiamente de ciudadanos con todas las responsabilidades y deberes, porque todavía el mundo no había evolucionado hasta ese punto, pero sí a la de habitantes con derechos y deberes en un nuevo mundo. Cuando se deshizo todo, se enfrentaron padres e hijos en una guerra civil. Y al llegar la independencia de nuestras actuales repúblicas, se quiso desbaratar todo lo que habían traído los conquistadores hispánicos.

Lo único que no se pudo erradicar fue la herencia de las palabras. El uno y el otro seguían bendiciendo y maldiciendo en el mismo idioma, y esto nos mantiene unidos, así tengamos también una herencia de pelea doméstica, de discusión de España contra España. Las palabras que

usamos son las mismas y en ellas la verdad se confunde dentro de nuestro espíritu unánime. Alguien alguna vez dijo con mucho acierto que la lengua es la patria.

Quizá los colombianos nos quejamos de no reconocer nuestra identidad, y estamos en ese trabajo, pero en lo que sí tenemos una seguridad completa es en la identidad del idioma. Las palabras que usamos son las mismas y en ellas la verdad se confunde dentro de nuestro espíritu unánime. Alguien alguna vez dijo con mucho acierto que la lengua es la patria.

Se ha vuelto común decir que los colombianos hablamos el mejor español del mundo. Nos sentimos orgullosos cuando lo decimos o cuando - con frecuencia - se lo oímos decir a alguien. Hace poco lo dijo Vargas Llosa con mucha seriedad y convencimiento. Añadió que "Colombia tuvo en el siglo XIX destacados gramáticos y filólogos, gracias a los cuales el español que se enseña en sus colegios es de primer orden y los colombianos suelen jactarse por ello de hablar el mejor castellano de Iberoamérica".

Muchos de los fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua nunca conocieron el mar, en cambio se podían ufanar, como don José Manuel Marroquín, de hacer un tratado universal de Ortología y Ortografía de la Lengua Castellana y dar lecciones de retórica y poética. Y qué diremos de don Miguel Antonio Caro y de todos aquellos gramáticos que tuvieron que lidiar con temas políticos tan amargos como la pérdida de Panamá, pero solamente se sentían orgullosos de hablar bien. Esto siempre nos parecerá, y nos pareció, absurdo, sin embargo, la bandera del idioma la izaron y ella nos permitió, al final, recuperar el diálogo con nuestros queridos hermanos panameños.

Debemos recordar también a Rufino José Cuervo Urisarri, quién es celebrado como gran lexicógrafo y gramático por sus aportaciones críticas sobre el lenguaje bogotano y su Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana, el cual alcanzó más de cinco ediciones, la última en 1872 cuando se estaba abriendo la Academia Colombiana de la Lengua.

Tanto españoles como americanos nos podemos unir con esos espíritus y amar la patria grande que es el idioma. Y es importante que lo defendamos, porque es como un canto a esa raza inmensa que es la nuestra, con todo su intercambio de sangres y de voces.

Domingo de Petrés, un arquitecto capuchino en los albores de la independencia

Doña Mariela Vargas Osorno

*Martes 6 de agosto del 2019
Edición Bicentenario Especial El Nuevo Siglo*

Joseph Pascual Domingo nació el nueve de junio de 1759 en el pequeño pueblo de Petrés, no muy lejos de Valencia. Sus tres nombres ya dirían mucho sobre él. Joseph, “Dios engrandece”; Pascual, del hebreo “pesaj”, “tránsito”, y Domingo, del latín “dominicuſ”, consagrado al Señor. Lo llamarían por este último nombre.

Era un niño piadoso que sentía adoración por su padre, el maestro albañil Vicente Buix-Lacasa. Sus padres daban gracias al cielo por este pequeño ángel lleno de talento que aprendió a amar la arcilla, las piedras, la argamasa, los clavos y los cimientos de buena calidad.

A veces el pueblo era visitado por unos hombres cubiertos por hábitos color marrón, que predicaban la bondad y la pobreza. A pesar de su aspecto burdo y su silencio, ellos eran depositarios de las artes y las ciencias.

Domingo fue uniendo en sus pensamientos lo que más quería: el oficio de arquitecto y el hábito. La estética y la precisión eran obra de Dios. A los 18 años entró a la Orden de los Hermanos Capuchinos Menores, en el convento de la Magdalena en Masamagrell. No tuvo que dejar sus bienes a los pobres, porque no los tenía. Acogió con gusto las duras reglas de San Francisco. El 4 de marzo de 1779, a los 21 años de edad, profesó los votos y se convirtió en Fray Domingo de Petrés.

Durante un año recorrió conventos, en donde le confiaban tareas de construcción cada vez más complejas. En Monovar conoció a Fray Juan de Cartagena, que lo introdujo a una obra maravillosa: el Libro de la

Arquitectura del agustino madrileño Fray Lorenzo de San Nicolás. Y Domingo, que hasta el fin de su vida se llamaría a sí mismo “Domingo el Albañil”, comenzó a ser un experto en su oficio. De Monovar pasó a Murcia y, en la Escuela de Diseño, perfeccionó sus conocimientos, aprendió los diferentes estilos.

Y de repente llegó un momento providencial. Bajo el reinado de Carlos III, los jesuitas habían sido expulsados de España y de las colonias de ultramar. El Virrey de la Nueva Granada pidió que los reemplazaran por monjes capuchinos. La orden envió a catorce, entre ellos a Fray Domingo. La colonia necesitaba arquitectos.

Salieron de Cádiz en 1792, con buenos vientos y buen ánimo, pero se levantó una tempestad furibunda, vientos que aullaban como condenados. Volvieron a Cádiz. Zarparon otra vez... Y otra vez llegó la tormenta. El mundo se derretía y se balanceaba. Tuvieron que devolverse.

Otra vez Fray Domingo partió hacia la Nueva Granada. En abril de 1792 se encontró con las murallas de Cartagena de Indias. Continuó río arriba, monte arriba y, en agosto, llegó a Santafé. Un pueblo grande de no más de veinte mil almas, que parecía dormir bajo pestañas de paja y de teja española, cuando en realidad estaba entrando en el mayor desvelo de su historia.

Santafé le había preparado a Fray Domingo la mejor bienvenida que se podía dar a un arquitecto. Un gran terremoto en 1785 había destruido casi todos sus edificios. ¿Castigo de Dios? Se habían salvado la real fábrica de pólvora y la de aguardiente, mientras lo más afectado habían sido las iglesias, todas, todas, menos- y ahí está el detalle- la de los padres jesuitas, San Ignacio, ahora llamada San Carlos.

La ciudad aún estaba conmovida por el desastre. Y además, el sismo había puesto a temblar el edificio de sus ideas políticas. Con el Aviso del Terremoto, en la Imprenta Real, se iniciaba el periodismo en la Nueva Granada, con todas sus consecuencias.

Fray Domingo comenzó reconstruyendo la iglesia y el convento de San José en San Victorino, llamados La Capuchina, propiedad de su orden. Él quiso darle a este barrio algo más que riquezas espirituales. Lo dotó de un acueducto y una fuente. Y la Plaza de San Victorino se convirtió en el paso obligado para los viajeros que entraban a Santafé o salían con rumbo a

Honda, el puerto sobre el Magdalena, vía fluvial hacia la costa Caribe y de ahí al mundo.

La figura amable del fraile se fue volviendo familiar. Domingo, el Albañil, con sus pies ágiles dentro de sandalias de cuero, era incansable. Fuera de La Capuchina, construyó el hospital y la iglesia de San Juan de Dios; la de la Concepción; la de Santo Domingo; la cúpula de la de San Ignacio; la de La Enseñanza, el Observatorio Astronómico; restauró la Capilla de la Bordadita; el interior de la de San Francisco; la Iglesia y recoleta de San Diego; y su última obra, la Catedral Primada.

También hizo la Catedral de Santa Fe de Antioquia, la Basílica de Chiquinquirá, la Catedral de Zipaquirá, la de Facatativá, el diseño de la Catedral de Guaduas, entre tantas otras obras.

Su estilo preferido era el neoclásico, por la elegancia de sus líneas sobrias, armoniosas y austeras. A los neogranadinos les iba bien aquella sencillez. No pedían vitrales de colores. No pedían pisos de mármol. El lujo en sus templos consistía en el edificio que más amaban los santaferenos era su catedral, construida en el mismo lugar donde otro Domingo, Fray Domingo de las Casas, había celebrado la primera Misa de Bacatá, en una iglesia que no era más que una choza de bahareque y paja, llamada apropiadamente Nuestra Señora de la Esperanza. Aquella esperanza había crecido a través de dos siglos. Había salido airosa de muchas calamidades, hasta que el terremoto de 1.785 la dejó tan frágil, que debieron demolerla.

Él diseñó los planos para una nueva catedral con una estructura más sólida, que sería el símbolo de la unidad. Los fieles acudirían siempre allí para despertarse, para aplaudir o para llorar, según vivieran los acontecimientos como nación. La construcción se inició el 11 de febrero de 1.807.

No lejos de allí se hallaba otra obra, en la cual él había puesto el corazón: un Observatorio, encargado por Don José Celestino Mutis, el sabio que dirigía la Expedición Botánica. Fray Domingo lo creó blanco, resplandeciente, como la pureza del intelecto. En esta linterna luminosa se comenzaron a reunir algunos jóvenes criollos, más preocupados por su propia tierra que por el firmamento. Reclamaban la representación de las colonias ante el gobierno de España, y la igualdad.

Domingo opinaba poco, no levantaba la voz, no discutía, aunque él mismo hacía parte de la edad de oro de Santafé, junto con tantos otros que la hicieron brillar, despertar y crecer. Él añoraba los tiempos del progresista Virrey Ezpeleta. El gobernante de ahora, Amar y Borbón, débil y torpe, con una esposa intrigante, era todo menos amado.

Al Virrey Ezpeleta, los santaferenos le seguían debiendo el mayor de sus tesoros: la Biblioteca. Él también tenía su propia colección de volúmenes preciados. Allí su sobrino descubrió la Declaración de los Derechos del Hombre. Se la pasó a su amigo, Antonio Nariño. Nariño la tradujo, la imprimió y la difundió. Lo arrestaron. Un fraile capuchino le guardó algunos de sus libros, también los decomisaron.

Nadie estaba exento de tomar partido, ni siquiera Fray Domingo con su silencio. Él veía con preocupación la división que se estaba creando en el clero, las posiciones irreconciliables...

Los jóvenes que se reunían en el Observatorio querían obligar al Virrey a crear una Junta y a permitir un cabildo abierto. ¿Si hubiese una amenaza de revuelta en un lugar público... como la Plaza Mayor, en un día de mercado? Los hermanos Morales tuvieron una idea. A las once de la mañana de aquel viernes, 20 de julio, en los puestos que rebosaban de hortalizas, había oculta una guindilla roja, picante, a punto de reventar: la libertad.

La tienda del español Don José González Llorente, en la esquina que miraba al costado norte de la catedral, aún inconclusa, ostentaba finas mercancías. Los Morales le pidieron prestado un florero, y él respondió que no se los podía dar, pues estaba en mal estado. Era la oportunidad que buscaban. Salieron gritando que Llorente había insultado a los criollos.

Fue la chispa que encendió la plaza: “¡Abajo los chapetones! ¡Abajo el mal gobierno! ¡Queremos junta! ¡Viva el cabildo! ¡Mueran los bonapartistas!”

Fray Domingo, desde la iglesia en construcción, oyó el grito de la independencia en primera fila. Y dentro de él quedó un remolino de contradicciones y de pena imposibles de apaciguar.

En 1.811, el interior de la catedral se ha completado. Fray Domingo vigila sin descanso que el resto de la construcción siga los planos

dibujados. A sus cincuenta y dos años, no le falta agilidad para subirse a los andamios.

Fray Domingo se apresura. El interior está hecho. Ahí queda todo. La catedral siempre albergará el anuncio y el toque de campanas para la organización de los hombres. Si en el pasado fue para aclamar a tantos que eran buenos, y otras veces a tantos que estaban equivocados, ahora albergará a la naciente República. Fray Domingo ha construido la armonía. Los hacedores de la nueva República también necesitarán ser buenos arquitectos. La Ilustración es un pegamento para que la idea de nación cobije a todos, para unir lo que está fragmentado. Todos unidos, sólidos como piedra con madera, piedra con piedra.

En noviembre llega el invierno. Las nubes se vacían como cántaros de agua helada. Pedradas de granizo caen a través del techo incompleto. El viento atraviesa la tela de los hábitos como si fuera gasa. Les permiten tener tres. Los dos que establece la regla, no se secarían nunca.

Domingo trabaja sin detenerse, aunque la tos sacude su cuerpo. El fuego de la calentura lo invade con furia. Su mente divaga, ve el techo de la catedral iluminado con nubes brillantes. Oye voces que se elevan en cánticos. Campanas. Santafé unida bajo el techo hermoso, acabado. Se darán la mano por fin los que lograron la independencia y siguen frenados por desacuerdos, por rencores, los que aman al Rey, los que aman la voluntad del pueblo, los clérigos de lealtad dividida... Todos, mirando hacia el oriente, se darán la mano. Cómo una granada creciendo nueva, entera.

No, Domingo, ¿no ves que la piel de esta Nueva Granada está rota sin remedio, que sus granos se derraman y se pierden? ¿Que ya no es fruta color de amanecer sino de sangre?

Llegó el claro de diciembre con su cielo azul sobre las montañas. Las familias suben por las laderas a buscar musgo para el pesebre. Cantan villancicos, como los de España.

La cara de Domingo está pálida y triste. Él aprendió a amar a esta tierra como suya, y suya también es España. Y los granadinos, ¿no son ellos hijos de España?

-Hermano, piensa en las cosas buenas, no pienses en lo que te hace sufrir, Dios no nos mandó a la tierra para morir de pena – le dicen sus compañeros.

Domingo apoya la frente contra la madera del andamio. La fiebre martilla sus sienes como un tambor de guerra.

-¡Hermano Domingo! ¡Hermano! ¡Hermano!

Su cabeza cae sobre la almohada de paja. Las tablas de la cama hieren sus costillas fatigadas. Unas manos suaves están cerrando sus ojos. Fray Domingo de Petrés, Fray Domingo, el albañil de Dios, embargado por la tristeza, ha partido hacia la Gloria, hoy 19 de Diciembre de 1811.

En 1823 se abrieron las puertas de la Catedral Primada. La República sigue llevando en su corazón a Fray Domingo de Petrés, siempre recordando que el trabajo continuo y bien hecho es lo que cimentará la identidad.

Entre sus obras se cuenta la Hacienda Aposentos de Simijaca, cuyo gran portón se abrió un día para que entrara Bolívar, durante la campaña libertadora. Aquí durmió Bolívar... Aquí, entre estos muros, cobijado por las líneas armoniosas de Fray Domingo, el Libertador pasó noches de desvelo febril levantando los andamios de un sueño, el sueño de la República de Colombia.

Lo que hay detrás del derribo de una estatua en Popayán

Redacción Nacional EL NUEVO SIGLO

Bogotá

Septiembre 20, 2020 - 07:00 AM

El colombiano es mestizo. **Nuestros ancestros, el español y el indígena, más tarde el negro, ricos todos, están integrados en nuestra carne, pero no en nuestro cerebro, por lo tanto, somos incapaces de aceptarnos como lo que somos, un conjunto”.**

Así describe la abogada, historiadora y escritora Mariela Vargas Osorno la esencia de colombianidad, una palabra de uso diario pero de la cual desconocemos tanto su real significado como implicación y compromiso.

En contexto: Polémica por acto en contra de estatua de Sebastián de Belalcázar

A raíz del reciente suceso de la protesta de indígenas Misak, Pijao y Nasa que terminó con el derribo por parte de unos indígenas del Cauca de la estatua de Sebastián de Belalcázar, ubicada desde hace décadas en el tradicional Morro de Tulcán en Popayán, **EL NUEVO SIGLO consultó a Vargas Osorno, quien dijo que ese acto de rencor es una oportunidad “para reflexionar sobre sus motivaciones”.**

“Colombia para nacer como república quiso despojarse de su pasado. Y ahora le debe un justo reconocimiento a sus raíces”

“La sociedad colombiana es multicultural. Y todos los colombianos debemos luchar por una integración que contemple el respeto por costumbres y manifestaciones de las diversas culturas. **Hay conocimientos antiguos que sólo en épocas recientes hemos empezado a**

valorar y a compartir”, indicó la abogada turjana y una de las más conocedoras de la historia de nuestros ancestros indígenas.

Vargas también trató otros temas como haber quitado la historia como una cátedra independiente, el desconocimiento que existe más de 500 años después del encuentro de dos mundos y su iniciativa de crear el Centro de Pensamiento del Mestizaje, el que calificó como una oportunidad para (re) descubrirnos.

EL NUEVO SIGLO. - ¿Qué lectura le da a lo que pasó en Popayán con el derribo de la estatua del conquistador Belalcázar?

MARIELA VARGAS.- Aun cuando no es bueno que esta otra “pandemia”, la de derribar símbolos y legados de la historia, esté multiplicándose por el mundo, es una oportunidad para reflexionar en las motivaciones. En un país que no tiene suficientes monumentos a la memoria histórica es aún más triste que esto suceda. **Lo sucedido con la estatua de Sebastián de Belalcázar, en Popayán, refleja que existen conflictos en el presente que están sin resolver desde el pasado.**

Aún no hemos logrado una Colombia para todos y hay muchas minorías que se sienten segregadas. Desde el punto de vista humano la segregación trae siempre consecuencias violentas, despierta rencores. El derribo de la estatua es un acto de rencor. **En realidad, no hay que derribarlas. Hay que redefinir y valorar los significados y los aportes de absolutamente todos los que componen y han compuesto nuestra nacionalidad.** La historia sirve para conocer el pasado, para reflexionar y aprender de él y, con ese conocimiento, construir el futuro. Se necesitan debates para enriquecer el conocimiento.

Nuestros queridos indígenas, como parte de Colombia, tienen que respetar la Constitución.

La sociedad colombiana es multicultural. Y todos los colombianos debemos luchar por una integración que contemple el respeto por costumbres y manifestaciones de las diversas culturas. Hay conocimientos antiguos que sólo en épocas recientes hemos empezado a valorar y a compartir.

Los indígenas, a la vez, deben participar del desarrollo del país y contribuir a él. Como diría el poeta Donne, ningún hombre es una isla.

ENS.- *¿Por qué si los indígenas consideran ese lugar como sagrado, solo hasta ahora se hace tal requerimiento o se procede a una protesta tan drástica?*

MV.- Nuestros antepasados eran sumisos. Se aceptaba sin cuestionar la estructura social y de poder que se tenía ante sí. No quiero equivocarme en la apreciación, pero creo que lo que hay detrás de estas protestas indígenas y su demora en producirse, es que por demasiado tiempo sus saberes ancestrales fueron ignorados o tratados con tal indiferencia, que ellos mismos seguían la corriente del olvido. Se sumergieron en una burbuja.

Hoy en día vivimos en un cruce de caminos del mundo entero. Vemos la diversidad de las etnias y podemos tomar conciencia de su dignidad y grandeza. **El avance en las comunicaciones ha alcanzado los territorios indígenas y el mundo exterior ha empezado a influir sobre ellos en relación con los derechos universales, con la historia, con los ancestros.** Escuchamos permanentemente a los que predicen la razón y la concordia, como también a los que se han desilusionado y ven, como única solución, los actos violentos.

ENS.- *Desde su experiencia, ¿considera que el colombiano promedio tiene una visión clara sobre lo que fue el proceso colonizador español y la afectación a los indígenas?*

MV.- La mayoría de los indígenas se mezclaron y dejaron de considerarse indígenas. Empezaron a pensar como mestizos. El colombiano es mestizo. Pero no tiene claro de dónde viene y, por lo mismo, no sabe para dónde va.

La historia completa sobre la conquista de América, no la hemos estudiado. Los procesos históricos que sucedieron en los siglos XV y siguientes, cuando el viejo mundo conquistó nuestro nuevo mundo, no han sido explicados a la mayoría de la población desde el contexto histórico que dominaba a Europa en ese momento.

Aproximadamente desde el año de 1500, la expansión de Europa hacia estos territorios nos volvió ciudadanos del mundo de Occidente. **Y sin embargo, después de 500 años, todavía nosotros, los colombianos, no nos hemos reconciliado con nuestros ancestros.** A pesar de la rica herencia que ello significa, seguimos como si el mundo se hubiese detenido en ese momento.

Un antagonismo entre padres e hijos hizo que estallara la independencia. Los criollos elaboraron discursos reivindicando los derechos antiguos que habían perdido los indígenas, pero no nos olvidemos de que una gran mayoría de los nativos era realista, por el temor de perder las tierras que el Rey les había adjudicado desde España. Cuando apoyaron la independencia, eso significaba pertenecer. ¿Pertenecer a qué o a quién? A lo que llamamos Colombia. Una Colombia que, para nacer de nuevo como república quiso despojarse de su pasado. Y que ahora le debe un justo reconocimiento a sus raíces.

Lamentablemente no hay una visión clara del proceso colonizador, ni en sus ventajas ni en sus desventajas, y el grupo indígena era tan pequeño que nunca se dedicaron capítulos de la historia para considerarlos presentes.

En los últimos años los colombianos hemos hablado mucho de la paz. Comprender, perdonar, reconciliar. Pero todavía no tenemos un conocimiento general que integre la verdadera realidad de nuestra historia. Y siendo síntesis, todavía somos apenas parte de un proceso histórico que debe redundar, en conjunto, en reconocer nuestra identidad.

ENS.- *¿Hasta qué punto en esta falta de conciencia de la ciudadanía sobre los temas ancestrales pesa el hecho de que se haya sacado del pensum la historia como cátedra independiente?*

MV.- No creo que sea únicamente un tema de conciencia colectiva. El haber sacado del pensum la historia como cátedra independiente fue una mala decisión de quienes fueron responsables de reinterpretar y construir la ciudadanía. Consideraron que los hechos sucedidos durante cinco siglos estaban superados y que lo que importaba era el momento presente. **Sin duda un acto irreflexivo, una mala interpretación que nos condena a vivir vacíos y a repetir errores por desconocer lo que ha sucedido antes.**

No se tuvo en cuenta el peso que el pasado tiene sobre el futuro, la importancia de conocer nuestros ancestros y valorarnos. Lo importante es que ahora se recupere el tiempo perdido y se haga lo que siempre se debió hacer: **honrar la memoria de lo que fuimos y somos, en definitiva, honrar la memoria de los hacedores de la colombianidad.** Y lo nuevo que se haga depende de quienes construimos el ahora, el hoy, que será historia mañana.

Hace unos años, un amigo mío, un siete de agosto, le preguntó a una niña de catorce años, qué se conmemoraba en esa fecha y todavía su respuesta retumba: "El día de la bicicleta" dijo. Su padre, dos años atrás, le había regalado una. No es culpa de ella. Como no tuvo ninguna culpa una aventajada alumna de tercero de bachillerato que me preguntó quién había ganado la guerra de independencia. Lo habría podido encontrar en internet, pero no sabía por dónde buscar...

ENS.- *La iniciativa Encuentro de los dos Mundos ¿cómo encaja en esta realidad de la distancia entre las reivindicaciones de las comunidades indígenas y lo que piensa la mayoría poblacional?*

MV.- Creo que es el punto central de lo que nos debe ocupar. Es un saldo en rojo que tenemos y ninguno puede disculparse de pagar esa deuda creciente. Lo ocurrido el 12 de octubre de 1492 fue el encuentro de varias culturas, de varios mundos. El planeta cambió de manera irreversible. No sólo fue nuestro continente. Fue toda la tierra. Si eso no se interpretó antes, ahora, frente a un mundo global, debemos hacer un esfuerzo para reconocerlo.

Los indígenas no pueden perder su idioma, su identidad y sus tradiciones, esto los privaría a ellos y privaría al resto del país - y al mundo - de los frutos de su sabiduría. Al mismo tiempo, a ellos les pertenece el derecho de abrirse al conocimiento moderno universal tal como deseen, de tener la oportunidad de escoger su camino como tenemos -o deberíamos tener- todos los colombianos. Somos, como lo dijera José Vasconcelos, "la raza cósmica". El mundo, en su totalidad, nos pertenece.

ENS.- *¿Qué responder a quienes a partir de lo que pasó con la estatua de Popayán y otras en la mira sostienen que Colombia es un país con poca memoria y que ahora ataca su historia?*

MV.- Su opinión es válida. Pero no hay que responder con palabras sino con hechos. Todos los días son un motivo para vivir y todos los días son una disculpa para enseñar. Creo que es la misión más importante que desarrolla el Festival Internacional de Historia Villa de Leyva: aprender los hechos que tejieron nuestra nacionalidad.

Y nuestro pensamiento debe ser más amplio, más integrador, aceptando la diversidad del planeta. Este es un buen momento para comprendernos, para vivir nuestro presente, que es inclusivo y vasto y

diverso. Un buen momento para mirarnos cara a cara. Y acoger nuestros ancestros.

ENS.- *¿En qué consiste su iniciativa de crear un Centro de Estudio del Mestizaje?*

MV.- Debe ponerse al alcance de todos el conocimiento de nuestra historia. Es el mayor desafío para entender lo que pasó a partir de la unión de tantas culturas con el descubrimiento de América, un territorio desconocido y joven. América es un arco iris y un suelo forjador de nuevos pensamientos. Por supuesto, una historia con dramas y dolores que no han sido estudiados suficientemente. Con la llegada de unos y la afectación de otros, surgió un mundo que aún tenemos que explorar. **En el mundo no hay dos colores, hay muchos a la vez. En América, hay una diversidad enriquecedora. Ese es el Centro de Pensamiento del Mestizaje: una nueva oportunidad para (re) descubrirnos.**

El que conoce, comprende. El que comprende, tolera. El conocimiento es una luz que nos lleva al respeto, aceptación y justicia. Nuestros ancestros, el español y el indígena, más tarde el negro, ricos todos, están integrados en nuestra carne, pero no en nuestro cerebro, por lo tanto, somos incapaces de aceptarnos como lo que somos, un conjunto. Esa es verdaderamente la historia de este país, es decir un proceso de mestizaje, el uno con el otro, integrados: una síntesis. Los indígenas actuales son sobrevivientes en busca de una identidad. Y deben darse cuenta de que también son colombianos y parte necesaria de nuestra vida.

Las señoras de antes, incluida mi mamá, cuando no aprobaban a cierta persona por sus modales, decían: *es que es un indiecito*. Y eso que a ellas no las impactaba, a nosotros, sus hijos, nos impacta. ¿Por qué? Porque ya sabemos que el ser humano, con sus actuaciones, su presencia y todo lo que deja traslucir hacia el exterior, es producto de sus circunstancias. Y también muchos, aun ahora, después de quinientos años, dejan escapar frases como: *Los españoles vinieron a robarnos el oro...*

Nosotros somos hijos, nietos, bisnietos y tataranietos de españoles, indígenas y negros.

'El Viaje del Cacique Dorado': el libro de la tunjana Mariela Vargas

Febrero 27, 2019 - Boyacá Siete Días

'El Viaje del Hombre Dorado' es una aventura llena de misticismo y realidad mágica.

Mariela Vargas Osorno es la boyacense autora de la novela histórica 'El Viaje del Cacique Dorado' que invita a recuperar los pasos de los ancestros.

Mariela Vargas es la autora de 'El Viaje del Hombre Dorado', una novela ancestral de editorial Planeta.

La obra publicada por la editorial Planeta habla de la vida del Cacique Monguí quien, junto al sumo sacerdote Suamox, se presentó ante el rey Felipe Segundo de España como parte de la realeza indígena para exigir al colonizador el respeto por las tierras de los Muiscas.

Mariela, es una reconocida abogada Tunjana que ha logrado posicionar su nombre en el campo de la literatura por su habilidad de transmitir en sus obras las riquezas ancestrales e históricas.

Hoy, su obra más representativa 'El Viaje del Hombre Dorado' de la que hasta ahora ha publicado la primera de cuatro versiones, se comercializa en las principales librerías del país y supera las mil unidades de ejemplares vendidos.

Fueron 17 años de investigación los que Mariela resumió en esta obra que, en un lenguaje claro y concreto, recupera la memoria de los ancestros y permite fortalecer la identidad de los boyacenses a partir de las raíces indígenas.

La historiadora narra en esta mágica obra episodios altruistas y heroicos de aquellos príncipes que dieron origen a la raza mestiza.

Amores, desengaños, lealtad, pasión, fortaleza, amor por la tierra y mucha sabiduría, son algunos de los componentes que este libro guarda en sus entrañas y que sin duda llevan al lector a un viaje de experiencias majestuosas que despiertan la imaginación.

El legado de los ancestros

Experiencias comerciales, observación de los entornos e introspección, son algunos de los conceptos transmitidos por los ancestros.

'El Viaje del Hombre Dorado' es la primera edición de cuatro versiones.

"Nuestra tierra es rica, llena de tradiciones heredadas por los Muiscas, una gente sabia que trabajaba por conservarla y protegerla pues en la tierra estaba el origen del mundo", afirmó Mariela Vargas con respecto a algunos apartes de su novela.

Según Mariela, el legado de los ancestros va mucho más allá de los elementos materiales. "Los Muiscas no desaparecieron, nuestro espíritu boyacense y el de los colombianos, está impregnado de su espíritu Muisca y sin saberlo conservamos muchísimas costumbres".

Por eso, ella recreó la vida del Príncipe de Monguí, buscando que los boyacenses recuperen su identidad indígena y la exalten en sus actividades diarias. Mariela se ha ganado el reconocimiento del medio no solo por sus obras, también por ser la Fundadora del Festival Internacional de Historia de Villa de Leyva, que se realiza anualmente con grandes exponentes de este arte.

La edición 2019 de este Festival se celebró del 20 al 22 de septiembre.

Una impresión sobre El Viaje del Hombre Dorado



Doña Ángela Arroyave

Buenas tardes Mariela.

Me llamo Ángela Arroyave y le escribo solo para decirle que hace algunas semanas se me atravesó *El Viaje del Hombre Dorado* en la Librería Nacional y quedé enamorada. Siempre había querido encontrarme una historia cercana contada de esta manera pero no lo había logrado. Por más que busqué no pude encontrar más que reseñas de culturas indígenas, catálogos de orfebrería o piezas de museo y un listado de mitos y leyendas. Pero yo estaba buscando una historia que conjugara la cotidianidad, la magia y la historia. Que volviera seres humanos a lo que a uno le enseñan en el colegio como lo más lejano e impersonal (no tenemos sentido de pertenencia con nuestra historia).

Cuando conté en internet que me había encantado su libro me dieron su contacto y una invitación al lanzamiento (María Claudia Tobar, a quien le agradecí mucho su generosidad). Pero estuve muy enferma y no lo logré. Espero que se llegue el día en que me firme mi ejemplar. Saludos y muchas gracias.

CRÓNICA NO ANUNCIADA

Descubrir a un hombre de nuestro tiempo,
que vivió en el siglo XIX



Doña Gabriela Mercedes Arciniegas

Te paseas por una librería - ¿habrá pasatiempo más delicioso? – y miras las carátulas de los libros que se exhiben. Pasas uno que dice: La aritmética de la felicidad. Abajo unas escarapelas enmarcadas aprietan medio rostro, del cual se ven las narices y unos labios femeninos o andróginos. ¿Ah? ¿Otro libro de autoayuda? ¡Por favor, por favor, lee la letra menuda en la carátula! Te darás cuenta de que su diseño no es sólo un capricho editorial, es una paradoja más en la historia de este hombre cuya vida y pensamiento recrea, de manera fascinante, la historiadora Mariela Vargas Osorno. Jeremy Bentham, el hombre que fue una paradoja viviente.

Les aconsejo a quienes han tenido la fortuna de toparse con el libro, que discreta y subrepticiamente lo desvistan de su funda de plástico y lo abran. No lo volverán a cerrar. Desde luego saldrán con él. Se encontrarán con la biografía apasionante de un revolucionario jurista que moldeó gran parte del pensamiento moderno sin aparecer casi nunca en el escenario.

Y sí, fue un hombre paradoja. Un niño raquítico, prácticamente enano, que a los cinco años tocaba piezas de Haendel y Corelli en el violín y leía los clásicos. Un tímido a quien le podemos atribuir algunas de las declaraciones más audaces y polémicas que hayan sacudido el siglo de las luces. Un defensor de los derechos de todo ser capaz de sentir, inclusive las más despreciables alimañas, y, sin embargo, llamó las declaraciones de los derechos del hombre “estupidez sobre zancos”. Británico hasta la médula, pero atacaba el colonialismo con toda la fuerza de su ironía ponzoñosa. Pacifista convencido, cuyas ideas desencadenaron revoluciones

sangrientas y conspiraciones magnicidas. Ateo, que defendía los derechos de los creyentes. Atormentado toda la vida por terrores nocturnos, pero insistiendo en ser momificado después de su muerte. Fallecido hace 189 años, aún sale de su armario para presidir las juntas directivas del University College de Londres, institución fundada por él. Podríamos seguir interminablemente. La lista es larga.

Mariela Vargas sacó al reticente y locuaz Jeremy Bentham del cuasi olvido en que lo teníamos casi todos, para su tesis doctoral en la Universidad Complutense de Madrid, la cual, no sólo recibió la calificación de *suma cum laude*, sino que produjo el desvelo de varios jurados. No es una lectura fácil de interrumpir. De esta tesis, extrajo un libro que a la vez es profundo y ameno.

Los apartes de la obra de Bentham nos asombran aun hoy en día, y es un placer recrearse en la brillante lucidez de sus argumentos sobre todos los temas. Fue mentor de Miranda, Bolívar, Andrés Bello, y estuvo en estrecho contacto con los próceres de la Independencia de los Estados Unidos. Sin embargo, las ideas suyas sobre la democracia sólo se han venido a cumplir en nuestra edad moderna.

Mariela Vargas nos trae hasta nuestros días, pero también nos lleva muy lejos, a la selva primigenia de América, de donde viene una profunda sabiduría que iluminó el Iluminismo: la lógica transparente de quien los europeos no pudieron sino llamar “el buen salvaje”. Aquel “salvaje” dejaría lecciones indelebles en la mente occidental, aunque en realidad nunca llegó a ser comprendido.

La filosofía del indígena americano inspiró a pensadores como Tomás Moro. Mariela Vargas hace un paralelo entre Bentham y este hombre renacentista que dio su vida por la libertad de las ideas. No sabemos si Bentham haya leído la *Utopía*, pero es seguro que bebió en su fuente, y la autora nos demuestra que hay un asombroso parecido entre los dos filósofos. Moro, ferviente católico, creía en una religión alegre y tolerante de los demás: un cristiano con mala cara, no era un cristiano. Ambos hablan del buen humor como un deber de todos y de la felicidad como un derecho de todo ser viviente.

La famosa “aritmética de la felicidad” de Bentham la podemos ver en su totalidad en este libro. Es un análisis detallado de cada cosa que puede causar placer. También de la calidad y los grados de estos placeres – en

donde nos encontramos con varias sorpresas - y de si, en realidad, se puede considerar la búsqueda del placer como un egoísmo. El axioma de Bentham para la totalidad de los sistemas sociales y políticos es "la mayor felicidad para el mayor número". Una formula contundente y sencilla, que sigue siendo un ideal en nuestros días.

Y Bentham, el mismo Jeremy que tanto tiempo dedicó a estas reflexiones... ¿fue alguna vez feliz? La vida de todo hombre es un cofre de misterios, y la de este aparentemente flemático burgués de Londres es como una de esas cajitas antiguas de madera fina llenas de ingeniosos secretos para abrirlas. De la mano comprensiva de la autora vamos penetrando en el mundo recóndito de un personaje lleno de genialidades y de fallas humanas. Familiar y sin tapujos, enigmático sólo en apariencia. Para esta labor de infinita paciencia se necesitó acudir al Proyecto Bentham.

Esta fundación es una admirable filigrana supervisada por el Comité Bentham del University College de Londres, dedicada a rescatar todas las obras publicadas e inéditas del filósofo, junto con su voluminosa correspondencia. Van 34 volúmenes hasta ahora, pueden llegar hasta los 80. Recopilar y poner en orden el material, ya era una empresa de relojeros cuando Bentham vivía. Afortunadamente, a él no le faltaron secretarios o ángeles de la guarda que le hicieran el trabajo. Uno fue Andrés Bello. Dicen que, sin la asistencia de estas personas, Bentham hubiera quedado en la sombra para siempre. Él sólo pensaba en "darle riendas a la imaginación cuando la curiosidad da espuelas". Esto significaba redactar un esquema, el cual, a medida que lo invadía la pasión del descubrimiento, iba dividiendo y subdividiendo en fragmentos que luego trabajaba independientemente, sin referirse a la estructura original. En medio de este gigantesco desorden, sobreaguaban verdaderas joyas de pensamiento lúcido, las cuales él no tenía la paciencia para organizar. Era algo como lo que mi mamá solía llamar "un berenjenal" o "un maremágnus". Santo, santo, santo el que lo desenrede.

El Proyecto Bentham ha permitido rescatar facetas hasta ahora desconocidas del pensamiento de Bentham y valiosas anécdotas sobre su vida.

Jeremy tuvo un hermano menor, Samuel, gran ingeniero y tan amante de la aventura física como Jeremy fue amante de la aventura intelectual. Samuel involucró a su tímido hermano en situaciones estafalarias como

la de una empresa patrocinada por el todopoderoso Príncipe Potemkin en Rusia, cuyo estruendoso desorden hace ver un manuscrito de Jeremy como la plana de un niño formal de primaria. De allí nació la idea del Panóptico, cuyo diseño se le debe a Samuel y en cuya filosofía de fondo está el ideal de Jeremy de reformar la justicia penal y hacer que el sistema carcelario restaure la dignidad del ser humano en lugar de ejercer venganza.

Los ideales de justicia de Bentham están lejos de cumplirse. Sin embargo, nacieron de una semilla que ya existía en los anhelos de la humanidad desde tiempos muy antiguos, por esa razón, sus planteamientos no nos suenan extraños.

Mariela Vargas también nos muestra cómo España también había madurado desde muy temprano las ideas libertarias, entre “los hijos de la sin-razón” y los “los hijos de la razón”. Ideas por las que muchos estaban dispuestos a dar la vida. Luego vemos cómo la doctrina benthamista impulsó los principios del partido radical en Colombia, y está en las bases del liberalismo.

Luis Antonio Vargas, el padre de Mariela, dejó escrita una breve, pero muy hermosa biografía del fundador del partido liberal colombiano, Ezequiel Rojas. Ella ha querido incluirla al final del libro, como un complemento en esta historia del pensamiento democrático.

Fue su tesis de grado en Derecho. Su presidente de tesis, el poeta Rafael Maya, hubiera querido que Vargas siguiera la carrera literaria. No lo hizo, pero su hija ha continuado la bella tradición del amor a las letras y a la historia, con merecido éxito, para regocijo de los lectores que harán este viaje de descubrimiento tomados de su mano y siguiendo su mirada profunda, analítica y sensible.

A propósito del libro de Mariela Vargas, EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO. Una brillante recreación

Don Luis Henrique Gómez Casabianca



Me parece que algunos lectores pueden dudar si la obra de Mariela Vargas Osorno, titulada *El viaje del hombre dorado*, debe clasificarse como una novela, por su forma de abordar el relato, o como un libro de carácter histórico, por la rica y fidedigna información que aporta. Seguramente lo más apropiado sea describirlo como una novela histórica.

Este género tiene sus características propias, entre ellas la de recrear el pasado, de forma novelesca, aunque sin apartarse del rigor de los hechos históricos. El autor puede imaginar las motivaciones, los diálogos, los sentimientos, las escenas, e incluso algunos personajes que ayuden a situar al lector en una época o una situación particular. Pero los hechos son los hechos. Los personajes históricos y los episodios vividos han de mantenerse en su integridad, pues no se trata de cambiar el pasado, por lo cual la novela histórica tiene sus límites.

Otra cosa sería esa modalidad literaria en que se imagina un pasado diferente. De eso se trata la llamada “ucronía” o novela histórica alternativa, caracterizada porque la trama transcurre en un mundo desarrollado a partir de un punto en el pasado, en el que algún acontecimiento sucedió de forma diferente a como ocurrió en realidad. Por ejemplo, ¿Qué hubiera pasado si la Armada Invencible hubiera logrado invadir Inglaterra, o si los Aliados hubiesen sido derrotados en la segunda guerra mundial?

La novela histórica, por el contrario, se basa en los hechos cumplidos y requiere que el autor, además de ser diestro en el arte de la narrativa, sea

muy buen conocedor de las circunstancias del pasado. Al igual que un pintor, que aspira a recrear escenas pretéritas.

Por nombrar sólo algunos de los escritores que han logrado cumplir con éxito esas exigencias, mencionemos a Irving Stone, con *El tesoro griego*; a Margareth George, con las *Memorias de Cleopatra*; y a Max Gallo, con su biografía novelada de Napoleón, entre otros.

La literatura indigenista

De otra parte, *El viaje del hombre dorado* tiene todos los elementos para inscribirse en la tradición de la literatura indigenista, cultivada por algunos escritores, tanto americanos como europeos, que sintieron admiración por los paisajes, las culturas y las gentes del Nuevo Mundo, y se emocionaron frente a los dramas de la conquista europea. Entre los autores más destacados en este género, tenemos a:

El poeta y soldado español Alonso de Ercilla (1533-1594) - probablemente su iniciador- quien participó en la conquista de Chile, tras lo cual escribió el extenso poema épico *La Araucana* (1569), obra que dedicó al rey Felipe II.

El escritor francés René de Chateaubriand (1768-1848), considerado el fundador del Romanticismo en la literatura francesa, quien escribió la novela *Atala* (1801), escenificada en los bosques y lagos de Canadá, en tiempos de la colonización de ese país por parte de los franceses.

El estadounidense James Fenimore Cooper (1789-1851), autor de varias novelas de aventuras sobre la vida en la frontera del oeste y los enfrentamientos entre los pioneros de la expansión anglosajona y los indígenas pieles rojas, destacándose entre sus obras la novela *El último mohicano* (1826).

El poeta y dramaturgo mexicano Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842) considerado como el primer romántico de su país, quien escribió el poema *La profecía de Guatimoc*.

Los escritores y políticos colombianos Juan José Nieto (1805-1866) autor de la novela *Ingermina o la hija de Calamar*, publicada en 1844; y José Eusebio Caro (1817-1853), uno de los fundadores del Partido Conservador, quien escribió el poema *En boca del último Inca*.

El escritor y dramaturgo brasileño José de Alencar (1829-1877), considerado el patriarca de la literatura brasileña, autor de las novelas *El Guarani* (1857), *Iracema* (1865), y *Ubirajara: leyenda tupí* (1874).

Los colombianos Felipe Pérez (1836-1891) quien publicó las novelas *Huayna Capac* y *Atahualpa* (1856); Próspero Pereira Gamba (1825-1896), autor de la novela *Aquimén Zaque o La Conquista de Tunja* (1858); y Jesús Silvestre Rozo (1835-1895), quien escribió la novela *El último rei de los muiscas* (1864).

Thomas Mayne Reid (1818-1883), escritor irlandés que tras emigrar a Norteamérica y participar en algunas exploraciones y luchas en zonas de frontera, escribió numerosas novelas de aventuras ambientadas en el lejano oeste, tales como *Oceola, el gran jefe de los seminolas* (1859).

El ecuatoriano Juan de Dios Mera (1832-1894) autor de la novela *Cumandá*.

El alemán Karl May (1842-1912), quien representa para los alemanes lo que Verne para los franceses o Salgari para los italianos, escribió numerosas novelas de aventuras, algunas escenificadas en el lejano oeste norteamericano. Sus protagonistas son el indígena apache Winnetou y su amigo blanco Old Shatterhand.

El escritor, educador y político dominicano José Joaquín Pérez (1845-1900) autor del poema *Fantasia Indígena* (1877). Entre sus principales composiciones en verso están: *El voto de Anacaona*, *Guacanagarí*, *Areito de las vírgenes de Marien*, y *En las ruinas de Marien*.

El uruguayo Juan Zorrilla (1855-1931) autor del poema épico-lírico *Tabaré* (1888).

El colombiano Ismael Enrique Arciniegas (1865-1938) autor de los poemas *El cacique Chanchón* y *El cacique de Guanentá*.

El peruano José Santos Chocano (1875-1934), llamado por algunos “el cantor de América”, quien escribió poemas como *América oda continental*, *Cahuide*, *Huacca-China*, *Piedras y aguas*, *La tristeza del Inca*, *Ante una vasija incaica*, y *La embriaguez sagrada*, entre otros.

Ya en pleno siglo XX, son de mencionar los colombianos Gregorio Hernández de Alba (1904-1973) quien publicó *Cuentos de la Conquista*

(1937); Guillermo Córdoba Romero, autor del *Romance del mito muisca* (1940); y Joaquín Piñeros Corpas (1915-1982) quien escribió las novelas *Quiriley* (1973) y *Fomagata* (1979).

En las mencionadas obras los protagonistas y héroes no son los europeos o los colonizadores blancos, sino los indígenas. Sus escenarios son los vastos e imponentes paisajes del Nuevo Mundo, desde los bosques helados del norte, hasta las empinadas cimas de los Andes. Algunas de esas obras, reeditadas muchas veces, han inspirado pinturas, ilustraciones, obras de teatro, composiciones musicales, películas, e incluso óperas.

Un relato envolvente

Doña Mariela Vargas se ha sumado a esa noble tradición, con su novela *El viaje del hombre dorado*, publicado en el 2019 con un título que nos hace evocar la ceremonia que celebraran los indígenas en honor a la diosa Sie.

Su relato transcurre a mediados del siglo XVI, en la última etapa de la civilización muisca y la época que su territorio fue conquistado por los españoles. Su protagonista es el joven Cutzo, príncipe de Monguí.

La primera parte del libro evoca el mundo primigenio de los muiscas, con sus paisajes, su vida diaria, y sus ceremonias, a través de un colorido relato costumbrista.

La autora maneja un prosa elegante e incluso lírica. Ejemplos de ello son los siguientes fragmentos:

En los reinos de los muiscas pocos secretos sobrevivían como tales. ¿Los revelarían las luciérnagas que chismoseaban a golpes de luz entre el vapor de los manantiales calientes? ¿Se enredarían en las cabelleras de los maizales? ¿Volarían en las plumas azules, rojas, amarillas o pardas de pájaros pequeños que nadie tenía en cuenta? ¿En las gotitas de niebla? ¿En el viento que las pastoreaba? ¿Quién lo podía saber? Los secretos se esparcían más rápido que la luz del sol, que una sombra de nube.

En otro aparte describe:

La hierba rutilaba con pequeñísimos astros que copiaban la Luna y el nacimiento del Sol en sus diminutas almas líquidas.

Su relato, por momentos bucólico, en ciertos momentos se vuelve épico al referir los choques que solían presentarse entre los muiscas y sus vecinos, los belicosos muzos, que solían protagonizar incursiones y empleaban venablos envenenados. Doña Mariela se basa en la información registrada por los cronistas de Indias, a quienes ha estudiado a profundidad, pero infunde una nueva vitalidad a las descripciones de estos. Así que, por ejemplo, hace un dramático relato de lo que podría sentir un guerrero al ser alcanzado por uno de esos dardos ponzoñosos.

De igual modo, refiere las duras pruebas que Cutzo tuvo que afrontar en su período de “noviciado”, previo al momento en que le fuera confiado el mando de su tribu. Nos describe el rigor y la exigencia que daban los muiscas a la formación de sus líderes.

Comparándola con la de otros grupos, es de anotar que los indígenas norteamericanos tenían ritos de iniciación similares, en que el joven llamado a ser cazador y guerrero debía internarse a solas en el bosque, superar sus temores y sobrevivir a los peligros durante algún tiempo, hasta ser iluminado por una visión sagrada...

También la autora se interesa por las creencias mágicas de los tiempos precolombinos, enmarcadas en la concepción animista de la época, según la cual el mundo estaba poblado por distintos espíritus y fuerzas enigmáticas.

Refiere la creencia de los muiscas en el poder de las esmeraldas. Un tío de Cutzo le dijo que “él miraba a través de aquella piedra sagrada que producía mil reflejos, al dios Sol y que cuando lo hacía, le llegaba el conocimiento del bien y el mal...”.

Su padre afirmaba: “La esmeralda lo sabe todo. Sabe lo que hay en el corazón de una persona...”.

Al igual que ocurría en España con el rey Alfonso X “el Sabio”, los muiscas creían que las piedras preciosas poseían cualidades sanadoras.

De otra parte, algunos indígenas parecen haber tenido facultades psíquicas, tales como la visión remota o la capacidad de predecir el futuro. Así, unos conocidos de Cutzo relataron haber visto (en sueños o incluso despiertos) unos monstruos enormes con cuatro patas y dos manos, cubiertos con láminas de plata, que venían avanzando por el río Yuma en

dirección a su tierra. El propio Tisquesusa tuvo sueños agoreros que lo llenaron de temor y fueron confirmados luego por el célebre jeque Popón.

Un estudioso de las tradiciones indígenas americanas, el profesor Jesús Martínez, señala que casi todas las tribus creían que “el sueño era una premonición cierta de algo que iba a suceder...”.

La segunda parte del libro refiere las arduas circunstancias de la conquista del altiplano muisca, en lo que podemos describir como un verdadero choque de civilizaciones. Narra la llegada de los españoles, las dudas de los indígenas acerca de ellos, los enfrentamientos que tuvieron lugar, la sed de oro, las crueidades, el temor frente a las bestias arrolladoras que montaban, el ocultamiento de algunos tesoros que desde entonces se volvieron míticos...

La autora indaga las motivaciones psicológicas de los protagonistas, y analiza, por ejemplo, las razones que llevaron a un nativo a convertirse en guía de los españoles.

Otro episodio, especialmente triste y dramático, que se narra fue el asesinato del príncipe Aquimín, junto con sus invitados el día de su boda, a manos de un grupo de soldados invasores.

Pero la autora también destaca la llegada de los primeros frailes y el inicio de la evangelización que puso las bases de una nueva cultura y una renovada cosmovisión.

Junto con la derrota y el sometimiento de los muiscas, se inició el proceso de mestizaje y también la importación de nuevos animales, árboles y plantas, traídos desde la Península Ibérica, con los que pronto se modificaron las labores en el agro, las costumbres alimenticias y hasta los paisajes de la región, los cuales se pintaron de nuevos colores.

El príncipe Cutzo vivió estos dramáticos cambios que transformaron para siempre la vida de su pueblo y algunos años después tuvo la osadía de viajar a España, como representante de la realeza indígena, a entrevistarse con el rey Felipe II, el monarca más poderoso del orbe, para interceder por su gente... en lo que constituye otro capítulo maravilloso del libro.

Mariela Vargas Osorno, nacida en la ciudad de Tunja, se ha destacado como abogada, empresaria, académica, investigadora de la historia, literata, conferencista y gestora de diversas actividades culturales.

En su libro se refleja la amplitud de conocimiento histórico, así como su interés por la psicología, la sociología, la antropología, las creencias y el idioma de los antiguos muiscas. Su relato presenta variados matices y sorpresivos virajes. Es una obra que se debe leer despacio, disfrutando las palabras y bellas imágenes, dándose tiempo para reflexionar en los personajes, las costumbres y los distintos episodios que se suceden en forma vertiginosa.

Para finalizar, digamos que el príncipe Cutzo es el nuevo hermano de Atala, Tabaré, Oceola, Winnetou, Ingermina, Cumandá, Fomagata, Quiriley, y otros tantos héroes indígenas, con quienes ha entrado a habitar en el parnaso de los grandes personajes consagrados por la literatura.

Los viajes dorados de Mariela Vargas Osorno a propósito de unas lecturas para repetir EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO



Don Jairo Enrique Malaver Torres

¿Qué es más destacado en este libro, EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO? Sin duda, el propósito fundamental de la autora es contar la historia de Monguí, el Príncipe semi dios con el que se reviven “aquellas voces del pasado”. Pero en la corriente caudalosa de su narración van y regresan motivos suficientes para sentirse agradablemente confundido con la multitud de temas que desarrolla. Aquí, tenemos mitología a borbotones, cada situación, cada personaje, cada paisaje está bañado por historias míticas encantadoras y sencillas; la literatura, por supuesto, se riega pródigamente en cada página, ¿es una novela?, ¿es un libro de historia precolombina?, ¿es poesía? En un lenguaje ferazmente poético se desenvuelven, uno tras otro, pasajes de guerra, de recorridos entre vegetaciones que casi parecen del trópico caribe, leyendas, sueños de brumosa fantasía, historias casi siempre sostenidas en los mitos de Iraca, la tierra fértil, verde como sus maravillosas esmeraldas, la divina piedra que “lo sabe todo”.

Allí, precisamente, la figura enorme y sobrecogedora de Chusquencutzo, “amigo fuerte como una roca”, se levanta alta, sabia, poderosa y deificada. Pero este Cutzo primero fue niño y creció bajo la formación materna de ternura y disciplina. El niño juega con sus amiguitos y desde entonces ya nuestra querida Mariela se mueve activamente en la exposición casi opulenta de los mitos muiscas. Es una sucesión de historias que seducen. Cuál es el origen del universo, como se crearon los hombres, las cosas no aparecen porque sí, allí detrás hay una razón de su existencia, un dios para cada cosa, la borrachera tiene un dios,

y hay un dios que es el sentido del arco iris y las curaciones. Are, el dios Muzo se agacha sobre el río y recoge palos que convierte en personas. Es fascinante encontrar revelada en estas historias la mirada absorta e impotente de los primeros pobladores del planeta. En nuestras tierras y lejos allende los mares, en Grecia, Egipto o las culturas mesopotámicas, o más allá donde sea que el ser humano habitaba un pedazo de tierra, se enfrentaron a las mismas preguntas, a los mismos enigmas, a la necesidad de darle alguna forma sensata, en el marco de su visión de las cosas, a todo lo que veían, a todo lo que necesitaba una explicación. Así se llega al que hoy desean todas las naciones del mundo, Chibchacum, el dios del equilibrio y ponderación de las cosas, el dios del buen gobierno y del comercio; el que nos hace falta en Colombia hace muchísimos años. De este modo se entiende que, como respuesta evolutiva, se haya desarrollado la tentación de personificar las cosas, de darle vida a lo que se ve. Si la mirada se posa en cumbres y altos picos de montañas, por un momento no se ven como picos resultantes de las formidables fuerzas geológicas que moldearon al azar la quebrada superficie de la tierra. No, estas no son montañas, se las empieza a ver como gigantescos cuerpos míticos, animados, con vida de dioses que se yerguen sobre todas las cosas para contemplar desde allí, con sus caras de pardas arrugas, los valles, las lagunas y ríos de ese reino de hombres temerosos. Esa tentación ha llegado hasta nuestros días, somos aún seres que no hemos logrado desterrar la superstición, y las creencias y la tentación de poner en manos de dioses nuestras vidas se mantiene como en ese entonces.

Pero no es solo la mitología lo que llena las páginas de este prodigioso libro. Aquí encontramos el desarrollo poético de una historia que es parte real de nuestra historia, arrollada por un caudal de imágenes, de figuras, narración de poetisa, palabra viviente con un ritmo admirable que no permite detenerse un momento, las guerras, las victorias y las derrotas, cuerpo inevitablemente herido con las secuelas de dolor que dejan ellas:

“Cuando llegó al bohío del muzo ya su cuerpo se sacudía sin control. Si se desdoblaba era para vagar por bosques de fuego, hielo y ceniza, bosques de sangre, poblados por fieras ávidas. Arrojó contra las huestes voraces la visión de sus hombres de oro con voces de águila. Eran chispas en el viento. Cayeron, se dispersaron. Enfrentó solo a los espectros que seguían viendo, que hacían muecas siniestras, clavó en ellos su mirada de Psijipcua... No sucumbieron”.

"Entre una y otra oleada de visiones aterradoras, asomaban las paredes del extraño lugar donde se encontraba, envueltas en humo. Las máscaras y los talismanes que colgaban del techo se mecían entre nubes espesas. El viejo curandero le aplicaba emplastos hechos con polvo de esmeralda. Aspiraba tabaco, soplabía, canturreaba "Maquipa, Maquipa...", mientras Cutzo flotaba en olas de sudor ardiente, de dolor que quemaba como una hoguera".

El amor y la fecundación no se rezagan, corren parejos con las demás vivencias en un ritmo casi febril:

"Y ella, la de los ojos dulces, fue fecundada por los destellos del dios astro y parió una esmeralda que envolvió en algodón y acomodó en su pecho. Entre arrullo y arrullo de su madre, a la esmeralda le salieron ojos, brazos y piernas. Creció un niño, Goranchachá, como un algodoncito entre algodones, algo muy delicado, así creció."

La realidad cruda de estas comunidades indígenas, nobles pero luchadoras confirmadas se hace presente a través de un mundo que se expande sin que ellas puedan evitarlo. Goranchachá, ya un príncipe iluminado (porque alrededor de Cutzo otras tribus adoran sus propias leyendas y a sus príncipes), insiste ante su nodrizo (sic) en saber la verdad de las profecías.

-- "Explícame, contéstame, ¿por qué dices todo el tiempo que "algún día, algún día"? [...]

--Van a llegar de otra parte quienes convertirán a tu pueblo en esclavo y se van a apoderar de la tierra.

--¡No es cierto! ¡Di que mientes! -Goranchachá se quiso lanzar sobre él, pero el viejo se envolvió en su manto como en una hoja de tabaco encendida por dentro, cada vez más pequeña, más olorosa. Liberó su espíritu. Ese día había muchísimos pájaros que cantaban, que cuchicheaban, que gritaban, como cuando advertían el paso de un felino. Pero el león ya no era más que un cabo tostado de tabaco."

Las letras hierben, las palabras se deshacen y recomponen para iluminar más y más escenarios de lujuriosa creación. Con este talante discurren las iluminadas páginas de esta historia que todos nos sabemos pero que no conocemos. Son muchos cuadros, historias, encuentros y decepciones presentados con la destreza y exuberancia que he

mencionado; resta que muchos lectores se animen a encender su imaginación encontrando esta maravillosa forma de novelar la historia. Guardados los contextos, nada tiene el altiplano, en imaginación y recursos verbales, que envidiarle a la literatura del caribe.

LA ARITMÉTICA DE LA FELICIDAD

Después de la novela histórica dedicada a la vida del Príncipe que conoció a Felipe II, Mariela Vargas se nos viene, no con la esperada segunda parte de la saga, sino con un tema contextualmente diferente pero emocionalmente sostenido. Quienes pasamos una parte importante de nuestras vidas repasando vitrinas, estanterías, libros y cuanta lectura se nos atraviesa, alcanzamos a tener alguna idea de tantos “personajes extraordinarios” que han edificado el pensamiento humano. Pero no es posible siempre seguirles la pista a todos. No hay tiempo, ni todas las vocaciones nos estimulan de igual manera. Entonces surge quien logra capturar nuestra atención y nos dice: -- Miren, aquí hay alguien de verdad extraordinario. Y siguiendo la línea de su dedo índice nuestra mirada se posa en el señor Jeremy Bentham.

“Como Cándido, Bentham decía que cada cosa debía ser modificada para ser como tendría que ser”.

“Bentham planteó el concepto de la utilidad basado en una “aritmética moral”: el fin propio del derecho se alcanzaba sólo si su propósito era el bien de la mayoría” .

En una buena cantidad de páginas y muchos escenarios legales, la autora revela lo que la cautiva en la personalidad de Bentham. Desde sus consagrados días en Madrid, cae fascinada por las características humanas de este personaje de casi tres siglos atrás; lo que siente y predica Bentham es lo que siente ella.

“A Bentham repetidamente se le ha calificado de ingenuo. Realmente cuando esboza esta serie de ideas, uno siente ternura por un alma pura, creyente, ansiosa del bien, confiada y trabajadora” .

Este consagrado personaje es, sin duda, un soñador animado por los más nobles ideales, pero mucho más allá de eso es un hombre armado con la ley, con esmerado conocimiento en múltiples disciplinas, un intelectual y productivo hombre social.

...” ponía la utilidad de los conocimientos por encima del orgullo intelectual”.

Esto es lo que se propone y realiza la autora. Nos pone en conocimiento del individuo cuya influencia llegó a muchos países e, incluso, indirectamente a Colombia, a través de Ezequiel Rojas y la filosofía liberal en América. Es tan grato el sentimiento con que se destaca el pensamiento y la obra de Jeremy Bentham que, poderosamente animado con la lectura, no pude evitar que entre las notas que suelo escribir sobre las páginas de los libros, dejara esta: “La autora no oculta el encanto y enamoramiento que el personaje le produce”. ;Cómo me gustaría que escribiera sobre mí!... Por supuesto, primero se deben hacer méritos, porque lo que quiero decir, en realidad, es que resulta obligado empeñarse en esta lectura para saber y entender a un hombre que hace parte de la historia del conocimiento y del pensamiento de la humanidad y que dejó resumidos sus ideales en esta sencilla frase: “la mayor felicidad para el mayor número de personas”. Pero, a ese análisis merecido al trabajo de Bentham, Los delitos contra uno mismo, El Panóptico, Los tratados de legislación civil y penal, La aritmética moral, Las recompensas, su influencia en Rusia y La Revolución Francesa, etc., se agregan las reseñas a los maestros de Bentham, fuente de consulta permanente. Los escritores, en general, reciben elogios y felicitaciones por sus obras, pero algo que no es tan común es agradecerles por permitirnos conocer lo que a ellos les ha significado un largo tiempo y un enorme esfuerzo de investigación, redacción e inspiración. Por esos libros, gracias, Mariela.

Comentarios libro: El Viaje del Hombre Dorado



Doña Teresita Cardona García

La fascinante historia del Cacique de Monguí ha sido para mí un libro excepcional.

Me ha permitido enriquecer el análisis personal de mi propio origen y del de muchas de las personas con las que he compartido mi vida.

Antes de leerlo no había captado en toda su complejidad y profundidad como era esa cultura ancestral de quienes habitaban nuestro territorio y cuál el complejo impacto de ese encuentro definitivo y definitorio entre dos culturas, dos religiones, dos civilizaciones diferentes y contrarias en muchos aspectos, cuya unión ha sido la base fundamental de nuestro país, con todos los aspectos positivos y negativos que pueda tener y cuáles valores de cada una han perdurado en nuestro interior y en nuestra cultura.

Mariela Vargas, de una manera muy poética, pero a la vez históricamente rigurosa, nos invita a conocer a fondo uno de los momentos fundamentales de nuestra mezcla racial y de la construcción posterior de hábitos y costumbres de nuestro pueblo, a través de la vida excepcional de un desconocido, pero legendario antepasado.

Cutzo, el último Príncipe de Monguí, cuya preparación para gobernar a su pueblo nos revela la autora, quien en forma convincente nos comparte cómo era de profunda la cultura de nuestros antepasados y cuánta de esa sabiduría ancestral fue acumulando en su mundo interior ese líder de su pueblo, capaz de viajar en el tiempo y de hablar con sus dioses.

Mariela Vargas nos describe en forma minuciosa cómo fue ese poderoso Imperio Muisca, que habitaba en el Valle Sagrado de Iraca,

cuáles eran sus dioses, sus costumbres, su vida cotidiana, su organización política, cómo funcionaba su economía y cuáles eran los conflictos que el poder que, también en esa época, se suscitaban entre distintos caciques.

A través de la historia del Príncipe, vivimos intensamente los sentimientos y las emociones de sus contemporáneos. La curiosidad, el desconcierto, el miedo que le generó a esa raza pacífica y compenetrada con la naturaleza que la rodeaba, su complejo encuentro con los españoles que repentinamente invadieron su territorio, comandados por el adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, buscando en forma decidida pero violenta el famoso dorado.

Los conquistadores eran aventureros y traían otra cultura, otra lengua, otra religión, otras costumbres, otros valores. Entre ellos había, sin embargo, las mismas disimilitudes que existían entre los propios líderes muiscas. Algunos eran codiciosos, crueles, traidores, pero otros eran bondadosos, compasivos, humanos y justos.

Por ello, pese a diferencias tan profundas, a las enormes dificultades para comunicarse y comprenderse, a las traiciones, poco a poco esos dos pueblos tan diferentes encontraron la forma de entenderse y de empezar a compartir creencias y costumbres.

Nuestro Príncipe de Monguí, como líder de su pueblo, fue invitado a conocer la Corte Española y fue recibido con honores como visitante por Felipe II.

Qué pensó, qué sintió y cómo asimiló ese encuentro y ese viaje nuestro héroe para entender cómo debía guiar a su pueblo para sobrevivir a la invasión de esos conquistadores, hijos del sol, es lo que Mariela Vargas, con una inmensa sabiduría y delicadeza, nos transmite al describirnos con destreza el propio mundo interior de Cutzco, el hombre dorado, Príncipe de Monguí.

Mis apuntes de "El Viaje del Hombre Dorado"



Doña María Consuelo Caicedo Neira

Disfruté mi lectura del libro "El Viaje del Hombre Dorado", Mariela Vargas logra hacer una narración muy agradable, llena de descripciones y detalles que me transportaron a la época de los Muiscas y a la de la Conquista, a conocer un poco de la cultura de nuestros ancestros y su gran civilización y a entender un poco lo que vivieron con la llegada de los españoles.

Me gusta la historia en general y creo que este libro permite conocer esa importante cultura de la que venimos, los Muiscas y cómo debemos sentir orgullo por esta civilización que llevamos en la sangre.

La figura del Príncipe de Monguí, un Príncipe grandioso, librepensador, que encarna la sabiduría de muchos de los grandes líderes reconocidos en la humanidad.

Un consejero inglés en la Corte de Bolívar¹

PRÓLOGO



Don Emilio Suñé Llinás*

El libro que nos regala -porque se trata de un auténtico don- Mariela Vargas Osorno, no es el enésimo estudio acerca de Jeremías Bentham (1748-1832), sino una obra de referencia sobre el pensador inglés, coetáneo de Simón Bolívar (1783-1830) y Francisco de Paula Santander (1792-1840), padres de la patria colombiana. Antes de entrar en materia, permítaseme decir que la relevante obra que el lector tiene en sus manos, es la Tesis Doctoral de la autora: *Bentham en Colombia. Un Consejero Inglés en la Corte de Bolívar*, que obtuvo las máximas calificaciones y parabienes en la Universidad Complutense de Madrid, donde fue presentada y brillantemente defendida y de la que me correspondió el honor, más que la tarea, de tutelar o -como decimos en España- dirigir.

El Tribunal o Sínodo que se encargó de calificarla, estaba constituido por insignes profesores del ámbito de la Filosofía Jurídica y Política, como los Dres. José Iturmendi Morales, Decano que fue durante 23 años de la Facultad de Derecho Complutense; Manuel Núñez Encabo, también de la Universidad Complutense y Diputado en el Congreso durante cuatro legislaturas, así como Parlamentario del Consejo de Europa, y Francisco Javier Caballero Harriet, de la Universidad del País Vasco, que se ha prodigado vocacionalmente en el ámbito iberoamericano, donde ha dirigido un buen número de tesis doctorales. Constituyeron asimismo el Tribunal dos historiadores, como la ocasión y el tema lo exigían: Miguel Ángel Marzal García-Quismondo (Universidad Carlos III de Madrid), experto a su vez en Archivística y Documentación y en esta condición

¹ Servicio de Publicaciones Facultad de Derecho UNIVERSIDAD COMPUTENSE DE MADRID, Madrid 2016

docente de postgrado de la Universidad Externado de Colombia y Dalmacio Negro Pavón, figura insigne de la Historia de las Ideas y de las Formas Políticas, reputado experto en pensadores de la talla de John Stuart Mill, Alexis de Tocqueville, o del propio Jeremy Bentham. El Dr. Negro Pavón sucedió en su Cátedra a la figura cumbre de la Historia de las Ideas Políticas en España, el Dr. D. Luis Díez del Corral y Pedruzo, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y autor de obras que dejan huella, como *El Liberalismo Doctrinario* o *El Rapto de Europa*, quien me hizo el honor, siendo yo muy joven (22 años al terminar) de dirigir mi propia Memoria de Licenciatura en Ciencias Políticas: *El Iusnaturalismo Político de Edmund Burke*, señero pensador de la época de Bentham, puesto que su vida transcurrió entre los años 1729 y 1797.

Me permitiré algunas palabras más sobre Magisterio, pues es evidente, a partir de lo dicho, que he tenido el privilegio de disfrutar de los mejores Maestros, de cuya cercanía y enseñanzas, en la medida de lo posible he intentado que participara Mariela Vargas. De hecho el Sínodo que evaluó mi obra sobre Burke lo integraban, además de los Dres. Díez del Corral y Negro Pavón, el Dr. Antonio Truyol Serra. Y cuando se habla de Maestros es de rigor y justicia que figure en lugar preferente el Rector Dr. Fernando Hinestrosa, que siempre me distinguió con su sabiduría y afecto. De hecho tuvo la amabilidad de recibirmee y platicar conmigo, todas y cada una de las muchas veces que he visitado la Universidad Externado de Colombia. Desde aquí mi recuerdo emocionado para un hombre auténticamente grande, que siempre ha estado y estará en el más alto pedestal, tanto propio, corno de la familia Vargas Osorno.

De regreso al Tribunal de la Tesis de la Dra. Mariela Vargas, la semblanza efectuada de sus integrantes permite apreciar más, si cabe, el *Sobresaliente Cum Laude* -máxima calificación en la Madre Patria- otorgado a la Tesis Doctoral, pues es difícil plantearse en España la constitución de un Sínodo más adecuado, para valorar una obra como la que el lector tiene en sus manos. Sólo hubo que lamentar una ausencia derivada de cuestiones reglamentarias y es la del Dr. Benigno Pendás García, discípulo a su vez de los Dres. Diez del Corral y Negro Pavón y reputado especialista en Bentham, pues el Tribunal no podía constituirse con más de dos profesores de la Universidad. Complutense. De hecho, el Dr. Negro Pavón pudo integrarlo, porque finalizó su carrera académica en

la Universidad San Pablo-CEU, una vez jubilado en la Universidad Complutense de Madrid.

Por supuesto que de la Tesis de la Dra. Mariela Vargas descuello el contenido, pues como en breve adelantaré, se trata de una Tesis Doctoral no sólo brillante, sino también ejemplar. Un espejo y punto de referencia de lo que ha de ser una investigación doctoral de las Ciencias Sociales y Jurídicas; pero antes de entrar en ello no puedo dejar de destacar la calidad literaria de la obra de la Dra. Vargas, anfitriona en la más inveterada tradición hispánica, de tantas y tantas tertulias literarias, en las que sin duda se aprende también a escribir, pues la pluma de Mariela Vargas tiene destellos de gracia angelical. La Tesis es todavía más sorprendente cuando su autora no procede del cerrado mundo académico, sino de la gerencia empresarial y de la abogacía.

Al igual que a veces expreso con el corazón que Colombia es *mi otra Patria*, con idéntica actitud de espíritu me defino como *Externadista adoptivo*, porque soy consciente de que *El Externado* es el paradigma de una Universidad, como se ve en tantos y tantos detalles y circunstancias, como la autoría de esta obra, que nadie diría que no ha sido escrita por una figura reconocida de la Academia. Algo así sólo es posible cuando la formación universitaria se lleva en el tuétano, impresa en todos y cada uno de los genes y eso lo dan contadas universidades en el mundo. La universidad Externado de Colombia es, sin duda, una de ellas. Y pienso que bien harían sus Órganos Rectores en no permitir que la Dra. Mariela Vargas permanezca por más tiempo alejada de la transmisión del conocimiento y del compromiso, absolutamente constante, de la investigación universitaria. Cuando de la mina del Externado surge una esmeralda colombiana de tan alta calidad, debe ser exhibida, para que así pueda enseñar el camino de la excelencia a las que todavía se están formando.

A vueltas sobre el contenido, qué decir que no se pueda apreciar infinitamente mejor con la lectura de la obra, por lo que me limitaré al rol que me corresponde, que es precisamente el más adecuado el de chambelán o introductor. La Tesis Doctoral que se nos presenta es una exposición acabada del pensamiento de Jeremy Bentham; pero su gran *valor añadido* -permítaseme la expresión- es el estudio en profundidad de la relación epistolar entre Bentham y Francisco de Paula Santander, e incluso Simón Bolívar y la profunda huella que el pensamiento del inglés ha dejado en toda la Historia colombiana de los siglos XIX y XX, hasta prácticamente nuestros días. El libro, es sugerente y eso es algo a lo que

todo el mundo aspira, pero sólo los que llevan la inspiración en su personalidad consiguen.

Hay muchas cosas en Bentham que dan qué pensar, desde su retraída y hasta huraña vida privada, su comprensión -insólita en la época- para con la homosexualidad, su difícil relación con el sexo femenino, aderezada con largos amores *platónicos*. Es una figura singular y hasta tierna, no tanto por la imagen que transmite, como por los sentimientos que despierta a las personas sensibles. Bentham no deja indiferente; pero es un personaje demasiado renovador, en exceso atípico, como para triunfar en su época. De ahí la relación con Santander y el propio Bolívar. Se necesitan. Es un trato simbiótico, en el que cada uno tiene lo que el otro desea. Bentham quiere ser el artífice de una nueva sociedad y eso es lo que los libertadores del Nuevo Mundo tienen en su mano. En igual medida, los recién llegados al firmamento rutilante del oropel y la fama necesitan revestirse de legitimidad y quién mejor para prestársela que el reformador más genial y audaz de la época.

Bentham es el fundador del utilitarismo, que, como todo sistema que intenta construir a partir del cálculo moral basado en el placer, o la utilidad, es sistemáticamente denostado y hasta tergiversado por mediocres, pacatos e hipócritas. Por supuesto que caben y son plausibles y respetables otras visiones de la ética, alejadas radicalmente del utilitarismo; pero el utilitarismo es igualmente plausible y respetable, además de una filosofía muy apta para un mundo en crisis, que siempre es un orbe en transición. Como dije hace muchos años, en 1989, cuando por encargo del propio autor comenté la obra de Benigno Pendás, asimismo sobre Bentham, en el N° 13 de la revista *Poder Judicial*, del Consejo General del Poder Judicial de España: "*En sociedades marcadas por un hedonismo ramplón, descerebrado y amoral, el utilitarismo puede proporcionar inteligencia, casta, y a fin de cuentas una eticidad, adecuada a la época que nos toca vivir*". Como diría el propio Bentham: "*Pagar para tener crédito, ser veraz para merecer confianza, servir para ser servido*".

Obvio es decir que existe una conexión entre Bentham y Epicuro (341 a 270 a. C.), que en el acertado juicio de la Dra. Mariela Vargas, se produce por intermediación de Tomás Moro (1478-1535) y su obra *Utopía* (1516). En Moro me expliaré menos, pues el dibujo que se hace de su obra en la que el lector se apresta a disfrutar, es a estos efectos exhaustivo; pero sí me detendré un poco más en ese gran desconocido -por efecto de la tergiversación de sus ideas y principios-, que es Epicuro. Bentham, Moro y

Epicuro tienen en común el hecho de ser autores señeros de etapas de transición histórica, que saben dar respuestas a las necesidades de su tiempo. La obra de Epicuro responde, sin duda, a las necesidades psicológicas y sociales del ocaso del Imperio Alejandrino y su filosofía es, sin duda, una filosofía del placer; pero al igual que acabamos de ver que el cálculo moral utilitarista tiene perfiles sorprendentes, ya me advirtió Séneca, hace muchos años, cuando leí su ensayo sobre la *Felicidad*, que Epicuro era todo menos simple y su placer estaba en el polo opuesto del sensualismo vulgar con que se le suele identificar. *No sabéis cuan sobrio y seco era el placer de Epicuro*². Son las palabras de Séneca que han quedado grabadas a fuego en mi memoria, al igual que su advertencia de que el pensamiento de Epicuro había sido groseramente tergiversado, amonestación que, salvando las distancias históricas, es paralela con la que efectúa Carl Schmitt, en su *Teología Política*, en relación con la deformación de las ideas y hasta de la personalidad del gran Nicolás Maquiavelo.

En este prólogo la pluma ha volado libremente hacia las líneas del pensamiento académico y en la misma línea, añadiré que he participado activamente en el consejo que requiere otra investigación doctoral, presta casi para ser presentada, sobre *la Autonomía Moral en la Edad Antigua y la Edad Media*, que en breve defenderá, también en la Universidad Complutense de Madrid, el ex Senador Armando Benito Calleja. Si ya es difícil abordar una cuestión como la de la Autonomía Moral, que discurre por territorios plagados de dogmas y prejuicios, partir del Racionalismo, es fácil imaginar el singular mérito que tiene que hacer lo propio en el contexto de la Edad Antigua y el Medioevo. Pues bien, una de las más sólidas columnas en que la Tesis de Armando Benito se apoya es, precisamente, Epicuro.

Para Epicuro, el placer no es sólo la ausencia de dolor físico (aponía). Requiere también de la paz del alma. Es decir, que el placer es la unión perfecta entre aponía y ataraxia, o lo que es lo mismo, la imperturbabilidad, la firmeza y el sereno equilibrio de los seres humanos verdaderamente sabios (prudentes), al encarar los acontecimientos del mundo y de la vida social, así como los suscitados por las mismísimas pasiones arrebatadoras. Como decía literalmente Epicuro, *quién sabe elegir*

2 https://es.wikisource.org/wiki/Cap%C3%ADtulo_12:_El_peligro_del_epicure%C3%Adsmo

y evitar lo que es conveniente para la salud física y para la tranquilidad del alma, alcanza el fin que no es otro que vivir felizmente, porque disfruta más agradablemente de la abundancia quien menos necesita de ella y porque todo lo natural es fácilmente procurable y lo vano difícil de obtener.³ Epicuro era, pues, contra pronóstico de análisis apresurados y simplones, un hombre sobrio, como también lo fue Bentham. A fin de cuentas, y de nuevo en palabras del propio Epicuro, en la Carta a Meneceo: “*Cuando, en cambio, decimos que el placer es el fin, no nos referimos a los placeres de los lujuriosos y disolutos, como se figuraron algunos, ignorantes de nuestra doctrina o contrarios a ella, o bien la entendieron siniestramente, sino que unimos el no padecer dolor en el cuerpo con el estar tranquilo en el ánimo. Pues lo que engendra una vida feliz, no son los banquetes ni orgías constantes en el disfrute de muchachos ni de mujeres, ni de pescados, ni de las demás cosas que ofrece una mesa lujosa, sino un sobrio raciocinio que, en cada caso, indaga si vale la pena el placer.*”⁴ Como podemos observar, Epicuro estaba tan cerca del cálculo moral, que ya había dado implícitamente este paso. Sólo faltaba que el gran Jeremías Bentham lo hiciera explícito.

La Dra. Mariela Vargas Osorno, tiene absolutamente clara la conexión de ambos pensadores, a través de Thomas Moore, así como el vínculo directo de Bentham con el propio Moro, quien, como dice la autora, nos presenta en su *Utopía*, no sólo una sociedad más justa, sino también epicúrea. En palabras de la Dra. Vargas, que recuerdan por su contundencia el estilo de Baltasar Gracián, *Bentham agrega pragmatismo a Moro*,⁵ pues a fin de cuentas lo que intenta es hacer de su utopía, realidad.

La Tesis no sólo describe maravillosamente el pensamiento de Bentham, tanto en el plano moral, como en los ámbitos político y jurídico, sino que como ya se ha señalado, presenta a la perfección su enorme influencia en la Historia Contemporánea de Colombia, no en vano el estudio que se hace de los grandes benthamistas colombianos, y muy especialmente de Ezequiel Rojas, es exhaustivo; todo ello aparte de retratar con sabor literario episodios de la confrontación ideológica de la época, como la abrupta reacción del cura Margallo al enfrentarse a las enseñanzas benthamitas del profesor Vicente Azuero, con su desmedida disyuntiva *Bentham o Jesucristo*.

3 Diógenes Laercio, Carta a Meneceo, 94-96, op.cit.

4 Diógenes Laercio X. Carta a Meneceo 97, op.cit

5 Vargas Osorno Mariela, *JEREMY BENTHAM Un Consejero Ingles en la Corte de Bolívar*

No es cuestión de abundar más en el contenido de la obra, porque eso lo hará la autora mucho mejor que yo y puesto que como chambelán o introductor, creo haber cumplido con mi papel, terminaré diciendo a todos y muy especialmente a la Dra. Mariela Vargas Osorno, que me hice el propósito -cumplido- de escribir estas líneas sin reabrir la Tesis, defendida hace ya dos años. Me he limitado a ver el guión, en media cuartilla, de las palabras que pronuncié, como director de la misma, en el acto de la denominada *lectura*, papel que guardé para tener algunas referencias a la hora -que sabía que llegaría- de escribir este prólogo. Tal es la profunda huella que me imprimió. Sólo puedo decirle al lector, lejos del utilitarismo y hasta del epicureísmo, que la disfrute y lo haga en el más hedonista de los sentidos.

*Doctor en Derecho y Catedrático con Acreditación Nacional
Titular de Filosofía Jurídica y Política de la U. Complutense
Codirector de la Especialización en Derecho Informático y de las Nuevas
Tecnologías. Universidad Externado de Colombia.

HILANDO FINO



Doña María Clara Ospina

Octubre 31, 2018 – Parte del texto publicado en El Nuevo Siglo

En *El viaje del hombre dorado*, el alucinante libro de Mariela Vargas, retrocedemos casi cinco siglos en nuestra historia. Aquí nos encontramos con nuestras raíces muiscas, como nunca lo hemos hecho. Mariela nos sumerge en el mundo de los páramos, las lagunas, los frailejones, líquenes y musgos, habitamos las brumas de las altiplanicies, hondonadas y picos de estas tribus. Aquí conocemos la voz de las esmeraldas y a hombres y poblados profusamente decorados con oro. Somos partícipes de sus ceremonias, llenas de magia, intrincadamente estructuradas y pulidas por siglos de tradición.

La investigación de la autora para construir este libro es rigurosa. Su escritura es poética. Cada descripción es bellamente lograda, jamás empalaga; al contrario, refresca con sus colores, sus sonidos y el vuelo de la mente de sus personajes.

Acompañamos desde su niñez a Chusquencutzo, último príncipe de Monguí y chozno lejano, pero seguro, de la autora. Cutzo, *Psijipcua* del pueblo muisca, fue escogido por los conquistadores para ser presentado ante Felipe II.

Nos queda hambre de saber más de los muiscas, y lo sabremos, porque Mariela tiene en mente varios libros más que continuarán esta historia.

Queridas amigas y amigos, con agrado los invito una interesante tertulia sobre uno de los mejores libros que he leído en los últimos meses, EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO, escrito por Mariela Vargas Osorno, quien nos hará la presentación de su obra.

Este libro nos relata de manera magistral las costumbres de las tribus que poblaban el altiplano cundi-boyacense.

Con un estilo pleno de poesía y de gran valor histórico Mariela acompaña desde su infancia al último príncipe muisca; descubrimos de su entrenamiento para ser príncipe, de sus poderes especiales, su sabiduría, la dolorosa llegada de los conquistadores y lo que ello significará para su pueblo y sus tradiciones.

Es un relato que nos deja llenos de nostalgia por una hermosa cultura que desapareció casi por completo, pero que es parte de nuestra herencia, de nuestra historia.

El plan es acompañar al Príncipe en su viaje. 'El Viaje del Hombre Dorado' es una aventura llena de misticismo y realidad mágica



*Doña Dolly E. Parra Lozano
Redacción Boyacá Sie7e Días*

Mariela Vargas es la autora de 'El Viaje del Hombre Dorado', una novela ancestral de editorial Planeta.

Mariela Vargas Osorno es la boyacense autora de la novela histórica 'El Viaje del Hombre Dorado' que, invita a recuperar los pasos de los ancestros. La obra, publicada por la Editorial Planeta habla de la vida del Cacique de Monguí quien, junto al sumo sacerdote Suamox, se presentó ante el rey Felipe Segundo de España como parte de la realeza indígena para exigir al colonizador el respeto por las tierras de los Muiscas.

Mariela es una reconocida abogada tunjana que ha logrado posicionar su nombre en el campo de la literatura por su habilidad de transmitir en sus obras las riquezas ancestrales e históricas.

Hoy, su obra más representativa 'El Viaje del Hombre Dorado' de la que hasta ahora ha publicado la primera de cuatro versiones, se comercializa en las principales librerías del país y supera las mil unidades de ejemplares vendidos.

Fueron 17 años de investigación los que Mariela resumió en esta obra que, en un lenguaje claro y concreto, recupera la memoria de los ancestros y permite fortalecer la identidad de los boyacenses a partir de las raíces indígenas.

La historiadora narra en esta mágica obra episodios altruistas y heroicos de aquellos príncipes que dieron origen a la raza mestiza.

Amores, desengaños, lealtad, pasión, fortaleza, amor por la tierra y mucha sabiduría, son algunos de los componentes que este libro guarda en sus entrañas y que sin duda llevan al lector a un viaje de experiencias majestuosas que despiertan la imaginación.

El legado de los ancestros

Experiencias comerciales, observación de los entornos e introspección, son algunos de los conceptos transmitidos por los ancestros.

"Nuestra tierra es rica, llena de tradiciones heredadas por los Muiscas, una gente sabia que trabajaba por conservarla y protegerla pues en la tierra estaba el origen del mundo", afirmó Mariela Vargas con respecto a algunos apartes de su novela.

Según Mariela, el legado de los ancestros va mucho más allá de los elementos materiales. "Los Muiscas no desaparecieron, nuestro espíritu boyacense y el de los colombianos, está impregnado de su espíritu Muisca y sin saberlo conservamos muchísimas costumbres".

Por eso, ella recreó la vida del Príncipe de Monguí, buscando que los boyacenses recuperen su identidad indígena y la exalten en sus actividades diarias.

Mariela se ha ganado el reconocimiento del medio no solo por sus obras, también por ser la Fundadora del Festival Internacional de Historia de Villa de Leyva que se realiza anualmente con grandes exponentes de este arte.

La versión 2019 de este Festival se celebrará del 20 al 22 de septiembre.

Comentario espontáneo de un académico



¡Buenos días! Cordial saludo, Mariela.

Mi nombre es Xavier Ávila, del Centro de Historia de Sabanalarga, Atlántico, y de la Academia de Historia de Barranquilla.

He terminado de leer su libro: EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO, maravillosa obra ¡Felicitaciones!

Vi su número en REHICOL y no pude evitar escribirle porque me ha enamorado su obra y quisiera saber ¿hasta qué punto es realidad y hasta qué punto va la ficción?

Qué bueno, después del festival yo estuve en Monguí y estoy muy fascinado con tan bello pueblo y con toda la historia.

Solo que en Monguí lo único que relatan es que el cacique fue a España y trajo la virgen, no se cuenta más de ahí.

No pude asistir a su conferencia, pero cuando la escuché el sábado por la noche, compré el libro, pero después la perdí de vista.

En Monguí tuve la fortuna de conocer a una mujer de ancestro indígena, poeta, que me contó mucho sobre los muiscas y esas leyendas sobre las montañas, sobre Bachué y eso que usted refiere sobre la cueva donde Cutzo hizo el noviciado.

La señora de Monguí se llama María Eusebia Soto, poeta costumbrista y su seudónimo es 'La Maruja'

Comentario recibido

Profesor Rodrigo Huertas:

Su interés en que los jóvenes lectores se acerquen a la historia de sus antepasados es muy importante y contribuirá, sin duda alguna, a reforzar la identidad de los colombianos, que, valga decirlo, no es muy reconocida. Por eso la autoestima de nosotros, como pueblo, es pobre. Ignoramos que somos herederos de valiosas razas: la indígena y la española y posteriormente, la raza negra. Renegamos de las mismas sin apreciar el verdadero valor de ellas. Y sin darnos cuenta de que somos muy ricos en ancestros.

Mariela, muy buenos días.

Soy Rodrigo Huertas, uno de los profesores que este año está enseñando en grado séptimo junto a la profesora Claudia Gualtero, en el GLM.

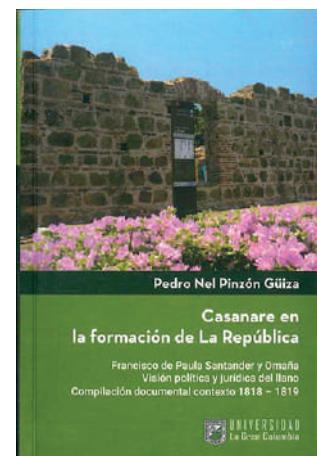
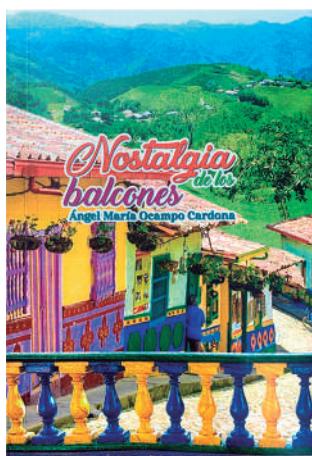
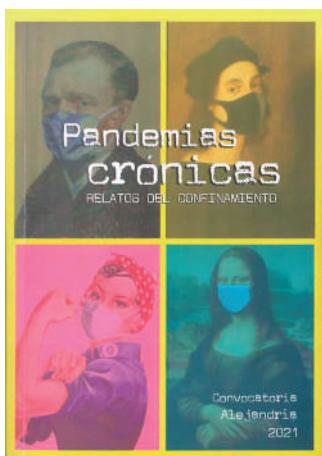
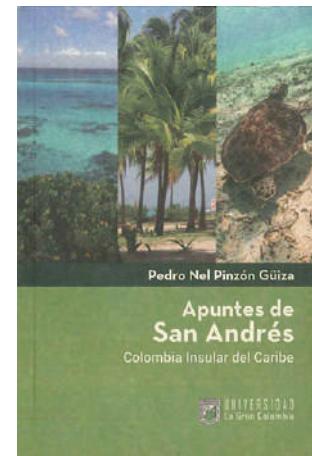
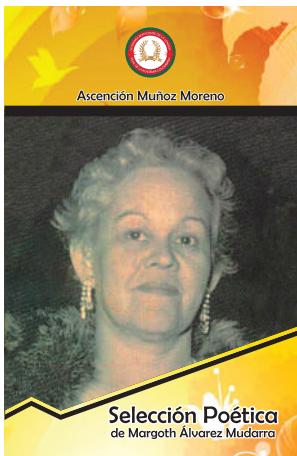
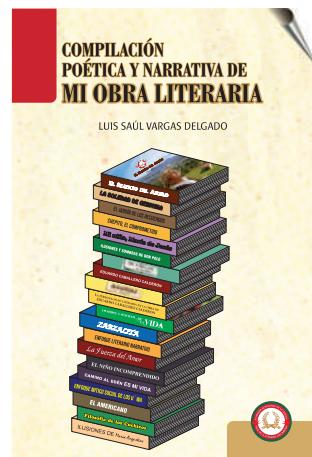
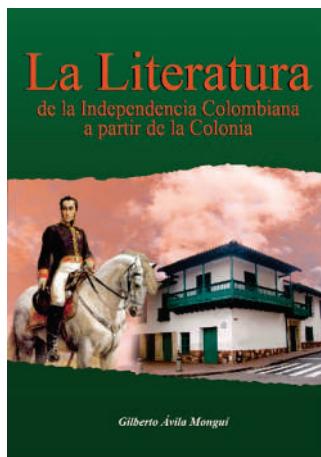
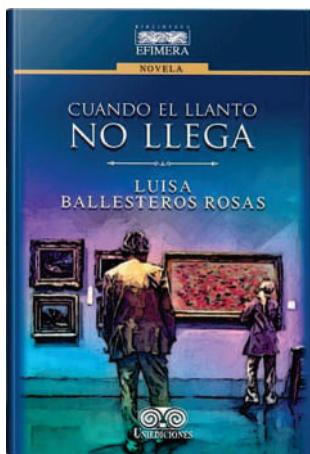
Para mayo del 2019, el entonces jefe de departamento nos pidió que revisáramos el plan lector de nuestros cursos. Ese año tuve séptimo y supuse que para el año siguiente seguiría con este grado, pero no fue así. Hasta ese año, leímos la obra "Frankenstein", de la británica Mary Shelley. Pensé que en un colegio bilingüe era fácil que los estudiantes leyieran esta obra en su lengua original; por eso empecé a buscar una obra (1) que fuese escrita por una mujer, (2) que fuera colombiana, (3) que hablara de los orígenes de su país o cercano a ello y (4) que, pese a la coyuntura del confinamiento de hace unos meses, la autora pudiera ofrecer una charla de contextualización para nuestros estudiantes. Para esta etapa, fue valiosa la gestión del profesor Jhon Torres y Crea, unidad que está a su cargo, para lograr esta conexión.

Con cierta frecuencia, intentamos que lo que leen nuestros estudiantes en la materia de español y literatura tenga un vínculo con otras asignaturas, por lo general con sociales. Vi en esta obra una interesante

trama de alcance y me pareció que era una buena pieza para ser leída en grado séptimo. Este año vuelvo a tener ese grado y pensé que no podíamos desaprovechar la oportunidad de contar con tu discurso que aterrice a nuestros jóvenes lectores sobre lo que ya están disfrutando. Llevamos pocas horas de lectura de la obra, pero veo a nuestros estudiantes enganchados con su argumento.

Se terminó de imprimir esta obra,
en Editorial Grafiboy, de la ciudad de Tunja,
en octubre del 2021

LIBROS PUBLICADOS RECENTEMENTE





Editorial Grafiboy